

Evolución y renovación de las ciudades. Selección de textos de Élisée Reclus

(The evolution and renovation of the cities. Selection of Élisée Reclus's texts)

Homobono Martínez, José I.

Univ. del País Vasco / Euskal Herriko Unib. Fac. de CC. Sociales y de la Comunicación. Apdo. 644. 48080 Bilbao
joseignacio.homobono@ehu.es

BIBLID [1137-439X (2009), 31; 117-211]

Recep.: 26.06.2009

Acep.: 26.06.2009

Esta selección de textos trata de acercar al lector a los aspectos más relevantes del pensamiento y de la obra de Élisée Reclus con respecto a las ciudades y su evolución. A través de artículos y/o extractos de sus principales publicaciones, ordenados cronológicamente, donde se aborda el fenómeno urbano.

Palabras Clave: Ciudades. Élisée Reclus. Selección de textos. Evolución. Renovación. Población. Municipios. Asociaciones. Nueva Orleans.

Testu hautatu hauen bidez, Élisée Reclusen pentsamenduaren eta obraren alderdi garrantzitsuenak hurbildu nahi dizkiegu irakurleei, hiriak eta horien garapena aztertzeko. Horretarako, artikuluen eta argitalpen nagusien zatien bitartez, kronologikoki ordenatuta, hirigintza fenomeno hori jasoko da.

Giltza-Hitzak: Hiriak. Élisée Reclus. Testu hautatuak. Garapena. Berrikuntza. Herrialdea. Udalak. Elkartek. New Orleans.

Cette sélection de textes a pour but de rapprocher le lecteur des aspects les plus remarquables de la pensée et de l'œuvre d'Élisée Reclus concernant les villes et leur évolution, à travers des articles et/ou extraits de ses principales publications, ordonnés chronologiquement et abordant la question du phénomène urbain.

Mots Clé : Villes. Élisée Reclus. Sélection de textes. Évolution. Rénovation. Population. Communes. Associations. Nouvelle-Orléans.

Esta selección de textos de Élisée Reclus, referentes a la ciudad y al fenómeno urbano, está ordenada cronológicamente. Se inicia con un escrito de juventud: "Fragmento de un viaje a Nueva Orleans, 1855 (1860)", que conjuga su experiencia vital como viajero y la mirada científica que caracterizará su obra de madurez. A partir de aquí, los textos seleccionados se hacen eco únicamente de los pasajes de la obra de Élisée Reclus de tipo más genérico y holístico, y no de la descripción y análisis de ciudades concretas. También, por concesión a la brevedad, se omiten sus interesantes estudios sobre la ciudad antigua y medieval, ciñéndonos a la contemporánea, con la única excepción de los municipios libres. Sigue "Del sentimiento de la naturaleza en las sociedades modernas" (1866), artículo seminal donde Reclus propone ideas sobre la relación entre los medios urbano y rural, naturaleza y sociedad, que se irán desarrollando en publicaciones muy posteriores. El capítulo "El agua en la ciudad", de su libro *El Arroyo* (1869) sobre los diversos usos del agua resulta inédico de la salubridad y la calidad de vida urbanas, pero también de la postulada reconciliación entre la ciudad y su entorno.

De su magna obra en 19 volúmenes, la *Nouvelle Géographie Universelle* (1876-1894) se han seleccionado únicamente tres extractos. "Municipios y asociaciones belgas" (1887), "Población de las ciudades y campos de las Islas Británicas" (1887) y "Población urbana, inmigración y ciudades norteamericanas" (1893). El primero de ellos, aparte de su preámbulo histórico, es un análisis global del fenómeno urbano en este país, con especial énfasis en la vida autónoma de las comunidades locales, reactivada mediante expresiones cotidianas de sociabilidad y el puntual recurso a los rituales cívicos y fiestas populares. Los otros dos constituyen sendas visiones del crecimiento urbano en dos países pioneros de la industrialización y la urbanización, siempre a expensas del ámbito rural y, en el caso de Estados Unidos, de la inmigración transnacional.

En la fase crepuscular de su vida y obra, la ciudad ocupa un lugar sustantivo en el quehacer investigador de Reclus. Así nace su artículo "The Evolución of Cities" (1895), que inspirará su posterior capítulo "Distribución de los hombres" en *El Hombre y la Tierra* (1905-1908). El primero de ellos, de talante más académico, refleja una visión relativamente optimista del hecho urbano y desemboca en la idealizada reconciliación entre la ciudad y el campo. En el segundo, cuyas dos terceras partes recogen los datos expresados en el precedente, se amplían algunas consideraciones sobre el fenómeno de progresiva urbanización universal, con consideraciones más críticas y pesimistas sobre el modelo de ciudad industrial capitalista, aunque con una valoración esperanzada de las primeras experiencias de rehabilitación urbana y de las ciudades jardines. Otros epígrafes de esta segunda obra son, "Pueblos atrasados", sobre el origen de los núcleos protourbanos; "Municipios" y "Fin de los municipios", donde vuelve sobre un tema ya tratado anteriormente para el caso belga, pero con una mayor libertad ideológica al no estar coartado por las constricciones de una editorial comercial; y, finalmente, "Distribución de la población americana", constituye una visión panorámica de las principales ciudades norteamericanas.

Entre ambos textos capitales se interpolan cronológicamente otros dos de tipo menor. “La Ciudad del Buen Acuerdo” (1895) representa la exaltación lírica de un tipo ideal de ciudad utópica, anticipo de la sociedad libertaria. Por su parte “Renouveau d’une cité” (1896), del que es coautor su hermano Élie refleja el conocimiento y la admiración de ambos por los trabajos de renovación urbana emprendidos en Edimburgo por su amigo Patrick Geddes, pionero del urbanismo contemporáneo. Con un breve extracto de “Urbanos y rurales” (1905), en el que nuestro autor perfila los principales rasgos del crecimiento demográfico de las ciudades francesas, en un contexto internacional, y se hace breve eco de ese intento de síntesis entre lo rural y lo urbano que fueron las primeras ciudades jardines, diseñadas de acuerdo con el proyecto de Howard.

En suma, esta selección de textos de Élisée Reclus posibilita al lector una comprensión directa de los planteamientos pioneros, lúcidos y críticos de este geógrafo libertario sobre el hecho urbano en la modernidad. Cuyo legado sería recogido por Lewis Mumford (1895-1990), la figura más preclara del urbanismo moderno, con cuya obra ya está familiarizado el lector de *Zainak*¹. Y trata de contribuir a un cierto *revival* de este eminente autor, durante tanto tiempo injustamente relegado. Pero reivindicado a partir de la década de los noventa por notorios geógrafos como Paul Claval, Béatrice Giblin, Yves Lacoste, Philippe Pelletier, Gary Dunbar, Daniel Hiernaux-Nicolas, Teresa Vicente Mosquete o Nicolás Ortega Cantero, entre otros; además de por John P. Clark y especialistas en áreas de conocimiento diversas². Interés cognitivo que se ha traducido por la reedición de muchos de sus textos y la publicación de análisis sobre su obra. Reavivados por el evento del centenario de su fallecimiento, en 2005, que también ha propiciado la celebración de sendos congresos o coloquios internacionales en Francia³ e Italia⁴, conferencias en España⁵, etc.

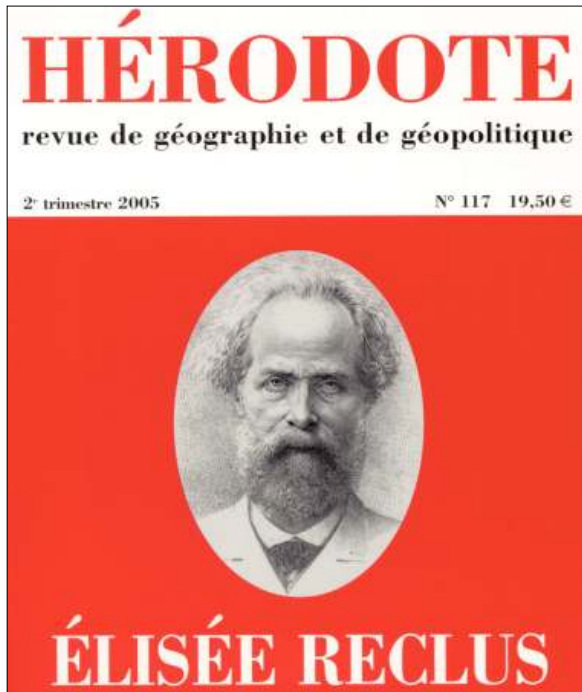
1. Véase *Las culturas de la ciudad* (2003), correspondiente a los números monográficos 23 y 24 de esta publicación, donde se incluyó el amplio dossier “Lewis Mumford: ciudad, cultura e historia”; pp. 175-285.

2. O la sostenida labor de Joël Cornuault, autor de varios ensayos sobre Reclus, editor de recopilaciones de textos del mismo, y sobre todos de los *Cahiers Élisée Reclus*.

3. *Élisée Reclus et nos géographies. Textes et prétextes*. Colloque international, Lyon (Université Lumière Lyon2 et ENS-ISH,), 7-9 septembre 2005 ; *Autour de 1905 : Élisée Reclus – Paul Vidal de la Blache. Le géographe, la cité et le monde, hier et aujourd’hui*. Colloque International. Montpellier (Université Paul-Valéry-Ville de Pézenas Montpellier III), 4, 5 et 6 juillet 2005; *Rencontres Élisée Reclus. Commémoration du centenaire de la mort d’Élisée Reclus*. Orthez, 9 au 11 décembre 2005.

4. *Convegno Internazionale “Élisée Reclus: natura ed educazione”*; Milán (Università degli Studi di Milano-Bicocca), 12-13 ottobre 2005.

5. *Ciència i compromís social. Élisée Reclus (1830-1905) i la geografia de la llibertat. Conferències celebrades el novembre de 2005 amb motiu de la commemoració del centenari de la mort d’Élisée Reclus* (Barcelona: Residència d’Investigadors CSIC-Generalitat de Catalunya i Institut d’Estudis Catalans). Otro ciclo de conferencias tuvo lugar en Madrid.



Monográfico de la prestigiosa revista geográfica *Hérodote*, dedicado a Élisée Reclus con motivo de su centenario.

En cuanto a las notas a pie de página, algunas son de tipo editorial y hacen referencia a la publicación original de la que se ha extractado y/o traducido el texto correspondiente. La mayor parte de las restantes, si no se advierte lo contrario, se trata de notas del propio Élisée Reclus. Pero también se incluyen otras, denominadas N. del T. = Nota del traductor. Además, en el artículo “La evolución de las ciudades” se han interpolado, como notas a pie de página, frases o pasajes incluidos en la versión de este artículo incorporado como parte del posterior capítulo sobre “Distribución de los hombres”. Precedidos e identificados por la abreviatura N. H. T. = Nota del Hombre y la Tierra.

1. FRAGMENTO DE UN VIAJE A NUEVA ORLEANS⁶, 1855 (1860)

1.1. Delta del Mississippi

Ya desde hace mucho tiempo habíamos reconocido la proximidad de la gran ciudad por la atmósfera espesa y negra que pesaba sobre el horizonte lejano y

6. “Fragment d’un voyage à La Nouvelle-Orléans, 1855”. En: *Tour du Monde* I (prim. sems. 1860); pp. 177-192. Traducción del original, efectuada por José Ignacio Homobono. Cotejando nuestra versión con la traducción de Daniel Hiernaux-Nicolas. “Fragmento de un viaje a Nueva Orleans (1855)”. En: *La geografía como metáfora de la libertad. Textos de Eliseo Reclus*. México D. F.: CIC y Plaza y Valdés, 1999; pp. 55-80.

por las altas torres vagamente difuminadas entre la bruma, cuando de repente, a la vuelta de un meandro, los edificios de la metrópoli del sur comenzaron a aparecer; revelándose un nuevo detalle a cada vuelta de rueda, campanario tras campanario, casa tras casa, buque tras buque; por fin, cuando el remolcador nos abandonó, la ciudad al completo desplegaba ante nosotros su inmensa media luna de dos kilómetros de longitud. Sobre el río se cruzaban en todos los sentidos los enormes vapores de comercio, los pequeños remolcadores enganchados a grandes barcos haciéndoles girar ligeramente, los puentes volantes circulando sin cesar entre la ciudad y su suburbio de Argel, los esquifes navegando como insectos en medio de todos estos monstruos poderosos. Atados a la orilla se mostraban en orden los lugres y las goletas, enseguida los altos barcos semejantes a gigantescos mastodontes en su pesebre, después los de tres mástiles formados a lo largo de la orilla en interminable avenida. Detrás de este vasto semicírculo de mástiles y de vergas, se divisaban los malecones de madera atestados de mercancías de toda clase, los coches y los carros saltando sobre el pavimento, y por fin, las casas de ladrillo, de madera, de piedra, los gigantescos carteles, el vapor de las fábricas, el tumulto de las calles. Un bello sol iluminaba ese vasto horizonte de movimiento y de ruido.

1.2. Nueva Orleans

El plano de Nueva Orleans es, como el de todas las ciudades norteamericanas, de una extrema simplicidad; sin embargo, la inmensa curva del Mississippi, que ha valido a la metrópoli del sur el poético nombre de ciudad de la Media Luna, ha impedido trazar calles perfectamente rectas de un extremo al otro de la ciudad; ha sido necesario disponer los barrios en forma de trapecios, separados uno del otro por anchos bulevares, con su base más pequeña orientada hacia el río. Por el contrario, los barrios del oeste, Lafayette, Jefferson, Carrolton, contruidos sobre una isla semicircular del Mississippi, presentan al río su base más ancha, y los bulevares que los limitan por cada lado convergen sobre el lindero del bosque, en medio del cual se ha construido la ciudad. Gracias a la adjunción reciente de esos barrios, Nueva Orleans ha adquirido un nuevo aspecto, y las dos graciosas curvas que el Mississippi describe a lo largo de sus muelles, sobre una extensión de siete millas aproximadamente, deberían valerle el nombre de *Double-Crescent-City*.

La humedad del suelo de la capital de la Luisiana se ha convertido en proverbial, y hasta se llegó a decir que la ciudad entera, con sus edificios, sus almacenes de depósito y sus bulevares, reposaba sobre una inmensa balsa formada por el agua del río. Hoyos de sondeo excavados hasta 250 metros de profundidad han probado suficientemente que esta aseveración era errónea; pero también mostraron que el suelo sobre el cual está construida la ciudad se compone únicamente de lechos de lodo alternando con capas de arcilla y de los troncos de los árboles que se transforman lentamente en turba, y luego en carbón bajo la acción de las fuerzas de la gran fábrica de la naturaleza. Basta con excavar algunos centímetros, o, durante las estaciones de las grandes sequías, uno o dos metros, para encontrar agua fangosa; también la mínima lluvia basta para

inundar las calles, y cuando una tromba de agua se abate sobre la ciudad, todas las avenidas y plazas se transforman en ríos y lagunas. Máquinas de vapor funcionan casi sin reposo para liberar a Nueva Orleans de sus aguas estancadas y verterlas, por medio de un canal, en el lago Pontchartrain, a cuatro millas al norte del río.

Se sabe que los bordes del Mississippi, como los de todos los cursos de agua que riegan las planicies aluviales, están más elevados que los campos ribereños. En ningún sitio se puede observar mejor ese hecho que en Nueva Orleans, porque hay una diferencia de cuatro metros entre las partes de la ciudad más alejadas del río y las que bordean el muelle. Por este lado, las construcciones se defienden contra las crecidas del Mississippi mediante una elevación entarimada de cien metros de anchura; además, el río, en sus inundaciones, acarrea siempre una cantidad de arena y de arcilla que consolida el levantamiento y forma una nueva *batture*⁷, sobre la cual, desde el comienzo del siglo, se han construido varias calles. Los barrios alejados del Mississippi se elevan tan solo algunos centímetros por encima del nivel del mar, y las moradas de los hombres no están allí separadas de los cenagales de cocodrilos más que por alcantarillas de agua estancada y siempre irisada. Sin embargo, un cierto relieve del suelo llamado *colline* en la región, que se extiende de forma inapreciable a simple vista, puede tener un metro de altura como máximo. Se puede uno hacer una idea del nivel de la planicie, aprendiendo que en el estiaje las aguas no tienen más que un declive de diez centímetros aproximadamente sobre un curso total de 180 kilómetros, desde la ciudad al Golfo de México.

El barrio más antiguo de Nueva Orleans, el que se denomina usualmente barrio francés es aún el más elegante de la ciudad; pero los franceses son una pequeña minoría, y sus casas han sido en su mayor parte adquiridas por capitalistas norteamericanos: es ahí donde se encuentra el correo, los principales bancos, las tiendas de artículos de París, la catedral y la Pera. El propio nombre de este último edificio es una prueba de la desaparición gradual del elemento extranjero o criollo. Antiguamente, ese teatro no representaba sino obras francesas, comedias o vodeviles; pero para continuar teniendo ingresos, se ha visto obligado a cambiar sus carteles y su nombre; ahora, es el público norteamericano el que le otorga su patrocinio. Es cierto que la lengua francesa desaparece progresivamente. Sobre la población de Nueva Orleans que se eleva, según las estaciones, de 120.000 a 200.000 habitantes, no se cuentan ya, mas que de seis a 10.000 franceses, es decir, una vigésima parte, y el mismo número de criollos aún no completamente norteamericanizados. Pronto el idioma anglosajón dominará sin rival al de los indios aborígenes, al de los colonos franceses y al de los españoles que se habían instalado en la región mucho antes que los emigrantes de origen inglés; no quedarán más que los nombres de las calles: Tchoupitoulas, Perdido, Bienville, etc. En el mercado francés (*french market*), que los extranjeros no dejaban de visitar antaño para oír ahí la confusión de las lenguas, ya no se oyen más que conversaciones en inglés. Los alemanes, siempre avergonzados de su patria, buscan probar que se han convertido en *Yanquis*

7. N. del T.: Costa arenosa baja.

mediante juramentos bien articulados y bromas de taberna; los negros, de inagotable parloteo, no condescienden a hablar francés sino con una especie de conmisericordia para su interlocutor, y los escasos cazadores indios, orgullosos y tristes como prisioneros, responden a las preguntas con monosílabos en inglés.

El barrio americano, situado al oeste del barrio francés, del que lo separa la amplia y bella calle del Canal, está habitado principalmente por comerciantes y corredores; y es también el centro de la vida política. Allí se encuentran los hoteles, casi tan bellos como los de Nueva York, los depósitos de algodón, la mayoría de las iglesias y de los teatros, la casa principal de la ciudad; allí también se mantiene el gran mercado de esclavos. Una multitud inmensa se apresura siempre en el recinto del *Bank's arcade*, alrededor del cual reina un amplio mostrador repleto de abundantes copas y de botellas. [...] Así, dicen los esclavistas, así lo exigen, según ellos "la causa misma del progreso, las doctrinas de nuestra santa religión, las leyes más sagradas de la familia y de la propiedad".

Durante mucho tiempo, todas las casas de Nueva Orleans fueron construidas de madera: eran simples barracas, y la ciudad entera, a pesar de su extensión, tenía el aspecto de un vasto campo de feria; hoy las casas de los dos grandes barrios están, en su mayoría, construidas de ladrillos y piedras; e incluso se han atrevido a emplear el granito en la construcción de la nueva aduana. Aunque es cierto que a pesar de los fuertes pilotes de 30 metros de longitud sobre los que reposa, sus murallas ya se han hundido un pie bajo el suelo.

Pero el principal agente de transformación de la ciudad, no es el sentido estético de los propietarios, sino el fuego. Pronto tuve la oportunidad de convencerme, porque llegué a Nueva Orleans en lo más álgido del ciclo anual de incendios. Según los poetas, el mes de mayo es la estación de la renovación; pero en la metrópoli de Luisiana, es la época de las conflagraciones. Esto se comprende, se dirá, porque es cuando los calores comienzan y el maderamen de las casas se reseca bajo los rayos del sol; es también la estación alegre durante la cual se tiene por lo común la mayor despreocupación por sus intereses. Todo esto es cierto, agregan los maledicentes, pero no hay que olvidar que al mes de mayo le precede inmediatamente el término de abril y que el incendio puede ayudar a ajustar muchas cuentas. El hecho es que durante las dos o tres últimas semanas de mayo, no transcurre una noche sin que el toque de alarma llame a los ciudadanos con su voz lenta y profunda. A menudo los purpúreos reflejos de cuatro o cinco incendios colorean al mismo tiempo el cielo, y los bomberos, despertados sobresaltadamente, no saben dónde es más necesaria su presencia. Se ha calculado que solo en la ciudad de Nueva York, las llamas devoran cada año tantos edificios como en toda Francia; en Nueva Orleans, ciudad de población cinco a seis veces menor que la de Nueva York, el papel del fuego es relativamente más fuerte todavía, puesto que la pérdida total causada por los incendios equivale a la mitad de la debida a los siniestros de esa misma naturaleza en toda la extensión del territorio francés. [...]

Los vigilantes nocturnos son muy poco numerosos como para ser de verdadera utilidad en la prevención de los siniestros. La ciudad, con una longitud

de unas siete millas, sobre una amplitud media de una milla, no tiene más que un total de 240 guardias, de los cuales 120 están de servicio durante la noche. Y todavía tienen cuidado de advertir a los malhechores de su acercamiento [...]. Los grandes criminales no se dejan detener más que cuando, envalentonados por grandes éxitos, tienen la audacia de matar en pleno día. Cada año se cometen varios centenares de crímenes debidamente registrados por los periodistas, pero raramente perseguidos por los jueces. Sin embargo, el desbordamiento de iniquidades es tal, que a pesar de la despreocupación de la justicia, se realizan entre 25.000 y 30.000 arrestos por año; bien es cierto que sobre este considerable número, que supone la décima parte de la población, se cuentan de 4.000 a 5.000 negros culpables de haberse paseado sin boletos de permiso o bien enviados por sus dueños al verdugo para recibir 25 latigazos.

Más de 2.500 tabernas, siempre llenas de bebedores ofrecen, bajo forma de aguardiente y de ron, alimento a las pasiones más violentas. Se especula tanto sobre el vicio nacional de la embriaguez, que todas las plantas bajas de los grandes hoteles están libremente a la disposición del público; en su centro, se encuentra una amplia rotonda, especie de bolsa donde los negociantes vienen a leer los periódicos y a debatir sus intereses; al lado, se abre la sala de los juegos de azar, donde los pillos dan cita a sus víctimas; en otra parte está la cantina donde se extiende una mesa pública, muy rica y abundantemente servida. La comida es completamente gratuita y cualquiera puede sentarse a la mesa; sólo hay que pagar por el aguardiente o el ron. La pasta (25 centavos) que se da por cada pequeña copa basta para cubrir con largueza los gastos de estos festines públicos. Además, la gran mayoría de las personas que entran en la sala no tocan los platos y se contentan con beber; siendo así como cientos de bebedores cotizan sin saberlo para pagar un festín a algunos pobres famélicos.

En tiempos de elecciones sobre todo, las tabernas siempre están llenas. Es necesario que el candidato se justifique ante todos los que le dan su voto, porque si no supiera tomar un *cocktail* con elegancia, perdería toda su popularidad y pasaría por ser un tráfuga. Cuando los adversarios políticos se encuentran en una cantina, borrachos o en ayunas, no es raro que las palabras insultantes sean seguidas de inmediato de puñaladas o de *revolvers*, y más de una vez se ha visto al vencedor beber sobre el cadáver del vencido. Aunque es cierto que la ley prohíbe que se lleven armas escondidas; también, durante las elecciones, los ciudadanos más presuntuosos eluden la letra del código llenando su cintura con un verdadero arsenal a la vista de todos y, por lo general, se contenta uno con guardar bajo su vestimenta un puñal y una pistola de bolsillo [...].

Un misántropo podría comparar los vicios de nuestra sociedad europea a un mal oculto que corroe al individuo bajo su vestimenta, mientras que los vicios de la sociedad norteamericana aparecen por fuera en toda su horrorosa brutalidad. El odio más violento separa a los partidos y a las razas: el esclavista aborrece al abolicionista, el blanco abomina al negro, el nativo detesta al extranjero, el rico plantador desprecia ampliamente al pequeño propietario, y

la rivalidad de sus intereses establece una barrera infranqueable de desconfianza aun entre las familias aliadas. No es en una sociedad de esta especie donde el arte puede ser seriamente cultivado. Además, las visitas periódicas de la fiebre amarilla de Nueva Orleans, convierten en imposible cualquier preocupación, además de la del comercio, y ningún negociante trata de embellecer la ciudad que se propone abandonar cuando haya amasado una fortuna suficiente. Bajo pretexto del arte, los ricos particulares se limitan a enjabelgar con cal los árboles de su jardín: ese lujo tiene la doble ventaja de complacer a sus miradas y de ser muy poco costoso. No se ha podido dar el mismo tratamiento a los paseos públicos, porque no existen: el único árbol en el interior de la ciudad es una datilera solitaria, plantada hace sesenta años por un viejo monje. Por el contrario, la ciudad ha tenido el honor de levantar una estatua de bronce a su salvador Andrew Jackson, pero ésta no tiene otro mérito que ser colosal y haber costado un millón. [...]. La municipalidad de Nueva Orleans ha ordenado al Sr. Mills una estatua de Washington que será erigida en el barrio americano.

En cuanto a los edificios públicos, en su mayor parte no tienen ningún valor arquitectónico. Las estaciones son innobles cobertizos ennegrecidos por el humo; los teatros son en su mayoría barracas a merced de los incendios; las iglesias, exceptuando una especie de mezquita construida por los jesuitas, son todas ellas grandes ruinas presuntuosas. Además, no hay monumentos más sometidos que las iglesias a las diversas posibilidades de incendio o demolición. [...] Se trata de una especie de especulación que puede muy bien asociarse con otras; porque nada impide al ministro del Santo Evangelio ser al mismo tiempo banquero, plantador o mercader de esclavos.

El norteamericano no tiene nunca una carrera determinada; está sin cesar al acecho de los acontecimientos, esperando que la fortuna le salte en ancas y hacerse conducir al país de *El Dorado*. Hombres y cosas, todo cambia, todo se desplaza en los Estados Unidos con una rapidez inconcebible para nosotros, que estamos acostumbrados a seguir siempre una pauta rutinaria. En Europa, cada piedra tiene su historia; la iglesia se erige donde se levantaba el dolmen, y desde hace 30 siglos, es en el mismo lugar consagrado donde van a adorar los habitantes del país, galos, francos o franceses; nosotros obedecemos más bien a las tradiciones que a los hombres, y nos dejamos gobernar por los muertos aún más que por los vivos. En Estados Unidos, no sucede nada parecido; ninguna superstición ata al pasado ni al suelo natal, y las poblaciones, siempre móviles como la superficie de un lago que busca su nivel, se distribuyen bajo la única influencia de las leyes económicas; en la joven y creciente república, se cuentan ya muchas ruinas como en nuestros viejos imperios; la vida presente es demasiado activa y demasiado fogosa para que las tradiciones del pasado puedan dominar a las almas. El amor instintivo de la patria no existe más en los Estados Unidos en su cándida simplicidad. Para la masa, todos los sentimientos se confunden cada vez más con el interés pecuniario; para los hombres de corazón, tan escasos en Norteamérica como en todos los países del mundo, no existe otra patria que la libertad.

2. DEL SENTIMIENTO DE LA NATURALEZA EN LAS SOCIEDADES MODERNAS⁸ (1866)

Tanto o más que se desarrolle y se depure el sentimiento de la naturaleza, importa que la multitud de hombres exiliados de los campos, por la fuerza misma de las cosas, aumente de día en día. Los pesimistas se asustan, ya desde hace mucho tiempo, del incesante crecimiento de las grandes ciudades, y por lo tanto no siempre se percatan de la rápida progresión con la que podría operarse en lo sucesivo el desplazamiento de población hacia los centros privilegiados.

Es cierto, las monstruosas Babilonias de antaño habían reunido entre sus centenares de miles o incluso millones de habitantes: los intereses naturales del comercio, la centralización despótica de todos los poderes, la gran pugna por cargos de favor, la pasión por los placeres, habían conferido a estas poderosas ciudades la población de provincias completas: pero, siendo las comunicaciones de entonces mucho más lentas que lo son las de hoy, las crecidas de un río, la intemperie, el retraso de una caravana, la irrupción de un ejército enemigo, la sublevación de una tribu, bastaban en ocasiones para retrasar o para interrumpir los abastecimientos, y la gran ciudad se encontraba, en medio de todos sus esplendores, expuesta a morir de hambre. Por otra parte, durante esos tiempos de guerras despiadadas, estas vastas capitales acabaron siempre por convertirse en el teatro de alguna inmensa matanza, y a veces la destrucción era tan completa que la ruina de una ciudad implicaba al propio tiempo el fin de un pueblo. Se ha podido observar aún recientemente, por ejemplo en grandes poblaciones de China, qué destino estaba reservado para las grandes aglomeraciones humanas bajo el imperio de antiguas civilizaciones. La poderosa ciudad de Nanking se ha convertido en un montón de escombros, mientras que Ouchang, que parecía haber sido, una quincena de años antes, la ciudad más populosa del mundo entero, ha perdido más de las tres cuartas partes de sus habitantes.

A las causas que hacían afluir antiguamente las poblaciones hacia las grandes ciudades y que no han dejado de existir, es preciso añadir otras causas, no menos poderosas, que se asocian al conjunto de los modernos progresos. Las vías de comunicación, canales, carreteras ordinarias y ferrocarriles, irradian en número cada vez más considerable hacia los centros importantes y los rodean de mallas incesantemente densificadas. Los desplazamientos se efectúan con tanta facilidad que de la mañana a la noche las vías férreas pueden echar 500.000 personas sobre el adoquinado de Londres o de París, y en previsión de una simple fiesta, de una boda, de un entierro, de la visita de un personaje cualquiera, millones de hombres han inflado en ocasiones la población flotante de una capital. En cuanto al transporte de aprovisionamiento, se puede obrar con la misma facilidad que en el de viajeros. Desde los campos circundantes, desde todos los extremos del país, desde todas partes del mundo, los géneros fluyen por tierra y por agua hacia estos

8. "Du sentiment de la nature dans les sociétés modernes". En: *La Revue des Deux Mondes*, tomo 63, 15-V-1866, pp. 354-381 (epígrafe III). Traducción del original, efectuada por José Ignacio Homobono. Existe una reedición reciente en: *Élisée Reclus (1830-1906). Du sentiment de la nature dans les sociétés modernes*, suivi de Michel Rodés. "Élisée Reclus et Franz Schraeder, deux hommes face à la nature". Orthez: Éditions Gascogne, 2005; pp. 62-79.

enormes estómagos que no cesan de absorber cada vez más. En caso de necesidad, si los apetitos de Londres lo exigieran, podría hacerse aportar en menos de un año más de la mitad de las producciones de la tierra.

Ciertamente esto supone una inmensa ventaja de la que carecían las grandes ciudades de la Antigüedad, y sin embargo la revolución que los ferrocarriles y los otros medios de comunicación han introducido en las costumbres apenas ha comenzado. ¿Qué supone verdaderamente una media de dos o tres viajes por año para cada uno de los habitantes de Francia, cuando una simple excursión de un cuarto de hora efectuada en las cercanías de París o de cualquier otra gran ciudad es considerada como un viaje por la estadística? Es cierto que cada año se acrecentarán en proporciones enormes las multitudes que se desplazan, y probablemente serán sobrepasadas todas las previsiones sometidas a informe, como lo han sido desde comienzos de siglo. Es así cómo, solo para la ciudad de Londres, el movimiento de viajeros es actualmente tan importante en una sola semana como el que había hacia 1830 para la Gran Bretaña entera durante todo el año. Gracias a los ferrocarriles, las comarcas se achican sin cesar, e incluso se puede establecer matemáticamente en qué proporción se opera este empequeñecimiento del territorio, puesto que basta para ello comparar la velocidad de las locomotoras a la de las diligencias y pataches a los que han reemplazado. El hombre, por su parte, se desvincula del suelo natal con una facilidad cada vez más grande; se hace nómada, no al modo de los antiguos pastores, que siempre seguían los senderos acostumbrados y no dejaban nunca de retornar periódicamente a los mismos pastos con sus rebaños, sino de una manera mucho más completa, ya que se dirige indistintamente hacia uno u otro punto del horizonte, a cualquier parte donde le conduce el interés o la voluntad arbitraria: un muy pequeño número de estos exiliados voluntarios vuelven para morir a su país natal. Esta migración incesantemente creciente de los pueblos se pera ahora por millones y millones, y es precisamente hacia los hormigueros humanos más populosos hacia donde se dirige la gran multitud de emigrantes. Las terribles invasiones de los guerreros francos en la Galia romana no tenían quizás, desde el punto de vista etnológico, tanta importancia como estas inmigraciones silenciosas de los barrenderos de Luxemburgo y del Palatinado que vienen a incrementar cada año la población de París.

Para hacerse una idea de aquello en lo que podrían convertirse un día las grandes ciudades comerciales del mundo, si otras causas actuando en sentido inverso no deben tarde o temprano equilibrar las causas de crecimiento, basta con ver qué enorme importancia adquieren las ciudades en las colonias modernas en relación con los pueblos y las casas aisladas. En estas regiones, las poblaciones desembarazadas de los vínculos de la costumbre y libres para agruparse a su antojo, sin otro móvil que su propia voluntad, se amontona casi por entero en las ciudades. Incluso en las colonias especialmente agrícolas, tales como los jóvenes Estados americanos del *Far-West*, las regiones del Plata, el *Queen's-Land* de Australia, la isla septentrional de Nueva Zelanda, el número de ciudadanos supera con mucho al de los campesinos: por término medio, es tres veces superior cuando menos, y no cesa de acrecentarse a medida que el comercio y la industria se desarrollan. En las colonias como Victoria y California,

donde causas especiales, tales como las minas de oro y las grandes ventajas comerciales, atraen a multitud de especuladores, la aglomeración de los habitantes en las ciudades es aún más considerable. Si París era con relación a Francia lo que San Francisco es a California, lo que Melbourne es a la Australia Afortunada, la “gran ciudad” verdaderamente digna así pues de su nombre, no tendría menos de 9 ó 10 millones de almas. Evidentemente éste es en todos estos nuevos países el ideal exterior de la sociedad del siglo XIX, ya que ningún obstáculo impedía a los recién llegados distribuirse en pequeñas agrupaciones sobre toda la superficie de la región, y que ellos han preferido reunirse en vastas ciudades.

El ejemplo de Hungría o de Rusia por contraste con el de California y cualquier otra colonia moderna puede servir para demostrar qué lapso de siglos separa a los países cuyas poblaciones están todavía distribuidas como en la Edad Media, y estos donde los fenómenos de afinidad social desarrollados por la civilización moderna tienen libre juego. En las llanuras de Rusia, en la *puszta* húngara, apenas hay ciudades propiamente dichas, y únicamente pueblos más o menos grandes; las capitales son centros administrativos, creaciones artificiales cuyos habitantes estarían bien sobrepasados, y que perderían enseguida una notable parte de su importancia, si el gobierno no mantuviera allí una vida ficticia a expensas del resto de la nación. En estos países, la población trabajadora se compone de agricultores, y las ciudades no existen más que para los empleados y los hombres ociosos. En Australia, o en California, por el contrario, el campo no es nunca más que una simple cercanía, y los propios campesinos, pastores y labradores, tienen su espíritu orientado hacia la ciudad: son especuladores que por el interés de sus quehaceres se han alejado momentáneamente del gran centro comercial, pero que no dejarían de volver al mismo. Tarde o temprano, no se puede dudar, los campesinos rusos, hoy tan enraizados en el suelo natal, aprenderán a desligarse de la gleba, a la que ayer aún estaban sojuzgados; como los ingleses, como los australianos, se convertirán en nómadas y se trasladará hacia las grandes ciudades de donde les reclamarán el comercio y la industria, hacia donde les empujará su propia ambición de ver, de conocer, o de mejorar su condición.

Los lamentos de quienes gimen por la despoblación de los campos no pueden frenar el movimiento; no se conseguirá nada, todos los clamores son inútiles. Convertido, merced a un mayor bienestar y al buen mercado relativo de los viajes, poseedor de esta libertad primordial “de ir y venir”, de la que podrían a la larga resultar todas las otras, el cultivador no propietario obedece a un impulso bien natural cuando toma el camino de la populosa ciudad de la que se cuentan tantas maravillas. Triste y alegre al propio tiempo, dice adiós a la casucha natal para ir a contemplar los milagros de la industria y de la arquitectura; renuncia al salario regular con el que podía contar por el trabajo de sus brazos, pero quizás alcanzará el desahogo o la fortuna como tantos otros hijos de su pueblo, y si vuelve un día al país, será para hacerse construir una mansión señorial en lugar de la sórdida morada donde ha nacido. Bien poco numerosos son los emigrantes que pueden realizar sus sueños de fortuna, son muchos más los que encuentran la pobreza, la enfermedad, una muerte prematura en las grandes

ciudades; pero por lo menos los que sobreviven han podido ensanchar el círculo de sus ideas, han visto regiones diferentes unas de otras, se han formado por el contacto con otros hombres, se han convertido en más inteligentes, más instruidos, y todos estos progresos individuales constituyen una ventaja inestimable para la sociedad en su conjunto.

Se sabe con qué rapidez se cumple en Francia este fenómeno de la emigración de los campesinos hacia París, Lyon, Toulouse y los grandes puertos marítimos. Todos los incrementos de población se hacen en beneficio de los centros de atracción, y la mayor parte de las pequeñas ciudades y pueblos se quedan estancados e incluso declina su cifra de población. Más de la mitad de los departamentos están cada vez menos poblados, y se puede citar uno, el de los Basses-Alpes, que desde la Edad Media ha perdido con certeza más de un tercio de sus habitantes. Si se tuviesen en cuenta los viajes y las emigraciones estacionales, que necesariamente tienen como resultado incrementar la población flotante de las grandes ciudades, los resultados serían mucho más evidentes todavía. En los Pirineos de Ariège, hay ciertos pueblos en los que todos sus habitantes, hombres y mujeres, los abandonan completamente durante el invierno para descender hasta las ciudades de la llanura. Por fin la mayor parte de los franceses que se ocupan de operaciones comerciales o que viven de sus rentas, sin contar multitudes de campesinos y de obreros, no dejan de visitar París y las principales ciudades de Francia, y está muy lejano el tiempo donde, en las provincias apartadas, se designaba a un obrero viajero por el nombre de la gran ciudad en la que había habitado. En Inglaterra y en Alemania se cumplen los mismos fenómenos sociales. Aunque en estas dos regiones el excedente de los nacimientos sobre las defunciones sea mucho más considerable que en Francia, sin embargo allí también los países agrarios, tales como el ducado de Hesse-Cassel y el condado de Cambridge, se despueblan en beneficio de las grandes ciudades. Incluso en América del Norte, donde la población se incrementa con tan extraordinaria rapidez, un gran número de distritos agrícolas de Nueva Inglaterra han perdido una fuerte proporción de sus habitantes luego de una doble emigración, por una parte hacia las regiones del *Far-West*, por otra hacia las ciudades comerciales de la costa, Portland, Boston, Nueva York.

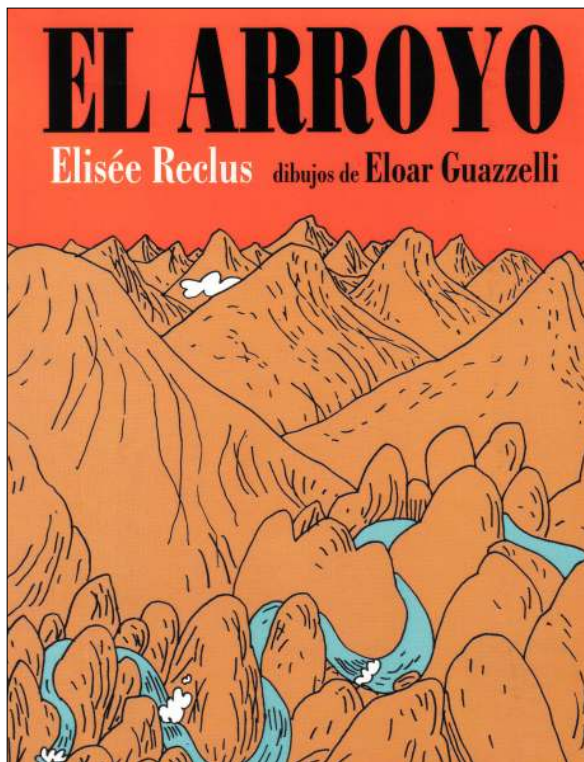
Y sin embargo es un hecho más que conocido que el aire de las ciudades está cargado de principios mortíferos. Aunque las estadísticas oficiales no siempre ofrecen a este respecto la sinceridad deseable, no es menos cierto que en todos los países de Europa y de América la vida media de los campesinos sobrepasa en varios años la de los ciudadanos, y los inmigrantes, dejando el campo natal por la calle estrecha y nauseabunda de una gran ciudad, podrían calcular de antemano de forma aproximada cuánto tiempo acortan su vida de acuerdo con las leyes de probabilidad. No solamente es el recién llegado quien sufre en su propia carne y se expone a una muerte anticipada, sino que condena también a su descendencia. No se ignora que en las grandes ciudades, como Londres o París, la fuerza vital se agota rápidamente, y que ninguna familia burguesa no continúa ahí más allá de la tercera o como mucho de la cuarta generación. Si el individuo puede resistir a la influencia mortal del medio que le rodea, la familia al menos acaba por sucumbir, y sin la continua inmigración de provincianos y de

extranjeros que marchan alegremente hacia la muerte, las capitales no podrían reclutar su enorme población. Las dosis de ciudadanos se afinan, pero el cuerpo flaquea y las fuentes de la vida se agotan. Igualmente, desde el punto de vista intelectual, todas las brillantes facultades que desarrolla la vida social son primeramente sobreexcitadas, pero el pensamiento pierde fuerza gradualmente; se cansa, después finalmente se agota con el tiempo. Ciertamente, el golfillo de París, comparado con el joven patán, es un ser lleno de vivacidad y de brío; pero, ¿no es el hermano de este “pálido granuja” a quien puede comparársele en lo físico y en lo moral a estas plantas enfermizas vegetando en ciertas cuevas en medio de las tinieblas?. Es en fin en las ciudades, sobre todo en aquellas que son más célebres por su opulencia y su civilización, donde ciertamente se encuentran los más degradados de entre los hombres, pobres seres sin que la suciedad, el hambre, la ignorancia brutal, el desprecio de todos, han puesto muy por debajo del salvaje dichoso que recorre en libertad bosques y montañas. Es al lado del esplendor más grande donde hay que buscar la abyección más ínfima; no lejos de estos museos donde se muestra en toda su gloria la belleza del cuerpo humano, niños raquíuticos se calientan con la atmósfera impura exhalada por la boca de las alcantarillas.

Si el vapor trae a las ciudades multitudes que incesantemente en aumento, por otra parte se lleva a los campos a un número cada vez más considerable de ciudadanos que por un tiempo van a respirar la atmósfera libre y a refrescar el pensamiento a la vista de las flores y del verdor. Los ricos, dueños de crearse ocios a su capricho, pueden escapar de las ocupaciones o de los placeres fatigosos de la ciudad durante meses enteros. Puede incluso que residan en el campo, y que no hagan en sus casas de las grandes ciudades más que apariciones furtivas. En cuanto a los trabajadores de todo tipo que no pueden alejarse durante mucho tiempo a causa de las exigencias de la vida laboral, en su mayor parte arrancan por lo menos el descanso imprescindible a sus ocupaciones para ir a visitar los campos. Los más favorecidos se toman semanas de asueto que van a pasar lejos de la capital, en las montañas o a la orilla del mar. Quienes están más sojuzgados por su trabajo se limitan a huir de vez en cuando durante algunas horas del estrecho horizonte de las calles habituales, y se sabe que aprovechan con dicha sus días festivos cuando la temperatura es dulce y puro el cielo: entonces cada árbol de los bosques vecinos de las grandes ciudades alberga a una alegre familia. Una considerable proporción de negociantes y de empleados, sobre todo en Inglaterra y en América, instalan valientemente a sus mujeres e hijos en el campo y se condenan a sí mismos a efectuar dos veces por día el trayecto que separa el mostrador del hogar doméstico. Gracias a la rapidez de las comunicaciones millones de hombres pueden acumular de esta forma las dos cualidades de ciudadano y de campesino, y cada año no cesa de acrecentarse el número de personas que hacen así dos mitades de su vida. Alrededor de Londres, se cuentan por cientos de miles quienes se sumergen cada mañana en el torbellino de negocios de la gran ciudad y que vuelven cada tarde a su apacible *home* de las verdeantes cercanías. La Ciudad, el verdadero centro del mundo comercial, se despuebla de residentes; por el día, esta es la colmena humana más activa; por la noche, se convierte en un desierto.

Desgraciadamente, este reflujó de las ciudades hacia el exterior no se opera sin afeár las campiñas: no solamente los detritus de todo tipo obstruyen el espacio intermedio en las ciudades y los campos; sino lo que es más grave aún, la especulación se apodera de todos los lugares encantadores de la vecindad, los divide en lotes rectangulares, los cerca con murallas uniformes, después construye allí casitas pretenciosas por centenares y por miles. Para los paseantes errabundos por estas supuestas campiñas, la naturaleza no está representada más que por los arbustos podados y los macizos de flores que se entrevén a través de las verjas. Al borde del mar, los acantilados más pintorescos, las playas más encantadoras también son acaparadas en muchos lugares por celosos propietarios, o por especuladores que aprecian las bellezas naturales al modo de los cambistas que valoran un lingote de oro. En las regiones montañosas frecuentemente visitadas, se apodera de los habitantes el mismo furor de apropiación: los paisajes se fraccionan en parcelas y son vendidos al mejor postor; todas las curiosidades naturales, la peña, la gruta, la cascada, la grieta de un glaciar, hasta el ruido del eco, puede convertirse en propiedad privada. Hay empresarios que arriendan las cataratas, que las rodean con vallados de tablas para impedir a los viajeros que no paguen contemplar las aguas tumultuosas, y que después, a fuerza de propaganda, transforman en monedas contantes y sonantes la luz que juguetea en las deshechas gotillas y el soplo de viento que despliega en el espacio gasas de vapores.

Puesto que la naturaleza es profanada por tantos especuladores precisamente a causa de su belleza, no resulta extraño que agricultores e industriales en sus trabajos de explotación eviten preguntarse si no contribuyen al afeamiento de la tierra. Es cierto que el “rudo labriego” se preocupa muy poco del encanto de los campos y de la armonía de los paisajes, con tal que el sol produzca abundantes cosechas; paseando su hacha al azar por los bosquecillos, abate los árboles que le molestan, mutila indignamente los otros y les da aspecto piadosos o de escobas. Vastas comarcas que antes eran bonitas a la vista y deseables de recorrer están deshonoradas por completo, y se experimenta un sentimiento de verdadera repugnancia al mirarlas. Por otra parte ocurre frecuentemente que el agricultor, pobre en ciencia tanto como en amor por la naturaleza, se equivoca en sus cálculos y causa su propia ruina por las modificaciones que introduce sin saberlo en los climas. Así mismo importa poco al industrial, que explota su mina o su manufactura en pleno campo, ennegrecer la atmósfera con los humos de la hulla y viciarla con vapores pestilentes. Sin hablar de Inglaterra, existe en Europa occidental un gran número de valles manufactureros cuyo aire espeso es casi irrespirable para los extraños; allí las casas están ahumadas, incluso las hojas de los árboles están recubiertas de hollín, y cuando se mira al sol, casi siempre muestra su faz amarillenta a través de una espesa bruma. En cuanto al ingeniero, sus puentes y sus viaductos son siempre idénticos, sea en la llanura más lisa o en los desfiladeros de las montañas más abruptas; se preocupa, no de poner sus construcciones en armonía con el paisaje, sino únicamente en sopesar el empuje y la resistencia de los materiales [...].



Una moderna edición española de *El Arroyo* (2001).

3. EL AGUA EN LA CIUDAD⁹ (1869)

En nuestros países de la Europa civilizada, donde el hombre interviene por doquier modificando la naturaleza a su antojo, el pequeño curso de agua deja de ser libre y se convierte en patrimonio de los ribereños. Estos lo utilizan a su conveniencia, ya sea para regar las tierras o para moler el trigo; pero con frecuencia no saben sacarle un buen partido y lo aprisionan entre murallas mal construidas que la corriente derriba, desvían las aguas hacia hondonadas donde se estancan en charcas pestilentes, las enturbian con basuras que debieran servir de abono a los campos, y transforman el alegre arroyo en una inmunda alcantarilla.

A medida que se aproxima a la gran ciudad industrial, el arroyo se va ensuciando cada vez más. Las aguas residuales de las casas que lo bordean se mezclan con la corriente; viscosidades de todos los colores alteran su transparencia; desechos impuros recubren sus playas fangosas, y cuando el sol las deseca un

9. "L'eau dans la cité", cap. XVIII de *Histoire d'un ruisseau*. París: J. Hetzel et Cie, 1869, pp. 283-297. Traducción realizada del original por José Ignacio Homobono. Se ha contrastado con la ya clásica versión española -1905- de: "El agua en la ciudad", en: *El arroyo*. Madrid: Media Vaca, 2001; pp. 137-142.

olor fétido se expande por la atmósfera. Por fin el arroyo, convertido en cloaca, entra en la ciudad, donde su primer afluente es una repugnante alcantarilla, con su enorme boca ovalada cerrada por una reja. Casi sin corriente, por faltarle declive, la masa cenagosa avanza lentamente entre dos hileras de casas cuyas paredes recubren algas verdosas, con el maderamen medio roído por la humedad y el revoque desconchándose. Para estas casas, fábricas malsanas donde trabajan los curtidores, peleteros, y otros industriales, la corriente fangosa es aún una riqueza, y los obreros extraen continuamente un agua nauseabunda. Ya las márgenes han perdido toda forma natural; ahora son muros perpendiculares en los que a intervalos se han construido algunos escalones; sus orillas están cubiertas con losas resbaladizas; los meandros han sido reemplazados por bruscos recodos; en vez de ramas y follaje, miserables ropas tendidas en cuerdas cuelgan por encima del foso; y barreras hechas con tablones, tendidos entre ambos muelles señalan los límites entre propiedades por encima del negro caudal. Por fin, la oscura masa cenagosa entra por un siniestro túnel. El arroyo que yo había visto brincar a la luz del día, tan cristalino y gozoso, a la salida del manantial, no es ahora más que una alcantarilla en la que toda una ciudad vierte sus desechos.

A unos cuantos kilómetros el contraste es absoluto. Allá arriba, a campo abierto, el agua centellea al sol y, transparente a pesar de su profundidad, deja ver las piedras blancas, la arena y las hierbas cimbreantes de su lecho; murmura dulcemente entre las cañas; los peces surcan el agua como flechas de plata y los pájaros la rozan con sus alas. En sus márgenes surgen macizos de flores; los árboles llenos de savia despliegan su ramaje, y el caminante que sigue la orilla puede descansar a sus anchas bajo la sombra, contemplando el delicioso cuadro que se extiende entre los meandros. ¡Qué diferente es el arroyo bajo el ruidoso pavimento de las ciudades! El agua es sustancialmente la misma, pero únicamente para el químico; está mezclada con tantas inmundicias que se ha vuelto viscosa. Ya no hay luz bajo la sombría corriente, más que cuando de trecho en trecho un rayo de sol penetra por entre los barrotes de hierro y se refleja sobre la pared pringosa. La vida se halla ausente de estas tinieblas; y sin embargo existe: los hongos alimentados por la podredumbre buscan acomodo en los rincones, y las ratas se ocultan en las grietas que dejan las losas resquebrajadas. Los únicos seres humanos que se aventuran en estos tristes parajes son los poceros encargados de asegurar la marcha de la corriente librándola de la masa de fango, y los “saqueadores”, infelices que inclinados sobre el fétido lodazal lo remueven con las manos en busca de alguna pequeña moneda o cualquier otro objeto caído por los sumideros de la calle.

Por fin la masa infecta, ayudada por el rastrillo de los poceros o por súbitas tormentas, llega al río para verterse en él pesadamente. Negra o violácea, ahora avanza a lo largo de los malecones, y se distingue del agua relativamente pura de la corriente mediante una línea sinuosa nítidamente trazada. Podemos seguirla largo tiempo con la mirada, corriendo por un flanco del río y negándose a mezclarse con él; pero los torbellinos y remolinos, los reflujos de todo tipo causados por los accidentes del fondo y las sinuosidades de las orillas, acaban por confundir las aguas; la línea de separación se va borrando poco a poco, gruesos borbotones transparentes surgen del fondo a través de la masa cenagosa; los

impuros aluviones, más pesados que el agua que los transporta, se depositan sobre las playas y en las depresiones del lecho. El arroyo se va purificando; pero al mismo tiempo pierde su identidad y se confunde con la poderosa masa del río que lo lleva hacia el océano. Su corriente se divide en hilos, que se escinden a su vez en gotas y gotitas, y por fin todas las moléculas se confunden. La historia del arroyo acaba aquí, al menos aparentemente.

Sin embargo, la boca de la cloaca no ha vomitado en el río toda la masa de agua que corría entre las sombreadas riberas más arriba de la ciudad y de sus fábricas. Mientras que una parte de la corriente sigue el cauce natural, transformado primero en foso y luego en canal subterráneo por la mano del hombre, y se arrastra pesadamente a lo largo de los pretiles, otra parte del arroyo, desviada de su curso normal, entra por un amplio acueducto y se dirige hacia la ciudad siguiendo el flanco de las colinas, y pasando por enormes sifones por debajo de los barrancos. El agua, protegida contra la evaporación por las paredes de piedra o de metal que la rodean, llena a su entrada en la ciudad un vasto depósito de mampostería, especie de lago artificial donde el líquido se aquieta y depura. De allí sale para ser distribuida de barrio en barrio, de calle en calle, de casa en casa y de piso en piso, mediante conductos ramificados hasta el infinito por la inmensa superficie habitada. El agua es indispensable en todas partes; es necesaria para limpiar el pavimento y las viviendas; para dar de beber a todos los seres vivos, desde el hombre y los animales domésticos hasta la modesta flor que se abre en la ventana de las buhardillas, y en el césped que riega el vapor irisado de las fuentes. Por esas miríadas de bocas y poros que absorben incesantemente venillas, gotitas o simple humedad derivada del arroyo, la ciudad se convierte en un inmenso organismo, en un monstruo prodigioso que de un solo trago consume torrentes enteros. Hay ciudades que no se contentan con un único arroyo, y absorben varios a la vez, llegados de todos lados por acueductos convergentes. Una sola capital –si bien nos referimos a Londres, la ciudad más populosa del mundo– no consume menos de medio millón de metros cúbicos de agua al día, suficientes para llenar un lago donde flotarían holgadamente cien navíos de gran tonelaje.

Después de ramificarse hasta el infinito por calles y casas, el agua de las conducciones, ya sucia por el uso y mezclada con impurezas de todo tipo, debe emprender nuevamente su camino para huir de la ciudad en la que de otro modo provocaría la peste. Cada desagüe, como una boca inmunda, vomita las aguas de uso doméstico; cada canal lleva su pequeño torrente nauseabundo; en cada esquina de la calle una cascada roja o negruzca se precipita en un sumidero. Esta corriente impura, el único arroyo que el niño de la ciudad puede observar, contribuye, más de lo que se piensa, a hacerle amar la naturaleza. Todavía me acuerdo: cuando los fuertes chaparrones limpiaban el lodo de los canales y llenaban el lecho hasta el borde, construíamos presas, canalizábamos la corriente, hacíamos que se precipitara en rápidos, y formábamos islas y penínsulas a nuestro albedrío. Ya hombres, los pequeños ingenieros que chapoteaban en el canal con tanto júbilo no pueden sino recordar con placer sus juegos infantiles; y a su pesar miran con cierta emoción el turbio hilo de agua que corre junto a la acera. Desde los años de nuestra niñez, y en el transcurso de

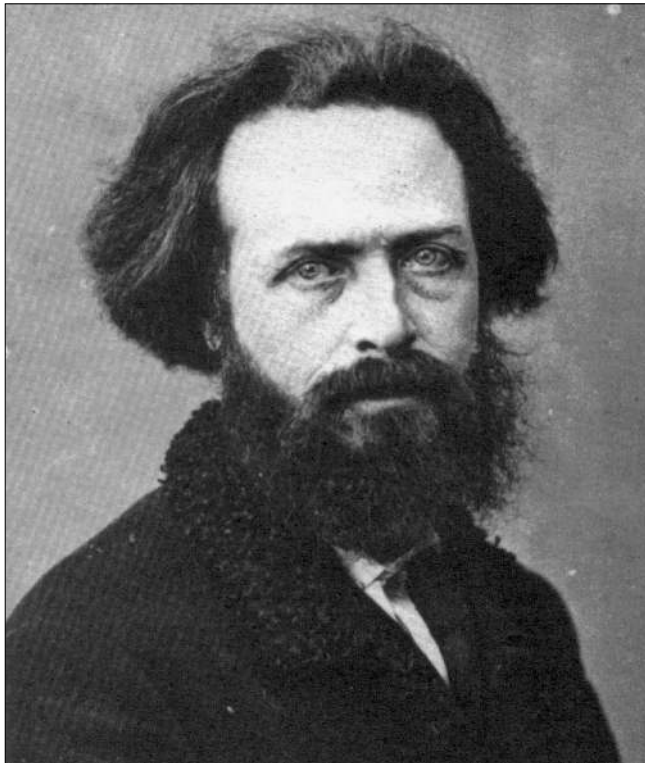
una generación, ¡cuántos residuos habrá arrastrado hasta el mar la corriente viscosa! ¡Incluso sangre humana mezclada con este barro!

Las impurezas procedentes de todos los canales laterales van a parar a la gran cloaca, que con frecuencia es el propio lecho del antiguo arroyo, de modo que la ciudad se parece a esos pólipos cuyo único orificio sirve a la vez para el alimento y la defecación. Sin embargo, en la mayor parte de las galerías subterráneas de nuestras ciudades, se ha procurado establecer cierta separación entre las dos corrientes. Tubos de hierro yuxtapuestos sirven de lecho a dos riachuelos que discurren en sentido inverso: uno es el caudal de agua pura que va a abastecer las casas; el otro la masa de agua sucia que sale de ellas. Así como en el cuerpo del animal se armonizan arterias y venas, se forma un circuito no interrumpido entre la corriente que da la vida y la que se lleva la muerte.

Desgraciadamente, el organismo artificial de las ciudades aún está lejos de asemejarse en perfección a los órganos naturales de los cuerpos vivos. La sangre de las venas, bombeada por el corazón a los pulmones, se renueva en estos al contacto con el aire: deshaciéndose de todos los productos impuros de la combustión interior y, recibiendo de fuera el alimento de su propia llama, puede emprender de nuevo su recorrido desde el corazón a las extremidades, llevando el calor y la vida desde la arteria a los capilares. En nuestras ciudades, por el contrario, cuerpos informes donde se bosqueja una organización, el agua sucia continúa corriendo por las alcantarillas y contamina los ríos, donde sólo se purifica muy lentamente, sin ser recuperada por la industria humana para abastecer la ciudad reintroduciéndola en la circulación subterránea. Pero esta depuración, que el saber humano comete el error de no llevar a efecto, la realizan las fuerzas de la naturaleza trabajando concertadamente con los moradores de las aguas. En todos los desagües de las grandes alcantarillas donde no se sumerge el ávido anzuelo del pescador de caña, multitud de peces, amontonados en considerables bancos como los arenques en el mar, se regalan ávidamente con los residuos del festín arrastrado por el cenagoso torrente; a su vez, el limo de los canales y las riberas, las hierbas temblorosas del fondo, también retienen y asimilan las moléculas del fango que las baña; los residuos más pesados descienden y se mezclan con la grava, los restos flotantes son arrojados a la orilla o se incorporan a los bancos de arena; poco a poco el agua se va haciendo más clara; gracias a su fauna y flora incluso pierde las sustancias disueltas que la desnaturalizaban, y si en su curso no fuera ensuciada de nuevo por otras impurezas provenientes de las ciudades ribereñas, acabaría por recobrar su primitiva pureza antes de alcanzar el océano.

En la ciudad futura, seguramente los hombres harán lo que la ciencia les aconseje. Ya son muchas las ciudades, sobre todo en la inteligente Inglaterra, que tratan de crear un doble sistema arterial y venoso que funcione con regularidad perfecta, de modo que se complete un pequeño circuito de las aguas, análogo al que se produce en la naturaleza entre las montañas y el mar por medio de los manantiales y las nubes. Al salir de la ciudad, las aguas del alcantarillado aspiradas por máquinas, como lo es la sangre por el juego de los músculos, se dirigirán hacia un ancho depósito cubierto, donde los residuos arrastrados se

mezclan en un líquido fangoso. Otras máquinas se apoderan de la masa fétida y la lanzan a chorro en diversas direcciones por conductos radiales en el subsuelo de los campos. Registros dispuestos de trecho en trecho en las tuberías permiten verter el exceso en cantidades previamente calculadas sobre aquellas tierras esquiladas que sea preciso regenerar con abono. Este fluido fangoso, que supondría la muerte de la población si permaneciera en las ciudades o se arrasara por los ríos a lo largo de las orillas, se convierte por el contrario en vida para las naciones, al ser transformado en alimento humano. El suelo menos fértil y hasta la misma arena pueden dar vida a una espléndida vegetación si son regadas por estos líquidos; por otra parte, el agua que servía de vehículo a todas las porquerías de la cloaca, queda ahora limpia merced a la actuación química de raíces y raicillas; recogida bajo tierra en los conductos paralelos a las cañerías de agua sucia, puede volver a la ciudad para su limpieza y aprovisionamiento, o bien mezclarse con la límpida corriente del río, sin enturbiarla. Mientras que antiguamente, aguas abajo de la primera ciudad cuyos muelles bañaba, el río no era sino un gran canal de inmundicias hasta llegar al océano, en nuestros días recobra la belleza de los tiempos pasados; los edificios de las ciudades y las arcadas de los puentes, que durante siglos no se han reflejado más que sobre turbias ondas, empiezan de nuevo a mirarse en un flujo transparente.



Élisée Reclus en 1870, según fotografía de Nadar.

4. LA CIUDAD EN LA NOUVELLE GÉOGRAPHIE UNIVERSELLE. LA TERRE ET LES HOMMES¹⁰ (1876-1894)

4.1. Municipios y asociaciones belgas¹¹ (1887)

En nuestros días, los centros de población se aglomeran en las llanuras de Bélgica, en esa estrecha zona donde, en tiempos de la dominación romana, no existían más que dos ciudades propiamente dichas, Turnacum (Tournay) y Atuatuca Tungrorum (Tongres)¹², porque Bagacum (Bavai) se encuentra en territorio francés. En varios distritos del país, abundan los grupos urbanos más que los pueblos en la mayor parte de las regiones de Europa, y estos grupos además están dotados de una marcada individualidad municipal: fueron ciudades al modo de las antiguas de Grecia, de las ciudades republicanas de Italia, o de la Hansa germánica. Tras las luchas de nacionalidades y de clases, cuya huella se ve distintamente en la *Roman du Renard*¹³, tan popular antaño en Flandes, las ciudades del país, sólidamente constituidas en municipios, pudieron conquistar cada una su vida independiente, su fisonomía original: de igual modo que las ciudades del norte de Francia, las de Brabante y Lieja walona, los municipios libres del Flandes belga, que con tanta valentía resistieron a los obispos, a los barones y a los reyes, pueden reivindicar, como Florencia y Venecia, su considerable cuota de influencia en el movimiento que ha dado lugar al mundo moderno.

El origen de los municipios, tanto en Bélgica como en Francia, se debió a un cambio de asiento de los intereses. Desde el campo, donde dominaba el señor, el centro de gravedad se trasladó hacia la ciudad, donde se reunían los comerciantes y trabajaban los gremios de artesanos. Ya en el 779, Carlomagno, presintiendo el peligro que podían suponer las asociaciones de trabajadores para el poder soberano, prohibía todo acuerdo, toda “conjuración” entre siervos del “Fleandreland”, del “Mempisque” y de otros lugares próximos al mar.

Que nadie tenga la audacia de prestar esos juramentos mediante los que es costumbre asociarse en las guildas...; que nadie se ligue mediante juramentos de contribución pecuniaria, para casos de naufragio o de incendio¹⁴...

10. *Nouvelle Géographie Universelle. La Terre et les Hommes*. París : Hachette et Cie, 1876-1894. Esta selección se limita a los aspectos más genéricos del fenómeno urbano, soslayando las numerosísimas descripciones de grandes urbes contenidas en los 19 volúmenes de esta obra enciclopédica; algunas de ellas tan interesantes como, por ejemplo, las de París, Londres, Nueva York, Chicago, Boston, Montreal, Río de Janeiro, etc.

11. Extractos del tomo IV: *L'Europe du Nord-Ouest (Belgique, Hollande, Iles Britanniques)*, correspondiente a su capítulo II: “La Belgique” y, en concreto, al epígrafe III: “Communes belges”, pp. 86-96; y al IV: “Écoles, associations de la Belgique”, pp. 173-174. Para la traducción, realizada ex – novo por José Ignacio Homobono, se ha tenido en cuenta la versión española del t. III: *Europa del Noroeste. Bélgica, Holanda, Islas Británicas*. El Progreso Editorial. Madrid, 1892, capítulo I: “Bélgica”, epígrafes III: “Comunidades o municipios belgas”, pp. 41-49, y IV: “Escuelas, asociaciones en Bélgica”, pp. 122-123.

12. Piet, *Patria Bélgica*, II; - Ernest Desjardins, *Géographie de la Gaule*.

13. Willems, Vandeveldel, Oetker, etc.

14. Vandenpeereboom, *Patria Bélgica*, II.

A despecho de estas prohibiciones y de las persecuciones, las tan temidas guildas, que encerraban en germen la libertad de los municipios, pudieron mantenerse, fortalecerse y crear poco a poco las industrias de las ciudades. Cuando los municipios se significan por vez primera en la historia, a partir del siglo XI, habían mediado guerras, convenios y tratados, que en diversos puntos desempeñaron un cierto papel en su nacimiento; pero la causa profunda de esta revolución fue siempre la creciente influencia de los oficios y de las asociaciones comerciales.

Sin embargo, el primitivo municipio - comunidad, constituido contra el feudalismo. Fue un verdadero feudo, y los *échevins* o regidores salían siempre de las grandes familias o "linajes" (*geslachten*), así bien como en las ciudades imperiales de Alemania se reservaban tales puestos a los *geschlechster*. Esos personajes de alta alcurnia eran los únicos que gobernaban la ciudad, quedando vedado el acceso al poder, no sólo a los obreros, sino también a los burgueses, incluso los más ricos¹⁵. De aquí resultaron continuas disensiones entre los "pequeños" y los "grandes" de cada ciudad, análogas a las que surgían en Nuremberg y en Florencia entre los "flacos" y los "gordos". Los gremios de artesanos se levantaron frecuentemente, y aprovecharon toda guerra civil o exterior para reivindicar sus derechos al gobierno de la ciudad. A cada derrota que sufrían se los trataba cruelmente: así, después de una rebelión sofocada, 1.500 tejedores y otros obreros de Ypres fueron enroscados, decapitados o ahorcados sin formación de juicio; los cronistas refieren con cierto orgullo, para glorificar el poder de los señores, que las ciudades de Flandes parecían bosques a veces: tan numerosas eran las horcas en las calles y plazas públicas¹⁶. A despecho de descabros y matanzas, las asociaciones de los "pequeños" obligaron a los "grandes" a dejarles un puesto en el consejo de las ciudades. En el siglo XIII, y sobre todo en la primera mitad del XIV, vemos constituirse regularmente en casi todas las comunidades un "gran consejo", donde, al lado de los regidores y de los notables, tomaban asiento las "naciones", es decir, los mandatarios, los prohombres de los gremios, y deliberaban como iguales sobre los "asuntos mayores" de la ciudad. En Bruselas, Lovaina y otras ciudades de Brabante, las "naciones" tenían un burgomaestre distinto del de los "linajes". En Lieja, la famosa ciudad, cuyos *burgueses* usaban desde larga fecha el título de "señores", y habitaban un domicilio inviolable, una casa "sagrada", fue mucho más completo el triunfo de los "pequeños": en virtud de la paz de Angleur, concluida en 1313, se decidió que ningún burgués de Lieja perteneciente a la nobleza podría ser burgomaestre ni miembro del consejo, si no formaba parte de una corporación de los veinticinco oficios¹⁷; todos eran electores, lo mismo obreros que maestros; hasta los aprendices -ejemplo bien raro en la Europa de aquella época- tenían el derecho de aclamación o de sufragio.

En aquel gran caos del mundo feudal, en que los señores estaban en lucha permanente unos con otros, pero en que "no había tierra sin señor", y en donde se pensaba que toda autoridad venía de arriba por intermedio del Papa, empe-

15. Borgnet, Bulletin de l'Academie, 2^a serie, t. XXVII.

16. Vandenpeereboom, *Patria Belgica*, II.

17. Michelet, *Histoire de France*, t. XV.

rador o rey, fue una gran victoria para las ciudades belgas el igualarse a los barones, el adquirir una personalidad feudal, el tratar directamente con los soberanos. Empezaba un nuevo orden de cosas, toda vez que la independencia de las ciudades arrancaba de abajo, de la masa profunda del pueblo. A juzgar por los elementos dispersos de la nueva sociedad flamenca y valona, tal y como trató de constituirse, y como se la vió especialmente en Gante bajo la dirección de Jacob van Artevelle, parece que tendía a formar una gran liga de ciudades autónomas, compuestas a su vez de corporaciones libres de artesanos: el gremio o cofradía de cada grupo de trabajadores, tal era la molécula primitiva de la sociedad. Cada asociación, fuese de obreros, o bien de burgueses, era un cuerpo completo que representaba en resumen al conjunto del Estado, teniendo el carácter múltiple de cofradía religiosa, de tribunal para el juicio de crímenes y delitos, de sindicato de comercio para la defensa de los intereses comunes e incluso de asociación recreativa para la celebración de las fiestas¹⁸. Por otra parte, los oficios imponían a todos sus miembros una disciplina muy severa; el traje de guerra, así de guerra como de trabajo, era objeto de estrecha reglamentación: en épocas determinadas se pasaban revistas, para comprobar si los cofrades tenían en buen estado sus armas, sus cotas, sus prendas de vestir. El individuo necesitaba contar, para todos los actos de su vida, con el cuerpo del que formaba parte¹⁹. Aún quedan huellas de ese antiguo orden de cosas. Los habitantes de Gante, por ejemplo, están regimentados por “decurias”; llevan atuendos del siglo XVI, con su gola al cuello y su alabarda en el brazo; son demandados a comparecer en las grandes solemnidades, es decir siempre que se trata de “salir” de uniforme, sea para festejar el regreso de un compatriota ilustre, o sea para celebrar cualquier hazaña de los antepasados²⁰.

La comunidad, compuesta de las asociaciones burguesas y de los gremios, formaba el grupo superior; y cuando la campana del concejo llamaba a los ciudadanos al combate, todas las almas debían fundirse en una sola contra el enemigo. Frecuentemente ese enemigo era el ejército de una ciudad rival; pero el peligro común hizo comprender a las ciudades la necesidad de una federación, ya indicada en 1312 por la “carta de Cortenbergh”, en que se vió a 18 ciudades y “franquezas” (*franchises*) de Brabante unirse a cierto número de vasallos de Juan II, y formar con ellos una especie de Asamblea legislativa. En 1334 los habitantes de Flandes y los de Brabante concluyeron un tratado de confederación, en el cual se estipulaba que el comercio entre las dos provincias sería libre; que en ambas se haría uso de la misma moneda, y que las grandes ciudades –Bruselas, Amberes, Lovaina, Gante, Brujas e Ypres– enviarían diputados tres veces al año a una Asamblea, de la cual formarían parte también los representantes del conde de Flandes y del duque de Brabante, y que se reuniría sucesivamente en Gante, en Bruselas y en Alost. Ya en el siglo precedente las grandes corporaciones de las ciudades flamencas habían formado una guilda internacional, llamada la “Hansa o Liga de Londres”, donde figuraban asociados los co-

18. Cellier, *Une commune flamande, Recherches sur les institutions de la ville de Valenciennes*.

19. Henri Hymans, *Patria Bélgica, III*.

20. Ernest Desjardins, *Notes manuscrites*.

merciantes de diecisiete ciudades belgas y de Inglaterra²¹. Verdad es que los estatutos de esa *Hanse* eran bien poco democráticos. Los tintoreros, “que tiñen con sus mismas manos y tienen las uñas azules”; los caldereros, “que hacen los calderos y van pregonando por las calles”, y todos los que vendían al por menor no podían ser miembros de la cofradía comercial²².

Aunque la forma de la sociedad nueva que se preparaba en las ciudades de Bélgica no haya podido realizarse completamente, y aunque la prosperidad de los ciudadanos haya ido acompañada de continuas agitaciones y de incesantes peligros, los progresos de todas clases operados en ese rincón del globo hicieron de él uno de los centros de civilización de la Edad Media. Hasta en algunos campos se formaron guildas semejantes a las de las ciudades; y esas asociaciones rurales, orgullosas de sus “keures”, confirmación escrita de sus derechos, supieron justificar esta conquista con el admirable cultivo de sus tierras. Los aldeanos de Flandes vinieron a ser desde el siglo XII los iniciadores de las demás poblaciones del Norte de Europa: gracias a colonos industriuos llamados por los soberanos mismos, se fundaban pequeñas Flandes por doquiera —en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en Dinamarca—. Los artesanos de las ciudades flamencas y brabantonas, no contentos con adquirir riquezas por los antiguos procedimientos, trabajaban en crear nuevas industrias, y, a merced de la diversidad creciente de los productos, iba en continuo aumento el número de los gremios. La ciudad de Brujas, que durante un período estuvo a la cabeza de la industria manufacturera de todo el mundo, tuvo en el siglo XV ochenta corporaciones de artesanos; Gante poseía casi otras tantas, y los tejedores por sí solos formaban veintisiete asociaciones, cada una de las cuales se ocupaba de la fabricación de tejidos diferentes. Bruselas tuvo cincuenta oficios, agrupados en nueve “naciones”; Tournay, más de cuarenta; Lieja e Ypres, más de treinta cada una. En cuanto a los progresos de las comunidades flamencas en los trabajos del pensamiento, lo atestiguan la importancia que había adquirido su lengua en la literatura contemporánea, y el gran número de sabios que dio Holanda en la época de las persecuciones.

Los grandes edificios municipales de las comunidades flamencas atestiguan, mejor que nada, su antiguo esplendor. La mayor parte de las iglesias construidas en esa época han quedado sin concluir; pero los monumentos civiles, sobre ajustarse a un plan más vasto y ofrecer una decoración exterior más rica, están terminados casi todos, y los arquitectos actuales sólo tienen que ocuparse en reparar las partes deterioradas. Cada una de las diversas corporaciones tenía su casa de gilda, adornada con verdadero amor, por lo mismo que los miembros de la cofradía habitaban en casas del más pobre aspecto. Las lonjas (*halles*), sobre todo, con sus imponentes proporciones, atestiguan la sólida fortuna de los burgueses que podían costear semejantes naves de piedra. Las casas municipales tienen un aspecto imponente, pero se distinguen también por el esplendor de su decoración arquitectónica: mediante esos edificios expresaban los ciudadanos su orgullo de pertenecer a la

21. Ernest Van Bruyssel, *Patria Belgica*, II.

22. Vandenpeereboom, *Patria Belgica*, II.

comunidad, a la vez que la alegría filial que experimentaban en embellecerla. Cada una de las ciudades se vanagloriaba de construir su palacio municipal con arreglo a planos particularmente suyos: salvo la analogía general, debida al estilo de la época, todo difiere en esos edificios: tal casa consistorial, como la de Lovaina, parece un inmenso estuche de orfebrería; tal otra, como la de Bruselas, es digna de admiración, principalmente por la elegancia de su calada torre; otros se distinguen por su aspecto pintoresco o por la noble sencillez de su fachada; y en casi todos esos palacios municipales varían el emplazamiento y la forma de la tribuna, desde donde los magistrados hablan al pueblo: aquí es una “bretèche” o almenaje saliente de la fachada; allí un balcón; en otra parte una escalinata de mármol. La torre del concejo, testimonio de la independencia de la ciudad, ora se halla aislada, como en Gante, ora se alza sobre las lonjas, como en Brujas, o bien domina la casa consistorial, como en Alost, y tan pronto se presenta en un ángulo como en el centro de la fachada; las hay que semejan un torreón; las hay que parecen el campanario de una iglesia: el carácter original de la ciudad se revela principalmente en ese monumento, cuyo “secreto” encerraba las cartas-pueblas del derecho local y donde estaba la gran campana cuyo toque servía para celebrar las victorias decisivas o conjurar un peligro común.

Las plazas que dominan estos monumentos eran principal teatro de las fiestas populares que los Belgas tanto gustaron celebrar en cualquier tiempo. Allí se hacían las grandes procesiones que nos representan todavía curiosos cuadros conservados en los museos; allí se prestaban los juramentos, y se distribuían los premios conseguidos por los ballesteros, por los cantantes o los poetas, porque los municipios flamencos, a semejanza de las antiguas ciudades griegas, tenían sus certámenes poéticos: acudían las diputaciones de cada ciudad sobre carros o barcos de triunfo, saliendo a recibirles procesiones de ciudadanos. Sin embargo los certámenes poéticos acabaron por degenerar en torneos de “retóricos” y en justas de poetastros. En los tiempos de decadencia, cuando las ciudades ya no tuvieron más sino una sombra de libertad, el esplendor de las fiestas, la facundia de los discursos, la vanidad resonante de las palabras servían precisamente para hacer olvidar a los habitantes que antaño habían sido dueños de sí mismos.

No tardó en seguir la ruina a los días de prosperidad de las ciudades flamencas, y eso, en gran parte, por culpa de las mismas comunidades. El peligro extremo les hacía comprender la importancia de la federación, pero con la paz exterior volvían a sus disensiones intestinas. Brujas y Gante, demasiado próximas entre sí, estaban siempre prontas a acudir a las armas: dividía a las dos ciudades una envidiosa rivalidad, que les llevaba a hacerse todo el daño posible por la fuerza o por la astucia. Así, en 1739, los ganteses destruyeron a mano armada el canal de navegación marítima que abrían los de Brujas en dirección a Deynze²³. Según los reglamentos de las cofradías burguesas, los comerciantes de una ciudad que se dirigían en corporación a otra ciudad vecina debían ir armados siempre, para defender, en caso preciso, el honor de su ciudad y de su

23. *Annales des travaux publics de la Belgique*, 1843.

gremio, y el que descuidaba las precauciones requeridas tenía que pagar una multa²⁴. A la menor alarma, todo el mundo se apercibía para la defensa y se trababa un combate. Hasta los niños de diez a catorce años formaban compañías militares: dos de estas bandas empeñaron una batalla en las calles de Brujas el año 1488, y quedaron muertos en el arroyo cinco niños. El rigor de los reglamentos que aseguraban el monopolio a los diversos gremios de artesanos, y los convertían en enemigos unos de otros, contribuyó también en gran parte a las desgracias de las ciudades y a la pérdida de su energía patriótica. En Tournay había corporaciones de “portadores de manteca”, de “portadores de carbón”, de “portadores de mercancías fabricadas”, y ipobre de aquel a quien se viese con una carga no hecha para sus hombros!²⁵. A principios de siglo todavía existía en Brujas una corporación de *Kraanenkinders* o “mozos de la espita”, únicos que tenían el derecho de sacar el vino: en los días solemnes llevaban aún su uniforme tradicional²⁶.

Los duques de Borgoña, a quienes tentaba la riqueza de las ciudades flamencas, se aprovecharon de sus disensiones intestinas, y se hicieron dueños del país. La industrias de las ciudades les sirvió para aumentar el esplendor de su corte; pero los ciudadanos quedaron domeñados bajo su yugo; el régimen de los impuestos onerosos, de los derechos protectores y de las ordenanzas reemplazó a la libre iniciativa de los comunes, y empezó la decadencia. Se castigaron cruelmente las rebeliones, y los duques no perdieron ocasión de humillar el orgullo de las ciudades. En 1468 Lieja se vio poco menos que destruida, 40.000 habitantes hallaron la muerte, y se quitó el símbolo de las libertades municipales; el año anterior había arrancado Carlos el Temerario las banderas a los obreros de Gante, y las mandó colocar en las bóvedas de las iglesias de ciudades lejanas, como trofeos de su victoria sobre el pueblo. Un gantés, Carlos V, suprimió las libertades de Gante, condenó a los ciudadanos más valerosos al cadalso o al destierro, impuso a los habitantes los reglamentos de obediencia, e hizo bajar de la torre de la villa la gran campana llamada Rolando, la voz misma de la ciudad. Cuando el escritor Jacques Mayer publicó su *Historia de Flandes* en 1538, Carlos V no le otorgó la autorización necesaria sino a condición de “omitir la inserción de los privilegios de algunas ciudades”. Las cartas-pueblas o *luyster* de Brabante quedaron sepultadas en una torre de Bruselas, y no volvieron a verlas los ciudadanos hasta que se derrumbó el edificio, cuando fue a bombardear la ciudad el ejército de Luis XIV²⁷.

Bajo la dominación de Felipe II vinieron con las guerras religiosas los grandes desastres, y reinó en las ciudades el silencio del terror. Las mismas “cámaras de retórica” se hicieron sospechosas; el duque de Alba mandó colgar a buen número de los que habían tomado parte en aquellas justas literarias, y el burgo-maestre Van Stralen, principal organizador de la fiesta celebrada en Amberes el

24. L. Cellier, *Une commune flamande*.

25. Fiedrich Octker, *Belgische Studien*.

26. Émile Tandel, *Notes manuscrites*.

27. Ch. Potvin, *Patria Belgica*, III.

año 1561, murió en el patíbulo²⁸. Decayó la industria; se empobrecieron y despoblaron las ciudades; hasta campos florecientes quedaron abandonados; más de una zona se convirtió en un desierto. Hubo un gran movimiento de emigración hacia las provincias del Norte, hasta el punto de calcularse en 100.000 el número de belgas que afluyeron a Holanda²⁹: aquellos expatriados eran precisamente los hombres más enérgicos, a quienes debía la nación su vida intelectual y su iniciativa; falta de ellos, Bélgica quedaba exangüe, por así decirlo. Tal emigración explica mejor todavía que las matanzas y las guerras, el abatimiento moral del país en los siglos siguientes. Vanderkindere llega a insinuar la hipótesis, aunque sin insistir en ella demasiado, de que quizá la disminución de la talla media entre los flamencos podría ser una consecuencia indirecta de la emigración, si los habitantes que abandonaron el país fueron principalmente los de raza sajona³⁰.

Los municipios belgas han reconquistado una cierta autonomía; pero los ayuntamientos son elegidos mediante sufragio universal, y el burgomaestre no es elegido por sus conciudadanos. Los consejos municipales son en realidad pequeñas oligarquías burguesas, y la masa del pueblo no ha recobrado sus antiguas franquicias. Mas, por grande que haya sido el infortunio político del país, el antiguo espíritu municipal se ha conservado con notable energía, y se manifiesta sobre todo con ocasión de las fiestas patronales y de las *kermesses*. Entonces las procesiones religiosas, los cortejos militares, las representaciones teatrales, los bailes y regocijos populares se mezclan diversamente como en la Edad Media, de suerte que el conjunto de las ceremonias conserva un aspecto original en cada ciudad. En Courtrai y en Furnes, procesiones simbólicas conmemoran los misterios cristianos; en Châtelet y en otras ciudades de Hainaut, las “marchas” tienen un doble carácter religioso y militar; en Thiméon, cerca de Gosselies, en el Hainaut, parece que todavía existe incluso una “procesión de danzantes”³¹. Finalmente, hay antiguos municipios, como Mons, Ath, Tournay, Malines, Amberes y Gante, que, a semejanza de los del Flandes francés, como por ejemplo Douai, tienen a gala celebrar cabalgatas, que representan la historia de la ciudad mediante escenas históricas y alegorías [...].

IV. [...] El espíritu de asociación, infiltrado en la sangre de las poblaciones flamencas, podría constituir una gran ventaja para ellas y facilitar sus progresos en conocimientos de todo tipo. Gracias a ese hábito de agrupación, las escuelas de adultos que, en caso de déficit, reciben por otra parte subvenciones del Estado, han llegado a ser muy numerosas en Flandes, mucho más que en los países valones: en multitud de municipios más de la décima parte de los habitantes se encuentra agrupada en esas escuelas, aunque es menester advertir que no siempre tienen por único objeto el estudio. En las ciudades, y en los

28. Stecher, *Histoire de la littérature flamande, Patria Bélgica*, III.

29. De Smet, *Histoire de la Belgique*, II, 15; -Gaillard, *De l'influence exercée par la Belgique sur les Provinces-Unies. Mémoires publiés par l'Académie de Belgique*, tomo IV, 1853.

30. *Recherches sur l'Ethnologie de la Belgique*.

31. Reinsberg-Duringsfeld, *Calendrier belge*; Van Bommel, *Patria Bélgica*, III.

grandes pueblos, todos los ciudadanos pertenecen a grupos diversos de partidos, de negocios, de utilidad pública o de recreo; hay muchas personas a quienes les costaría trabajo enumerar todos los círculos de los que forman parte. Las sociedades no tienen ciertamente la importancia y la solidez que poseían en la Edad Media, cuando formaban una ciudad dentro de la ciudad, y sus miembros debían sacrificarse al interés común; pero tienen la ventaja de dejar un juego mucho más libre al individuo, y de no atarlo con fórmulas y prácticas. No hay una ciudad donde no se cuenten ya varios centenares de asociaciones, de clubs políticos, de círculos científicos y artísticos, de sociedades colomófilas que fomentan la cría de palomas mensajeras³². Ningún país del mundo iguala a Bélgica por la profusión de sociedades musicales, proporcionalmente a la superficie del territorio y a la población; en época de fiestas hay ciudad que puede proporcionar por sí sola millares de cantores: las calles se ven atestadas por los cortejos de los socios, revestidos de sus insignias.

Se comprende la gran parte que corresponde al placer en todas estas asociaciones que incesantemente se forman y se reforman en el territorio de Bélgica, y principalmente en las provincias occidentales. En previsión de las fiestas y *ker-messes*, los obreros y obreras de las ciudades industriales se organizan en compañías de 10 a 20 parejas, a cuya cabeza se encuentra un capitán, director absoluto de las ceremonias: él es quien elige el local del baile, el que organiza la fiesta, y el que se encarga, si es preciso, de organizar la defensa en caso de disputas. Se necesitan meses, cuando no años de economías, antes de poder celebrar la fiesta proyectada; y ¡cuántas veces las enfermedades, la paralización de los trabajos o las huelgas han venido a reducir a la nada todas esas esperanzas de placer! Pero se fundan nuevas sociedades, y nunca faltan las ocasiones para la alegría y el bullicio³³. En ningún país del mundo se encuentran más tabernas, más salones de baile y más cafés, abren sus puertas brindando entrada a los transeúntes. Bruselas y sus arrabales cuentan con cerca de 9.000 despachos de bebidas, es decir, uno por cada 40 personas; y, como el tabernero suele ser por lo general el inquilino principal de las casas que ocupan, y, en consecuencia, elector, resulta que los vendedores constituyen la clase mejor representada bajo el punto de vista político, porque constituyen una gran parte del cuerpo electoral. El gasto medio de un bebedor no puede estimarse en menos de 180 francos anuales, y los gastos menudos para licores y tabaco doblan siempre la suma arrebataada al hogar. Bélgica es, de entre todos los países de Europa, éste cuyos habitantes reducen a humo la mayor cantidad de tabaco: en esto superan incluso a sus vecinos de Holanda y Alemania³⁴.

32. Palomas belgas expedidas por ferrocarril a Francia, Italia, etc., en mayo de 1878: 123.000 (Bauduin, Notes manuscrites).

33. Oetker, *Belgische Studien, Vereinsleben und Schaubelustigungen*.

34. Consumo de tabaco en 1880:

Holanda	280 kils. por 100 habts.	Noruega	115 kils. por 100 habts.
Bélgica	250 “ “ “	Suecia	114 “ “ “
Austria – Hungría	190 “ “ “	Francia	91 “ “ “
Alemania	185 “ “ “	Italia	70 “ “ “

4.2. Población de las ciudades y campos de las Islas Británicas³⁵ (1887)

[...] De análoga forma que en todos los países comerciales e industriales, el incremento de la población británica es mucho más rápido en las ciudades que en los distritos rurales: a este respecto, Inglaterra y sobre todo Escocia ocupan una situación excepcional entre las naciones europeas. Desde hace mucho tiempo los habitantes urbanos son más numerosos que los campesinos en Gran Bretaña, y la diferencia aumenta de año en año: de cada nueve habitantes del país, cinco viven en las ciudades. La ciudad de Londres comprende por sí sola la quinta parte de toda la población de Inglaterra y del país de Gales; la misma proporción existe en Escocia entre Glasgow y el resto del país. Resulta fácil prever el día en el que el campo, sembrado de establecimientos agrícolas y de grupos de casas, en lugar de pueblos, no será más que una simple dependencia de las ciudades. Por una parte, los agricultores, convertidos en mecánicos o en peones, se asemejan cada vez más a los obreros de las ciudades, y se desplazan como ellos, fácilmente, de un centro fabril a otro; a su vez, los ciudadanos que refluyen al campo en número creciente para pasar allí semanas o meses, no dejan de conservar por ello en las ciudades la sede de sus negocios, y sus costumbres contrastan de modo absoluto con las de los aldeanos propiamente dichos. Sin hablar de multitud de caseríos suprimidos por el mero capricho de los poseedores de vastos haciendas han suprimido, o a merced de sus intereses, hay muchas aldeas que se han despoblado espontáneamente desde hace una o dos generaciones; también en Irlanda, en casi toda la Alta Escocia, en las montañas de los Lowlands y en ciertos condados agrícolas de Inglaterra, ha adquirido tales proporciones el movimiento de emigración de los campesinos hacia las ciudades industriales, que ha superado al exceso de los nacimientos sobre las defunciones, y la población total del distrito, comprendidas las ciudades, ha acabado por disminuir. Aunque la fecundidad de los matrimonios sea la misma en los diversos condados, en los del sudoeste y en los demás agrarios la población aumenta con lentitud cuando no decrece, mientras que se acrecienta rápidamente en Londres y en el norte industrial³⁶. Los censos parciales que se han efectuado de la inmigración anual, según el origen de los habitantes, prueban que la atracción de los grandes centros de comercio y de industria se ejerce, no sobre las ciudades de menor importancia, sino directamente sobre los campos. Diversos *shires*, donde las fábricas importantes son escasas, tienen más representantes en Londres que en su capital de distrito; careciendo de foco de atracción en el dis-

35. Extracto del tomo IV: *L'Europe du Nord-Ouest (Belgique, Hollande, Iles Britanniques)*. Hachette. París, 1887; correspondiente al apartado XIV del capítulo V: "Statistique du Royaume-Uni", pp. 811-815 y 826. Para la traducción, realizada ex – novo por José Ignacio Homobono, se ha tenido en cuenta la versión española del t. III (1892), apartado XIV del epigrafe IV: "Estadística del Reino Unido", pp. 732 –7366 y 747.

36. Aumento de la población en Inglaterra desde 1871 a 1881:

Condados del Norte	19	por 100.	Londres	23	por 100.
Yorkshire	16,48	"	Condados del Centro	12	"
Condados del Noroeste...	21,23	"	" del Este	10	"
Condados del Sudoeste (decrecimiento)			1,4	por 100.

trito, los habitantes del campo se dirigen bien hacia Londres, bien hacia cualquier otra ciudad comercial o manufacturera. Mientras que ciertos condados de Irlanda, como Kerry, Mayo y Donegal, no cuentan más que con una vigésima parte de sus habitantes nacidos fuera de sus límites, y que en casi todo el resto de la isla, así como en los condados agrícolas de Inglaterra, las cuatro quintas partes, por lo menos, de los residentes son de origen local, otros condados, como Middlesex, Glamorganshire, Durham, Northumberland, Lancashire, Larkshire, con sus ciudades comerciales o sus minas de carbón, han recibido de otros condados más de la quinta o incluso más de la cuarta parte de sus habitantes³⁷. A las diversas causas que impulsan a la población de los campos hacia las ciudades, en todas las regiones de Europa, se añade otra específica en Inglaterra: el régimen de la propiedad y el estado social resultante. En las extensas haciendas hereditarias de los grandes señores ingleses, todo está determinado de antemano, así el destino y el género de vida de los amos y de los peones, como el empleo del suelo. Huyendo hacia Londres o hacia cualquier otra ciudad populosa, el hijo del labrador se sustrae por lo menos a la continua vigilancia de los agentes del dueño, y reconquista su libertad. En su nueva patria, son mayores las probabilidades de infortunio, pero también las de éxito: su vida se torna más dramática, y son más emocionantes sus peripecias, a menos que caiga en una triste melancolía, como sucede a tantos obreros de las fábricas.

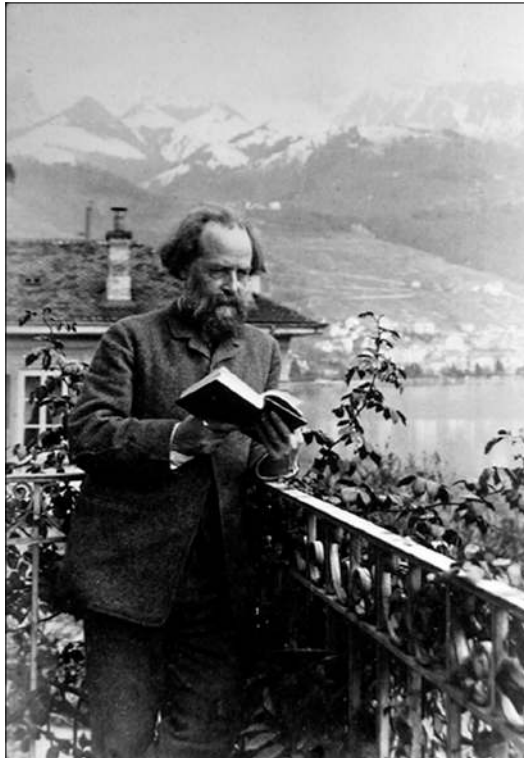
Naturalmente, la mortalidad de la población urbana excede por término medio a la de los campesinos; porque el aire cargado de venenos que respiran aquéllos no puede menos de acortar su vida; sin embargo, hay un gran número de ciudades, Londres entre ellas, que no tienen una proporción de muertos superior a la de más de un distrito rural. En las ciudades se encuentran los establecimientos públicos donde, gracias a los esmeros de la higiene, el número anual de defunciones se ha reducido a la menor proporción normal, y quizás incluso en la prisión de Perth es donde el hombre se halla más al abrigo de los riesgos de una muerte prematura. Por otra parte, permaneciendo constantes las demás variables, la mortalidad de cada ciudad está en relación con la impureza de las aguas potables, y, mientras que ciudades ricas han podido procurarse agua excelente construyendo depósitos sobre las mesetas o en los valles altos de las montañas, los pueblos vecinos no disponen de otro líquido que el los arroyos contaminados por las fábricas de la ciudad. Una gran parte de los habitantes urbanos, incluso entre la pequeña burguesía, puede procurarse además anualmente la alegría y la renovación de las fuerzas que proporcionan los viajes y la residencia en algún lugar saludable de las montañas o a orillas del mar. Las ciudades y los pueblos que bordean los lagos de Cumberland y los *lochs* de Escocia, Lomond, Katrine, Awe, Rannoch, Erich, son "arrabales de Londres"³⁸. Lo mismo puede decirse de Brighton y de todas las ciudades de baños que se suceden a lo largo de las costas de la Mancha, del Mar del Norte y del canal de Irlanda. Malvern, Cheltenham, Leamington ¿no se han construido especialmen-

37. Dunant, *Influence de l'immigration de la population des campagnes dans les villes*.

38. N. Hawthorne, *English Note-Books*.

te para asegurar a los ingleses acomodados el placer, las comodidades, la salud? Hay ciudades de baños verdaderamente suntuosas; en el interior de los palacios no se ven más que dorados, mármoles, tapices y flores exóticas, mientras que fuera se yerguen soberbios acantilados y se extienden playas de fina arena.

[...] Pero ¿qué se ha hecho de aquella “vieja Inglaterra” con sus campesinos libres y sus hidalgos rurales? El obrero de las fábricas y el pequeño rentista procuran ciertamente recortar sobre el suelo un palmo de tierra que les pertenezca; y aprovechan la fuerza que da la asociación para agruparse en “sociedades de construcción” (*building societies*) y conquistar el estrecho espacio donde podrán edificar su propia casa y cultivar su propio huerto –13.000 de estos propietarios se cuentan en torno a Birmingham– pero el campesino ha desaparecido, y en su lugar no quedan más que jornaleros. Las pequeñas fincas van a perderse en las grandes. [...]



Reclus en el balcón de su villa “Le Rivage” (Clarens), en la etapa final de su exilio suizo (1888).

4.3. Población urbana, inmigración y ciudades norteamericanas³⁹ (1892)

La población urbana se incrementa incesantemente a expensas de los campos: a este respecto, los movimientos de migración interior que se producen en Estados Unidos son mucho más rápidos que el fenómeno demográfico del mismo tipo que se realiza en Francia y en el resto de la Europa continental. Una similar aglomeración de multitudes en los centros urbanos no se produce a este mismo nivel más que en Australia. La diferencia se mostraría con mayor evidencia aún si el censo de Estados Unidos, a imitación del de Francia, comprendiese como “ciudades” todas las aglomeraciones que tienen más de 2.000 habitantes; pero las poblaciones urbanas menores de 8.000 individuos son consideradas en esta enumeración como siendo todavía campesinas; en realidad en Estados Unidos los ciudadanos son dos veces más numerosos que lo que refleja el censo. Incluso sin contar más que los Americanos que viven en ciudades de 8.000 habitantes o más, éstos constituyen las tres décimas partes de la población de la República: cuando el primer censo, en 1790, no suponían más que la treintava parte. El número de grandes ciudades se incrementa más deprisa que en ningún otro país. En 1790, solamente seis ciudades tenían más de 8.000 habitantes; en 1890, se elevaban a 443. Ninguna ciudad tenía 100.000 habitantes en 1790; cien años después existen 20, y tres de ellas tienen más de un millón de residentes. Cada una ocupa por término medio un espacio mucho más extenso que las aglomeraciones correspondientes en la Europa occidental. Nueva York, Filadelfia, Chicago, San Luis se extienden mucho más ampliamente que París⁴⁰. Es cierto que estas ciudades americanas, disponiendo de vastas extensiones libres en la vecindad de un núcleo primitivo, han podido cercar fragmentos de la campiña circundante para hacer parques y jardines públicos. Tal ciudad americana tiene hasta quince grandes parques, de los que varios comprenden cientos de hectáreas con bosques y céspedes, peñascos, arroyos y lagos. Los cementerios, que también se encuentran en el recinto de las ciudades, pero lejos de su centro de negocios, son igualmente parques admirablemente conservados donde el primitivo relieve de la naturaleza es siempre respetado.

Así es como puede afirmarse, al margen de todo censo, que los Estados meridionales de Nueva Inglaterra, Massachusetts, Rhode Island, Connecticut, los que superan a todos los demás Estados de la Unión por la densidad por kilómetro cuadrado de sus habitantes, son también la región de la república ameri-

39. Extracto del vol. XVI: *Les États-Unis*. Hachette. París, 1892; correspondiente al apartado I del capítulo VII: “Mouvement de la population”; y, en concreto, a los epígrafes: “Urbaines et ruraux”, “Mobilité de la population”, “Villes américaines”y, parcialmente, “Immigration”, pp. 656-665 y 668; parcialmente, asimismo, el apartado VI: “Industrie manufacturière”, pp. 740-742 y el apartado “Comtés et communes”, del capítulo VIII, pp. 791-792. Traducción realizada ex - novo del original por José Ignacio Homobono.

40. Población de algunas capitales en razón de su superficie, en 1890:

París.....	78	km ² ;	2.360.000	habts.	30.200	hab. por km ²
Nueva York.	106	“	1.710.715	“	16.139	“ “
Filadelfia ...	315	“	1.046.964	“	3.324	“ “
Chicago	471	“	1.099.133	“	2.334	“ “

cana done la población abandona en mayor medida los campos para aglomerarse en las ciudades. En 1820, en Massachusetts no se contaba más que con dos aglomeraciones que tenían derecho al título de ciudades, es decir conteniendo más de 12.000 habitantes cada una; no representaban mas que el 11 por ciento de la población total del Estado; en 1890, esas ciudades, en número de 30, tenían más del 62 por ciento de los residentes de Massachusetts. Boston, por sí sola, comprendía la quinta parte, y más de un tercio con su aglomeración, limitada por un círculo de 20 kilómetros alrededor de la audiencia del Estado. Considerando como población urbana toda la que vive en ciudades de más de 30.000 habitantes, no queda más una décima parte de población rural, y casi todas las ciudades menores disminuyen en lugar de crecer; descienden a la categoría de pueblos, después de aldeas, y acaban por ser abandonadas. En los demás Estados del Cis-Mississippi y notablemente en el de Illinois, los fenómenos demográficos revelados por el último censo son completamente análogos. Así el crecimiento de 740.000 individuos que se ha constatado en todo el Estado es absorbido casi enteramente por las ciudades de más de 8.000 habitantes, y Chicago, ella sola, se ha incrementado en más de medio millón de hombres: ahora hay más Anglo-Americanos en las ciudades de 4.000 habitantes y más que en las aglomeraciones menores y que en los campos. Este hecho de tan grandes consecuencias de diverso tipo, al que se agregan con todo derecho una gran importancia económica y social, la transformación de los aldeanos en ciudadanos, es, evidentemente, mucho más caracterizada en una América siempre apresurada, vertiginosa, que en una Francia lenta y moderada⁴¹.

De este rápido poblamiento de las ciudades resulta que, pese al incremento de la población americana, en los mapas estadísticos se ven enclaves de gran extensión donde el número de habitantes ha disminuido realmente. De año en año, la diferencia se acrecienta entre los países poblados y las regiones desérticas. En la década de 1870 a 1880, no habían disminuido más que 138 condados, mientras que en la década siguiente, más de 400 condados se despoblaron parcialmente. No solamente los Estados agrícolas de Nueva Inglaterra, Maine, New Hampshire, Vermont, han perdido más habitantes de los que han ganado en varios de sus distritos, sino que también en el Estado de Nueva York se da el mismo fenómeno, sobre las orillas del Hudson y del San Lorenzo, en los valles altos del Delaware y del Susquehanna. La mitad de Nueva York ha perdido habitantes en beneficio de la aglomeración neoyorkina; casi toda la Virginia oriental y el bajo Maryland, entre la cadena de los Apalaches y el mar, sobre un espacio en torno a los 100.000 kilómetros cuadrados, han experimentado un retroceso. Asimismo, varios de los condados rurales de Ohaio, de Indiana y de Illinois se han empobrecido, transvasando su población a Cincinnati, Indianapolis, San Luis y Chicago. En cada Estado del Sur, se crea gradualmente un vacío en algunos distritos; dondequiera que se funda una fábrica, el campo pró-

41. Población urbana y rural en los Estados Unidos:

	Población total	Población rural	Población urbana
1790	3.929.214	3.797.742	131.472 (3,35%)
1890	62.622.250	44.386.580	18.235.670 (29,12%)

ximo se puebla a expensas del campo lejano. Por fin, en todas las regiones mineras de oro o de plata, a excepción de las de Montana, la disminución del rendimiento o el acaparamiento de las minas tienen como consecuencia la disminución del número de los habitantes⁴². De este modo el campesino se va, pero en los Estados Unidos el verdadero campesino es escaso, salvo en los condados antiguamente poblados, como el país de los *Dutchmen* en Pensilvania; casi en todas partes, el cultivador es inmigrante o hijo de inmigrante, habiendo adquirido a medias los hábitos de las ciudades, gracias a los viajes y a la rápida habituación a los nuevos inventos.

Actualmente numerosas ciudades nacen, por decirlo así, completamente hechas. Especuladores, propietarios de minas, de aguas motrices o de grandes haciendas favorablemente situadas, trazan sobre el mapa el plan de la ciudad futura con sus calles y plazas, sus hoteles, escuelas y monumentos públicos, sus avenidas y parques, después construyen vías férreas convergentes hacia el emplazamiento escogido, y ponen los lotes en venta con gran refuerzo de periódicos, folletos y carteles. La empresa fracasa aquí, pero tiene éxito en otros lugares: el *boom*, —es así como se denomina al periodo de propaganda, de especulación, de agiotaje y al mismo tiempo de trabajo febril que acompaña a la fundación de las ciudades,— el boom termina con frecuencia en la quiebra y la ruina, pero también frecuentemente la ciudad surge realmente en medio de las soledades con todo su aparato de industria y de civilización. Así nacieron casi de súbito Omaha y Kansas City, en Missouri, Cheyenne, Denver, Pueblo, Colorado Springs en las llanuras rasas que dominan los montes de la Fachada. Roanoke en la meseta de Viegina, Birmingham en los valles de Alabama son asimismo ciudades nuevas creadas de un plumazo, y ahora hemos visto surgir de la tierra ciudades como Middlesborough, en Kentucky, cerca de Cumberland Gap, o Kensington, en Pensilvania, a 29 kilómetros al norte de Pittsburg. A finales del mes de agosto de 1891, esta ciudad tenía cincuenta y ocho días de vida, y cinco grandes fábricas se levantaban sobre la orilla del río Allegheny, la tierra estaba removida sobre una distancia de más de dos kilómetros para la construcción de casas, el establecimiento de calles y la canalización del petróleo y del gas natural; veintiocho trenes por día paraban en la nueva estación, instalada en medio de un monte roturado.

Las ciudades fundadas a la antigua usanza, sin plan trazado de antemano, se desarrollan de otro modo. Los cultivadores llegados desde ultramar o de las regiones del litoral construyen sus moradas y sus casas de explotación en medio de su propiedad, y el país se cubre de construcciones dispersas. Sin embargo los colonos experimentan la necesidad de reunirse cada cierto tiempo y realizan la elección, generalmente hacia el centro de su distrito judicial o *township*, de un espacio donde se elevan los pocos edificios necesarios para los servicios públicos, para la administración o el culto, escuela, iglesia, casa de correos; allí se establece un herrero; lo mismo que un mesonero, si lo permite la ley; allá se celebran los lugares de feria o incluso de exposiciones agrícolas; un inicio de pueblo prolonga sus calles fuera de la plaza original.

42. Henry Gannett, *Extra Census Bulletin*, nº 1, 1891.

Es tal la movilidad de las poblaciones americanas que las ciudades mueren tan fácilmente como nacen: la fuerza de la costumbre, el culto del hogar no retiene a nadie en la ciudad de telas, de tablas, de ladrillos o de piedras que se había visto elevar tan rápidamente al dictado de la especulación. Si las grandes expectativas de enriquecimiento han sido frustradas, si la mina o la bolsa de gas están agotados, si la corriente comercial se ha desplazado, si las quiebras se suceden, la ciudad vuelve a quedarse desierta, los ferrocarriles interrumpen su tráfico y los hoteles se convierten en ruinas. “Nacida como un champiñón”, la ciudad por un día también muere como un champiñón; al cabo de poco tiempo ya no queda ni traza. Tal es el caso Pit Hole City en el distrito de Huile, en Pensilvania, donde se vio, en el lapso de seis meses, surgir un ayuntamiento, teatros, cerca de ochenta hoteles, una arca de agua, y que, antes de finalizar el año, volvió a quedarse desierta; habiendo atraído hacia otros sitios los elementos comerciales un nuevo ferrocarril, aquella perdió sus quince mil habitantes en algunas semanas: en 1890, la población de la “Ciudad del Agujero” se reducía a 40 individuos. Ciertas ciudades se desplazan en bloque: siguen la vía férrea. Casi todos los campamentos mineros de las Black Hills han desaparecido, y los valles se han vuelto a quedar abandonados. Asimismo se han visto aglomeraciones urbanas fundirse y reformarse en otros lugares con el fin de evitar el pago de impuestos: era una especie de quiebra colectiva.

Los Estados Unidos no tienen, por decirlo así, capital, porque Washington, la sede de los cuerpos deliberantes y la residencia oficial del presidente de la República, carece de lo que constituye una verdadera capital, más aún que la superioridad numérica de habitantes, la hegemonía política y la preponderancia en las artes y en las tareas intelectuales. Boston fue antaño la capital de las colonias septentrionales, y conforme a ella, todos los Americanos del nordeste, designados actualmente con el nombre de *Yankees*, recibieron de los Franceses del San Lorenzo la denominación de “Bostonianos”. En nuestros días, Boston permanece como la metrópoli de Nueva Inglaterra y puede aspirar al primer rango en el conjunto de la República por su iniciativa en la investigación científica y en la educación; pero es muy inferior a Nueva York y a otras ciudades por su población y comercio como para pretender el título de capital. Nueva York, mucho mejor situada como centro internacional de intercambios, tiene mayor derecho que Boston para decirse “capital”; e incluso de ha denominado *Empire City*, “Ciudad Imperial”; y ciertamente es la primera en cuanto a tráfico, banca e industria, pero no podría tener la pretensión de serlo en lo relativo a las ciencias, las artes, la influencia decisiva en la política y en la economía social; además, está de tal modo alejada del centro geográfico de Estados Unidos que, únicamente por efecto de la lejanía, su influencia de pierde poco a poco en dirección al Oeste. Sucede lo mismo con Filadelfia, que fue durante la Guerra de la Independencia y algunos años después, la sede del Congreso americano; por razones más poderosas, Washington debe considerarse como situada en la periferia de la región, fuera de los focos de la vida nacional.

No obstante, en la época en la que Washington y sus amigos virginianos escogieron un enclave ubicado entre las tierras de Virginia y de Maryland para constituir un “distrito federal” donde debía elevarse la futura capital, sede del

legislativo de los Estados Unidos, el emplazamiento designado parecía excelente. Entonces se encontraba en la inmediata vecindad del centro geométrico de los trece Estados primitivos, entre las fronteras del Canadá y las de la Florida, era un terreno neutral entre los Estados del Norte y los del Sur, entre las regiones donde debían desarrollarse el comercio y la industria y aquellas cuyos trabajos eran únicamente agrícolas, entre las regiones cultivadas casi exclusivamente por manos libres y estas donde cada plantación tenía su taller de esclavos. Además, Washington estaba situado sobre un río navegable, inmediatamente más arriba de un estuario accesible a los barcos de escaso calado que realizaban entonces la travesía del Atlántico. Parecía totalmente natural que con la ayuda asegurada por la reunión anual del Congreso, la nueva ciudad adquiriese un elevado rango entre las aglomeraciones urbanas de Estados Unidos, y es a la espera de un crecimiento semejante como el ingeniero L'Enfant, encargado del plano de la ciudad, dibujó por anticipado una tan vasta red de calles, de avenidas y de bulevares de "distancias magníficas". El espacio abarcado sobre el mapa apenas se ha ampliado durante un siglo de existencia, y la causa de este retraso en los destinos de Washington proviene sin duda en parte de lo que primero se había creído una ventaja, la posición de la ciudad entre dos grupos de Estados con diferentes instituciones. Ciudad neutral en virtud de la constitución que le arrebató el derecho de voto político, Washington era doblemente neutral a causa del hecho de su situación geográfica entre los países de esclavitud y los países de libertad: la vida, tan activa en otras partes, se alejaba de este lugar peligroso, careciendo de importancia capital más que desde el punto de vista estratégico: durante la guerra civil, fue alrededor de esta base donde debían dirigirse todos los esfuerzos de los ejércitos en lucha.

No siendo céntrico el emplazamiento de Washington más que para los Estados de la costa atlántica, las poblaciones de la cuenca del Mississippi llegaron naturalmente a creer que el verdadero lugar de una capital de la confederación debería estar a orillas del gran río. A este respecto San Luis parecía el punto predestinado, ya que se encuentra hacia la mitad del curso fluvial, no lejos de la encrucijada formada por las dos corrientes del Misssouri y del Ohio, en la unión de las rutas del Atlántico y del Pacífico, de Nueva York y de San Francisco; pero, a despecho de este emplazamiento, que le valió en efecto para ser una de las principales ciudades de América, San Luis ha sido dejada muy atrás por su antigua rival, Chicago, que cuenta con el privilegio de estar situada a orillas de uno de los Grandes Lagos, a la vez que en el corazón del continente y en cabeza de la navegación atlántica por el San Lorenzo. Enorgullecida de sus progresos, Chicago de da también el nombre de "Reina" y de "Capital", pero su prepotencia, puramente industrial y comercial, no se apoya aún sobre ninguna superioridad en las ciencias ni en las artes, y hasta una época reciente su reputación estaba lejos de concederle uno de los primeros puestos desde este punto de vista. De este modo los Estados Unidos no tienen una ciudad capital, sino, como conviene a una federación, varias ciudades de primer orden, Boston, Nueva York, Filadelfia, Baltimore, Chicago, San Luis, Saint Paul, Omaha, San Francisco, Nueva Orleans, que son todas ellas focos de atracción para regiones considerables. Sin duda, la República está en vías de centralización, a la vez por la aminoración de las distancias, por la unificación de las leyes y por la formida-

ble potencia de los sindicatos financieros; cuando menos tiene todavía la ventaja de no estar sometida a una única ciudad que haga converger hacia sí a todas las fuerzas vivas de la nación. Actualmente la ciudad que parece contar con las mayores posibilidades para convertirse en el foco vital de toda la confederación es Chicago sin discusión alguna [...].

Los ocho millones de extranjeros que viven actualmente sobre el suelo americano se distribuyen de un modo muy desigual en su nueva patria. El punto de llegada de la mayor parte de los inmigrantes, Nueva York, comienza por conservar una parte considerable de esta oleada de hombres; una ciudad de estas prodigiosas dimensiones, teniendo tal movimiento industrial y comercial, con un séquito de numerosas ciudades de las que cada cual tiene una especialidad manufacturera y su colonia de Europeos donde los recién llegados encontrarán parientes y amigos, debe ejercer una atracción irresistible sobre millares de inmigrantes. Más de la mitad de los habitantes de Nueva York nacieron fuera de esta ciudad; las tres cuartas partes son descendientes de padres de los que al menos uno ha venido desde ultramar. Sin embargo la masa de emigrados va más allá de la "Ciudad-Imperio" para distribuirse por el resto de la República, pero sin seguir rutas homogéneamente divergentes como los radios de un círculo. Las migraciones se efectúan hacia una serie de centros secundarios tales como Filadelfia, Pittsburg, Buffalo, Cleveland, Cincinnati, San Luis, Chicago, Minneapolis, Omaha, Denver, y los itinerarios seguidos por la multitud apenas difieren. De cada diez colonos, solamente uno toma el camino de alguna ciudad del Sur; pero los nueve restantes no se repartirán al azar en las diversas partes del Norte; un mapa estadístico los muestra por el contrario agrupándose en distintos archipiélagos, principalmente en torno a las grandes ciudades.

Los Alemanes, que, gracias a su lengua, se diluyen más lentamente que los Irlandeses en la masa de la nación americana, se concentran sobre todo En Filadelfia, en Cincinnati y en el resto de Ohio, en Illinois, Wisconsin y Missouri, en torno a Chicago, Milwaukee y San Luis. Los Escandinavos se dirigen hacia las regiones frías del Norte, en los Estados vecinos al Dominio⁴³, donde el clima se asemeja al de su patria. Los Franco-canadienses invaden poco a poco las tierras limítrofes de su región de origen. Cada pueblo tiene sus afinidades que facilitan la transición y le preparan para la nueva nacionalidad en la que irá a fundirse. Entre todos los centros de emigración es San Francisco, junto con la cosmopolita ciudad de Nueva York, aquél donde los elementos de cualquier procedencia se unifican en una población original dotada de carácter propio. Residentes mejicanos, extranjeros de todas las razas llegados por mar cuando la gran avalancha de mineros, Americanos del Este por las vías transcontinentales, confieren a la ciudad del Pacífico una fisonomía diferenciada entre todas las ciudades de la Unión.

[...] La misma ley que despuebla los campos en beneficio de las ciudades desplaza a los agricultores para convertirlos en obreros de los talleres, y el capi-

43. N. del T.: En referencia al Dominio del Canadá.

tal empleado en las fábricas, lo mismo que el valor anual de su producción, sobrepasa ahora las cifras correspondientes al trabajo agrario. [...] Ciertas fábricas son por la extensión de los terrenos ocupados, por la población que las habita y la importancia de su producción, comparables a grandes ciudades. Puede citarse como ejemplo una fábrica de máquinas de coser en Elizabeth, cerca de Nueva York, una fábrica metalúrgica de Jonstown, la de construcción de vagones Pullman, cerca de Chicago. Puede igualmente afirmarse que por su equipamiento metódico de ferrocarriles, de telégrafos, de teléfonos, de conducciones de agua, de gas, de petróleo, de energía eléctrica, ciertas ciudades se han convertido en fábricas gigantescas: algunas, tales como Lockport, sobre el canal de Erie, poseen incluso un foco común de calor para la calefacción de todo un distrito.

El poblamiento del municipio o *township* no se efectúa de igual modo en todo el territorio, naciendo el pueblo ordinariamente, salvo de un capricho de gran propietario, en el punto más favorable para los mercados y las comunicaciones, a orillas de un río, en la subida a un puerto, en un cruce de carreteras. El pueblo crece, se convierte en ciudad. Desde que la aglomeración urbana, habiendo adquirido una media entre seis y doce mil habitantes, ha adquirido una importancia suficiente, puede solicitar su transformación jurídica en "ciudad", y el Estado le concede una carta conteniendo las cláusulas de su nueva organización, que, por lo demás, apenas varía en las diferentes regiones de la República.

Cada una de las ciudades está administrada por un alcalde elegido y por un legislativo, compuesto casi siempre por dos cámaras, designadas igualmente por voto directo; en cuanto a los empleados municipales, deben su nombramiento, según los diversos Estados, bien a los electores, o bien directamente al alcalde, responsable de su conducta. La mayor parte de las ciudades están organizadas de acuerdo al modelo de la Unión: el alcalde, especie de presidente revestido del derecho de veto, goza de un tratamiento considerable y manda sobre la policía, convocando incluso a la milicia o guardia nacional en caso de peligro público. En numerosas ciudades, particularmente en Boston, los dos principales partidos políticos deben estar representados en las asambleas municipales. El voto popular decide ciertas graves cuestiones mediante plebiscito; incluso en Boston las asambleas generales de todo el pueblo, aunque caídas en desuso, aún tienen existencia legal [...].

5. LA EVOLUCIÓN DE LAS CIUDADES⁴⁴ (1895)

Al ver a nuestras inmensas ciudades extenderse de día en día y casi de hora en hora, engullir cada año nuevas colonias de inmigrantes y, como pulpos gigantes, proyectar sus tentáculos por el campo circundante, se siente un estremecimiento como ante el síntoma de una extraña enfermedad social. Casi podríamos retomar la parábola bíblica contra estas prodigiosas concentraciones humanas y profetizar contra ellas como lo hizo Isaías con Tiro, “plena de sabiduría y perfecta en belleza”, o contra Babilonia, “la hija de la Aurora”. Pero es fácil demostrar que este crecimiento monstruoso de la ciudad, complejo resultado de una multiplicidad de causas, no es pura patología: por un lado, en algunos de sus aspectos, constituye para el moralista un fenómeno espantoso, por otro, cuando se desarrolla normalmente, es el signo de una evolución sana y regular. Allí donde crecen las ciudades, la humanidad progresa; allí donde decaen, la propia civilización está en peligro. Es por lo que se hace preciso distinguir netamente las causas del nacimiento y del crecimiento de las ciudades, las de su decadencia y de su desaparición y, en tercer lugar, las que en nuestros días las transforman paulatinamente enlazándolas, si así puede decirse, con el campo circundante.

Incluso en los primeros tiempos, cuando las tribus primitivas erraban a través de bosques y sabanas, la sociedad emergente se esforzaba en producir los gérmenes de la ciudad futura. Ya comenzaban a asomarse a lo largo del tronco los brotes que debían producir unas ramas tan poderosas. No es en el seno de nuestras poblaciones civilizadas, sino en los mejores días de la barbarie primitiva, donde debemos observar las fuerzas creativas trabajando para la producción de estos centros de vida humana que debían preceder a la ciudad y a la metrópoli.

El hombre es sociable. En ninguna parte encontraremos un pueblo cuyo ideal de vida sea el completo aislamiento. El deseo de total soledad es una aberración tan sólo posible en un estadio avanzado de civilización, para fakires o anacoretas trastornados por el delirio religioso o destrozados por los sufrimientos de la vida; e incluso ellos dependen todavía de la sociedad a la que pertenecen y que les aporta, día tras día, el pan cotidiano a cambio de sus oraciones y bendiciones. Si estuvieran verdaderamente arrebatados en un éxtasis perfecto, entregarían el alma en el acto; o, si encontraran verdaderamente desesperados, se retirarían para morir como el animal herido que se esconde en la oscuridad de los bosques. Pero al hombre sano de la sociedad primitiva, cazador, pescador o pastor, quiere volver a encontrarse entre sus compañeros. Sus necesidades pueden obligar frecuentemente al acecho solitario al cazador, a internarse solo

44. “The Evolution of Cities”. En: *Contemporary Review*, vol. 67, núm. 2 (febrero-junio 1895); pp. 246-264. Para nuestra versión hemos partido, básicamente de la traducción francesa: “L'évolution des villes”. En: M Roncayolo y Th. Paquot (dirs.). *Villes et civilisation urbaine, XVIIe-XXe siècle*. París: Larousse; pp. 159-173. Contrastada con el original inglés y con la traducción al castellano de D. Hiernaux-Nicolas, “La evolución de las ciudades”, en: *La geografía como metáfora de la libertad*, op. cit.; pp. 87-106. A modo de complemento, en notas a pie de página, se incluyen además, frases o pasajes incluidos en la versión de este artículo incorporado al posterior capítulo sobre “Distribución de los hombres”. Precedidos e identificados por la abreviatura N. T. H. = Nota del Hombre y la Tierra.

sobre los bajíos a bordo de un frágil esquife zarandeado por las olas, a aventurarse lejos del campamento en busca de nuevos pastos para sus rebaños. Pero, en cuanto puede reunirse con sus compañeros con una buena reserva de víveres, se apresura a regresar al campamento, al núcleo de la ciudad venidera.

Resulta frecuente, dondequiera que la población no es extremadamente escasa y dispersada sobre inmensas extensiones, que varias tribus limítrofes compartan un lugar de reunión, situado por lo general en un emplazamiento escogido, fácilmente accesible a través de vías naturales, ríos, desfiladeros o collados. Allí se desarrollan sus fiestas, sus discusiones, su trueque de los productos que faltan a unos y de los que otros disponen de excedente. Los Pieleros que, en el siglo pasado, todavía recorrían libremente las extensiones boscosas y las praderas de la cuenca del Mississippi, preferían para sus asambleas una península que dominaba la confluencia de ríos –como la banda de tierra triangular que separa el Momongahela y los Alleghany– donde colinas desnudas dominando un vasto panorama, sin obstáculo para la mirada, desde donde podían ver a sus compañeros desplazarse a través de las grandes praderas o navegar sobre los ríos o los lagos– tal como la gran isla de Manitú, entre los lagos Michigan y Hurón. En los países ricos en caza, pesca, ganado y tierras cultivables, el agrupamiento es tanto más estrecho, si permanecen constantes otros factores, cuanto más abundantes son los medios de subsistencia. Los emplazamientos de futuras ciudades ya están prefigurados por los lugares de encuentro comunes a los diversos centros de producción. Cuántas ciudades modernas aparecieron así sobre los sitios que fueron en todo tiempo puntos de encuentro.

El intercambio de bienes que se efectuó en estos lugares de reunión se convirtió en un estimulante suplementario, además de necesidad instintiva de la vida social, para la formación de nuevos núcleos en las poblaciones primitivas; más adelante, una naciente industria acompañaba generalmente estos principios de comercio. Un yacimiento de sílex para tallar y pulir armas y útiles de trabajo, una capa de arcilla para la alfarería o la elaboración de pipas de tierra cocida, una veta de metal que podía ser fundido o forjado en forma de joyas, un montón de bellas conchas utilizables como adorno o moneda: son otros tantos factores de atracción que reúnen a los hombres; si, además, estos lugares están favorablemente situados como centros de aprovisionamiento, se encuentran reunidos todos los elementos necesarios para la formación de una ciudad.

Pero, en la organización de su vida, el hombre no se guía únicamente por sus intereses inmediatos. El miedo a lo desconocido, el terror del misterio también contribuyen a establecer un centro de población en la vecindad de los lugares considerados con un temor supersticioso. El terror atrae por sí mismo. Ya sea que se vean salir vapores de las fisuras del suelo, como si proviniesen de la fragua donde los dioses forjan los rayos; ya sea que se escuchen extraños ecos repetidos por las montañas como voces de genios burlones⁴⁵; que algún fragmento de hierro caiga del cielo; que una llama o un manantial brote del suelo, o que una bruma misteriosa adopte forma humana y se desplace por el aire; ape-

45. N. H. T.: si un fenómeno inexplicado ilustra algún lugar de la Tierra.

nas un lugar ha sido señalado de esta forma, la religión lo consagra⁴⁶, allí se elevan templos, donde los creyentes se reúnen y se convierte en el origen de una Meca o de una Jerusalén.

El odio, por último⁴⁷, tiene su parte en la formación de ciudades e incluso todavía las funda en nuestros días. Una de las preocupaciones constantes de nuestros antepasados consistía en protegerse de las agresiones exteriores. Hay vastas regiones de Asia o de África donde cada pueblo está rodeado de parapetos y de empalizadas; e incluso en nuestra Europa del Sur, cada grupo de casas situado cerca del mar tiene sus murallas, su torre de vigía y su torreón o su iglesia fortificada; a la menor alerta, los aldeanos encuentran refugio en el interior de los muros. Todas las ventajas del terreno han sido utilizadas para hacer del lugar de residencia un lugar de refugio. Un islote separado del continente por un estrecho canal de agua ofrece un lugar a propósito para la construcción de una ciudad marítima o lacustre, desde donde se podía a la vez vigilar a sus enemigos y dispensar buena acogida a sus amigos en el puerto protegido de la mar abierta por la aglomeración de sus chozas. Rocas escarpadas y de paredes perpendiculares, desde donde se podían hacer rodar bloques de piedra sobre los asaltantes constituían una fortaleza natural muy apreciada. Es así como los Zuñi, los Moqui, y otros ocupantes de sitios en acantilados, se establecían sobre sus elevadas terrazas, dominando el espacio a la manera de las águilas.

El hombre primitivo encontró así pues el emplazamiento; el hombre civilizado funda y construye la ciudad. Al comienzo de la historia escrita, entre los Caldeos y los Egipcios, sobre las orillas del Éufrates y del Nilo, la ciudad ya existía desde mucho tiempo antes y sus habitantes se contaban por decenas y centenas de millares. La cultura de estos valles exigía una inmensa cantidad de trabajo organizado para la desecación de las ciénagas, el desvío de afluentes, la construcción de diques, la excavación de canales de irrigación; y la realización de estos trabajos requería la construcción de ciudades en la proximidad inmediata del río, sobre plataformas artificiales de tierra apisonada, elevadas por encima del nivel de las crecidas. Es cierto que, en estos lejanos tiempos, los soberanos, que tenían a su disposición innumerables esclavos, ya habían comenzado a elegir el emplazamiento de su palacio de acuerdo con su propio capricho, pero cualquiera que fuese su poder personal, no podían más que seguir los flujos regulares formados por las poblaciones. En última instancia, fueron los campesinos quienes dieron nacimiento a las ciudades, las cuales, más adelante, se han vuelto con tanta frecuencia contra sus olvidados creadores.

El proceso normal y espontáneo de nacimiento de ciudades apareció en su forma más neta en la época griega cuando Atenas, Megara y Sicione se extendían al pie de sus colinas como flores a la sombra de los olivos. Todo el país, tierra natal del ciudadano, estaba contenido en un estrecho espacio. Desde las alturas de su acrópolis, aquel podía seguir con la mirada los límites del dominio colectivo pasando, aquí, a lo largo de la línea de costa dibujada por la blanca

46. N. H. T.: y si el espacio sagrado se encuentra bien situado desde otros puntos de vista.

47. N. H. T.: el miedo al saqueo y al pillaje.

cresta de las olas, allí, a través de los lejanos tonos azulados de las colinas boscosas, atravesando barrancos y desfiladeros, hasta la cima de brillantes peñascos. El hijo del país podía nombrar cada riachuelo, cada bosquecillo, cada casucha en el paisaje. Conocía a cada familia que vivía bajo estos techos de paja, cada lugar al que se vinculaba la memoria de hazañas de sus héroes nacionales o de rayos lanzados por sus dioses. Los campesinos, a su vez, estaban ligados a su ciudad por una muy particular relación de pertenencia. Conocían los senderos de tierra apisonada que se habían convertido en sus calles, las largas carreteras y las plazas llevando todavía los nombres de los árboles que allí crecían no ha mucho; podían acordarse de haber jugado alrededor de las fuentes que, ahora, reflejaban estatuas de ninfas. En lo alto, sobre las cimas de las colinas protectoras, se elevaba el templo de la divinidad esculpida a la que invocaban en las horas de peligro colectivo y todos encontraban refugio detrás de sus murallas cuando el enemigo dominaba la campiña. Ningún otro territorio produjo un patriotismo tan ardiente, vínculos tan estrechos entre la vida de cada cual y la prosperidad de todos. La organización política era tan simple, tan definida, tan una e indivisible como la del propio individuo.

La ciudad comercial de la Edad Media era mucho más compleja, viviendo de sus industrias y de su comercio exterior y, a menudo, únicamente rodeada de un estrecho cinturón de jardines. Veía así alrededor de ella, próximas e inquietantes, las fortalezas de sus aliados o de sus adversarios feudales encerrando las pobres chozas de los lugareños al pie de sus murallas, como las águilas hincan sus garras en una presa. En esta sociedad medieval, el antagonismo entre la ciudad y el campo se estableció como resultado de la conquista extranjera; reducido a la simple servidumbre bajo la dominación del barón, el labrador –bien mueble vinculado a la tierra en el lenguaje insultante de la ley– era utilizado como un arma contra las ciudades, en contra de su propia voluntad; como trabajador o como lacayo en armas, siendo forzado a oponerse a la villa mercantil y a su emergente clase industrial.

Entre todos los países europeos, Sicilia es aquel donde la primitiva armonía entre la ciudad y el campo ha sobrevivido mejor. El campo raso está deshabitado, salvo durante la jornada, durante las horas de trabajo en los campos. Allí no hay pueblo. Por la tarde, los labradores y los pastores vuelven a la ciudad con sus rebaños. Campesinos durante el día, se convierten en ciudadanos al atardecer⁴⁸.

48. N. H. T.: t. VII, pp. 85-86. Aquí ofrece Reclus una visión más sombría del hábitat siciliano. "A pesar de los beneficios de la civilización, los sicilianos, bajo ciertos conceptos, se hallan en un estado social muy inferior a sus antepasados los sículos, como lo demuestran el estado de los campos. Actualmente los labradores y otras gentes de la tierra trabajan los grandes feudos de los ricos propietarios siempre ausentes que habitan las ciudades, hasta cuando han de andar una o dos leguas para ir a cultivar su campo: La causa de este enorme desperdicio de fuerzas es la inseguridad del país, que no ha cesado desde el período de las guerras cartaginesas: en todos los tiempos fue peligroso habitar en el campo, bajo los romanos, durante las guerras civiles, después, cuando las incursiones de los sarracenos, y actualmente por el bandolerismo. En tiempo de los sículos, por el contrario, las villas se extendían alegremente entre los cultivos, y los habitantes no pensaban en construir muros de defensa. Setenta generaciones antes que la nuestras, la población siciliana estaba más normalmente distribuida que en nuestros días, porque era más dichosa. El aspecto de la campiña no ha adquirido el carácter alegre y variado de los campos cultivados con amor, más que sobre las pendientes orientales del Etna y en algunos distritos del norte de la isla, donde el suelo está muy repartido entre labradores propietarios que viven sobre sus estrechas parcelas".

No hay espectáculo más amable y más conmovedor que éste de las comitivas de trabajadores entrando en la ciudad cuando el sol se oculta tras las montañas, proyectando la inmensa sombra de la tierra hacia el Oriente. Los grupos más o menos numerosos se siguen espaciados los unos de los otros a lo largo de la carretera que sube porque, por inquietud de protección, las ciudades están casi siempre encaramadas sobre escarpes en donde sus blancas murallas son visibles en dos leguas a la redonda; los niños y los perros corren entre alegres gritos de grupo en grupo. El ganado se detiene de tiempo en tiempo para ramonear un poco de hierba de alguna especie que aprecia al borde del camino. Las muchachas montan las bestias a horcajadas, mientras que los muchachos las ayudan a salvar los puntos difíciles, cantan, ríen y a veces cuchichean con ellas.

Pero no es únicamente en Sicilia –la de Teócrito– donde se encuentra al atardecer a estos encantadores grupos. Por todo el contorno de la costa mediterránea, desde el Asia Menor hasta Andalucía, las antiguas costumbres han sido parcialmente conservadas o, al menos, han dejado su influencia. Todas las pequeñas ciudades fortificadas, que jalonan las costas de Italia o de Provenza, pertenecen al mismo tipo de república en miniatura, morada nocturna de los campesinos de las campiñas cercanas.

Si hubiese una completa uniformidad en el relieve y en las cualidades del suelo, las ciudades estarían dispuestas, por así decirlo, de forma casi geométrica. La atracción mutua, el instinto social, la facilidad de los intercambios, las hubieran hecho nacer a distancias casi iguales las unas de las otras. Dada una llanura plana sin obstáculos naturales, sin río o sin puerto favorablemente situado y sin dimensiones políticas que hubieran dividido el territorio entre distintos estados: la capital estaría situada en pleno centro del país, las grandes ciudades se habrían repartido a intervalos regulares a su alrededor, espaciadas rítmicamente y cada una de ellas abría tenido su propio sistema planetario de pequeñas ciudades, siendo el intervalo normal la distancia de una jornada de marcha; porque, en los orígenes el paso del hombre era adoptado como medida natural entre dos puntos y el número de kilómetros recorridos por un caminante ordinario entre el alba y el crepúsculo lo que definía normalmente la distancia entre una ciudad y la siguiente. La domesticación de los animales, después el invento de la rueda –y por último las máquinas–, han modificado estas medidas primitivas. El paso de la montura, y después la vuelta del eje de la rueda se convirtieron en la unidad de medida para las distancias entre centros urbanos⁴⁹. Incluso ahora, en los países de vieja civilización –en China, en los alrededores del Ganges, en las llanuras del Po, en la Rusia central⁵⁰ e incluso en Francia– se puede discernir, bajo el aparente desorden, un orden de distribución espacial de las ciudades que ha sido, hasta la evidencia, regularizado antaño por el paso del caminante.

49. N. H. T.: En cuanto a las aldeas, su distancia tiene por medida el trayecto que puede recorrer el agricultor empujando su carretilla cargada de paja o de espigas. El agua para el ganado, el transporte fácil de los frutos del suelo, es lo que determina el emplazamiento del establo, del granero y de la choza.

50. N. H. T.: donde los ferrocarriles son de creación relativamente reciente.

Un pequeño folleto escrito hacia 1850, por Gobert, hombre ingenioso e inventor, que vivía en Londres como exiliado, ha llamado la atención sobre la asombrosa regularidad en la distribución de las grandes ciudades en Francia, antes de que las explotaciones mineras e industriales viniesen a turbar el equilibrio natural de las poblaciones⁵¹. Así, alrededor de París, a medida que se va hacia las fronteras del país, se encuentra un anillo de ciudades importantes pero subordinadas –Lille, Burdeos, Lyon. Siendo la distancia entre París y el Mediterráneo el doble del radio de este anillo, otra gran ciudad se ha elevado en la extremidad de esta línea y Marsella, la antigua colonia primero fenicia y después griega, desarrollada con esplendor. Entre París y sus centros secundarios se fundaron a intervalos sensiblemente iguales, una serie de ciudades menores pero aún importantes, separadas entre sí por una doble etapa, o sea alrededor de ciento veinte kilómetros –Orleáns, Tours, Poitiers, Angulema–. En fin, a medio camino entre cada uno de estos centros de tercer orden, en una ubicación que se corresponde con la longitud media de una etapa, se elevaron las modestas ciudades de Etampes, Amboise, Châtellerauld, Ruffec, Libourne. De este modo, el viajero que atravesaba Francia podría encontrar, alternativamente, una ciudad de simple alto y otra fin de etapa, bastando la primera al viajero a pie y convirtiéndose la segunda al jinete y al viajero en carruaje. Sobre casi todas nuestras rutas principales, la sucesión de las ciudades está ritmada de modo análogo. Es una especie de cadencia natural basada en el desplazamiento de los hombres, de los caballos y de los carruajes.

Todas las irregularidades de esta red de etapas se explican por la morfología del país, sus elevaciones y depresiones, el curso de sus ríos, los mil contrastes de su geografía. Es la naturaleza del suelo, en primer lugar, la que determina a los hombres en la elección espontánea del emplazamiento de sus hogares. La ciudad no puede crecer sino allí donde brotan las espigas. Se aparta del páramo estéril, de la tosca arena y de la dura arcilla, y surge espontánea en la proximidad de las comarcas más fértiles que son sencillas de cultivar. En efecto, los suelos aluviales de las ciénagas, fértiles también pero demasiado insalubres no siempre son de fácil acceso y no pueden ser cultivadas sin una organización del trabajo que implique un estadio de civilización muy avanzado.

Además, las irregularidades del relieve del mismo modo que el suelo demasiado árido tienden a desalentar el poblamiento e impiden o al menos retardan el desarrollo de las ciudades. Los precipicios, los glaciares, las nieves, los vientos fríos expulsan a los hombres, por así decirlo, de los ásperos valles de las montañas. La tendencia natural de las ciudades es a agruparse inmediatamente fuera de las regiones inaccesibles, en la primera ubicación propicia que se presenta en la entrada misma de estos valles. A cada torrente corresponde su ciudad ribereña en la llanura, justo allí donde su cauce, repentinamente ensanchado, se ramifica en multitud de brazos entre los arenales. De la misma forma, cada doble, triple o cuádruple confluencia de valles da nacimiento a su ciudad, tanto más considerable, en igualdad de circunstancias, cuanto más caudalosos sean los cauces convergentes. Tomemos, por ejemplo, la geografía de los Piri-

51. N. H. T.: Gobert, *Le Géotype*.

neos y de los Alpes. ¿Existe ubicación natural más propicia que la de Zaragoza, a la mitad del curso del Ebro, en la intersección del doble valle donde corren el Gállego y el Huerva?

Todas las restantes características del suelo, físicas, geográficas, y climáticas, ejercen igualmente influencia sobre el nacimiento y la evolución de las ciudades. Cada uno de estos factores puede incrementar o disminuir el poder de atracción de un sitio. Para una región y un estadio de evolución histórica determinados, la dimensión de las ciudades se mide exactamente por la suma de sus privilegios naturales. Dos ciudades, una africana y otra europea, que se encuentren en condiciones naturales semejantes, no dejarán de ser muy diferentes, por el hecho del contraste total de sus contextos históricos, pero tendrán, sin embargo, destinos bastante paralelos. Por un fenómeno análogo al de la atracción entre planetas, dos centros urbanos próximos se influyen mutuamente, sea para desarrollarse de común acuerdo cuando sus ventajas se complementan –como en los casos de Manchester, ciudad manufacturera, y de Liverpool, ciudad comercial– sea para perjudicarse mutuamente cuando sus atributos son de naturaleza análoga. Es así como la ciudad de Libourne, situada en Dordoña, a corta distancia de Burdeos, pero justo al otro lado de la lengua de tierra que separa el Dordoña del Garona, hubiera podido prestar al comercio y a la navegación servicios casi idénticos a los de Burdeos. Pero la vecindad con ésta ha constituido la ruina de aquélla, que ha sido, por decirlo de algún modo, devorada por su rival; y después de haber perdido casi todo su valor marítimo apenas tiene ya otra importancia que la de una etapa para los viajeros.

Hay que señalar también otro factor importante. Es la forma en que la “energía geográfica” puede, como el calor o la electricidad, transportarse a distancia, actuar sobre un punto lejano de su origen e incluso hacer que surja de rechazo una segunda ciudad mejor ubicada que la primera. Pueden citarse, a modo de ejemplos, el puerto de Alejandría que, pese a su alejamiento del Nilo, es el depósito comercial de toda su cuenca fluvial, del mismo modo que Venecia es el puerto de la llanura de Padua y Marsella el del valle del Ródano.

Tras las ventajas del clima y las del suelo son los recursos del subsuelo los que ejercen una influencia decisiva sobre la ubicación de las ciudades. Tal ciudad nace bruscamente en un sitio aparentemente desfavorable, pero donde la tierra es rica en piedra de construcción, en arcilla o en mármol, en sustancias químicas, en metales o en combustibles minerales. Así Potosí⁵², Cerro de Pasco, Virginia City nacieron en regiones donde, sin la presencia de filones de plata, jamás hubiera podido fundarse ciudad alguna. Merthir-Tydfil, Le Creusot, Essen, Scranton han surgido a partir de yacimientos hulleros. Todas las fuerzas natura-

52. N. H. T., t. VII, p. 280. La ciudad de Potosí, por ejemplo, situada en una porción demasiado elevada sobre las montañas para que las familias pudieran perpetuarse, era ante todo una creación del fisco español: si los castellanos mineros no hubieran tenido, para saciar su sed de oro, el derecho funesto de disponer de las poblaciones serviles y de conducirlos a la fuerza sobre aquellas ásperas cimas, jamás hubiera podido formarse en tal sitio una gran aglomeración de seres humanos. Cerro de Pasco y otras ciudades mineras debieron también su origen a semejantes violencias cometidas contra naciones oprimidas.

les antaño inutilizadas han dado nacimiento a nuevas ciudades precisamente en los emplazamientos que antes eran rigurosamente evitados, sea al pie de una catarata, como Ottawa, sea en las montañas al alcance de las conducciones naturales de la electricidad, como muchas ciudades suizas. Cada adquisición del hombre crea nuevos puntos vitales, lo mismo que cada todo nuevo órgano se forma se dota de los centros nerviosos correspondientes.

A medida que se amplía el dominio de la civilización y que sus atractivos se hacen sentir sobre un espacio más amplio, las ciudades, convertidas en parte de un organismo más vasto pueden agregar a las ventajas específicas, causa de su origen, otros privilegios de una naturaleza más general que les aseguren un papel histórico de mayor importancia⁵³. Roma, que ya ocupaba una posición central en relación con las tierras comprendidas en el hemisferio de montañas volcánicas latinas, se convierte a continuación en el centro del óvalo formado por los Apeninos. Y, más adelante, tras la conquista de Italia, su emplazamiento fue el punto central de toda la península delimitada por los Alpes, y marcó con gran exactitud la posición intermedia entre las dos extremidades del Mediterráneo, la desembocadura del Nilo y el estrecho de Gibraltar. París, una vez más, tan bien situado cerca de una triple confluencia, en el centro de una cuenca fluvial tan netamente delimitada como una isla y poco más o menos en medio de una serie concéntrica de formaciones geológicas cada una de las cuales contiene sus producciones particulares, también cuenta con la ventaja de estar situada en la intersección de dos vías históricas, la ruta de España por Bayona y Burdeos, y la de Italia por Lyon, Marsella y la Riviera. Al propio tiempo, encarna e individualiza todas las energías de Francia en relación con sus vecinos occidentales, Inglaterra, los Países Bajos, y la Alemania del norte. Simple lugar de pesca originalmente, comprendido entre dos estrechos brazos del Sena, sus recursos se limitaban a sus redes y embarcaciones, a su fértil llanura que se extendía desde el Mont des Martyrs hasta la montaña de Sainte Geneviève. Y el convergente valle del Oise añade su tráfico al del resto. Las formaciones geológicas concéntricas desarrolladas en torno al antiguo fondo marino confirieron una importancia económica a su centro natural, mientras que se convertía en un punto central para los intercambios entablados por la vía histórica entre el Mediterráneo y el Océano.

¿Es preciso insistir sobre la ventaja geográfica de Londres, como cabeza de puente de la navegación marítima del Támesis?⁵⁴ ¿No cuenta además con el privilegio de ser, de entre todas las ciudades del mundo, la más central, una de las más fácilmente accesibles, en definitiva, de todas las extremidades del globo?

En su interesante obra acerca de la posición geográfica de las capitales europeas, J. G. Kohl⁵⁵ demuestra cómo Berlín, que fue durante mucho tiempo

53. N. H. T.: Así, como hemos visto, Roma, París, Berlín, no han cesado de adquirir, en su mismo engrandecimiento, nuevas causas de ampliación.

54. N. H. T.: Situación (que) ha puesto la ciudad, convertida en capital del Reino Unido, en situación de aprovechar otras ventajas que, sin esas circunstancias, hubieran quedado en potencia, pero sin realizarse jamás. De ese modo, de progreso en progreso...

55. N. H. T.: J. G. Kohl, *Die Geographische Lage der Hauptstädte Europas*.

un simple pueblo, sin otro mérito que el de proporcionar a los indígenas un cómodo paso entre los marjales y un sólido punto de apoyo sobre un islote del Sprée, se encontró, merced al proceso de desarrollo histórico del país, sobre una vía acuática formada por una serie de lagos y canales, a medio camino entre el Oder y el Elba, en un punto donde las grandes rutas que atraviesan el país diagonalmente se encuentran y entrecruzan, como la de Leipzig a Stettin y la de Breslau a Hamburgo. En los primeros tiempos, el Oder no atajaba brusca-mente hacia el norte en el emplazamiento actual de Francfort sobre el Oder para desembocar en el Báltico, sino que continuaba su curso en dirección noroeste para desembocar en el Mar del Norte. El inmenso río, a lo largo de más de ochocientos kilómetros, pasaba por el propio lugar que hoy ocupa Berlín, situado casi en el centro de su antiguo valle. El Spree, con sus estanques y marjales, no es más que el vestigio de este importante curso fluvial. La capital alemana, controlando de esta forma el curso de las dos orillas, capitanea también a los dos mares, desde Memel a Embden. Y es esta posición, mucho más que cualquier centralización artificial, la que le confiere su poder de atracción. Por lo demás, como todas las grandes ciudades del mundo moderno, Berlín ha decuplicado sus ventajas naturales mediante líneas convergentes de ferrocarril que atraen el tráfico de mercancías de su propio país y de otros hacia sus mercados y de sus almacenes.

Los favores administrativos que le son dispensados, la afluencia de comisionistas, funcionarios, políticos, soldados y la multitud interesada que se agrupa en torno de ellos, la confieren un carácter demasiado particular para que con venga estudiarla como representativa de un tipo urbano. Se puede razonar con mayor seguridad a partir de la existencia de ciudades que deben sus vicisitudes a condiciones puramente geográficas e históricas. No existe trabajo más fructífero para el historiador que el de una ciudad cuyos anales, al mismo tiempo que su marco físico, permitan verificar sobre el terreno los cambios históricos desarrollados de acuerdo con un ritmo regular.

Es como si la escena se desarrollase ante nuestros ojos: las cabañas de los pescadores y muy cerca las de los hortelanos, después algunas granjas diseminadas por la campiña, una rueda de molino que gira en la corriente, después una torre de vigía aferrada al flanco de la colina. En la parte opuesta del río, allá donde la proa de la barca toca la orilla, alguien construyó una nueva cabaña; una posada, una pequeña tienda cerca de la casa del barquero invitan al pasajero y al comprador. Después, se eleva el terraplén del mercado, bien visible en medio del resto. Una vía cada vez más amplia, trazada por los pasos del hombre y de los animales, desciende desde la plaza del mercado hasta el río. Un camino sinuoso empieza a escalar la colina, comienzan a perfilarse las futuras carreteras sobre la hierba pisoteada de los campos y las casas se instalan sobre los montículos verdeantes de la encrucijada. El pequeño oratorio se convierte en iglesia, el andamiaje al aire libre de la torre del vigía deja paso al fortín, al cuartel, o al castillo. La aldea se desarrolla y se convierte en villa, y ésta en ciudad.

El mejor modo de estudiar una de estas aglomeraciones urbanas que cuente con una larga existencia histórica consiste en examinarla conforme a los

aspectos de su crecimiento, comenzando por el lugar –por lo general consagrado por alguna leyenda– que le ha servido de cuna, para terminar con los más recientes avances de sus fábricas y almacenes. Cada ciudad tiene su carácter particular, su vida propia, su fisonomía peculiar. Una es alegre y animada, otra mantiene una melancolía que impacta al visitante. Cada generación lega este carácter a la siguiente como si tratase de una herencia. Hay ciudades que os hielan desde la entrada tanto porque su aspecto es duro y hostil. Otras en cambio donde os encontráis alegres y ligeros como en presencia de un amigo.

Otros contrastes se evidencian en los modos de crecimiento de diferentes ciudades. Según el sentido y la importancia de su comercio exterior, la ciudad proyecta sus suburbios como tentáculos a lo largo de las carreteras exteriores. Si está situada a la orilla de un río, va prolongándose a lo largo del margen escarpado en proximidad de los sitios de anclaje y de desembarco. Causa extrañeza la neta desigualdad de las dos partes de una ciudad a una y otra orilla de un río, mientras que parecen igualmente bien situadas para atraer población: la causa de esta diferencia se encuentra por la dirección de la corriente. Así por ejemplo, el plano de Burdeos sugiere a primera vista que el verdadero centro habitado hubiera debido ser la margen derecha del río, en el lugar ocupado por el pequeño arrabal de La Bastide. Pero aquí el Garona describe una gran curva y es a lo largo de los muelles de la orilla izquierda donde la corriente es más rápida; y la actividad comercial se establece necesariamente allí donde la corriente del río fluye con mayor fuerza. La población se estableció cerca de la parte más profunda de su curso evitando los bancos fangosos de la orilla opuesta⁵⁶.

Se ha afirmado con frecuencia que las ciudades tienen tendencia a crecer constantemente en dirección oeste. Este hecho –que se comprueba en muchos casos– se explica fácilmente por lo que concierne a las regiones de la Europa occidental y a otras de clima similar, puesto que el oeste es el lado directamente expuesto a los vientos más sanos. Los habitantes de estos barrios están menos expuestos a las enfermedades que quienes viven en la parte opuesta de la ciudad, bajo un viento cargado de impurezas a su paso por las innumerables chimeneas, y las bocas de las alcantarillas, mezclándose con el aire expelido por miles o millones de seres humanos. Además, no ha de olvidarse que el rico, el ocioso y el artista que disponen de tiempo suficiente como para poder gozar plenamente de la contemplación de los cielos, tienen más a menudo ocasión de admirar las bellezas del crepúsculo que las de la aurora. Consciente o inconscientemente, siguen el movimiento del sol en su dirección de Este a Oeste, y se complacen en verle desaparecer tras las nubes resplandecientes a la caída de la tarde. Pero hay muchas excepciones a esta pauta de crecimiento de las ciudades siguiendo el curso del sol. La forma y el relieve del suelo, el atractivo del paisaje, la dirección de la corriente, la atracción de la industria y del comercio locales pueden orientar el crecimiento urbano hacia no importa qué punto del horizonte⁵⁷.

56. N. H. T.: El monopolio ha hecho el resto, apoderándose del arrabal estrechándolo entre ríes y barreras y afeándolo con depósitos y cobertizos.

57. N. H. T.: Bruselas y Marsella son dos ejemplos de esta divergencia del tipo normal.

Como cualquier otro organismo que se desarrolla, la aglomeración urbana tiende a morir. No escapa a las leyes del tiempo y la vejez la alcanza, aun cuando en torno a ella surjan otras ciudades, impacientes de vivir a su vez. Merced a la fuerza de inercia, en realidad por la voluntad común de sus habitantes, y por la atracción que todo centro ejerce sobre su entorno inmediato, intenta sobrevivir; pero –sin contar con los accidentes mortales que pueden herir a las ciudades lo mismo que a los hombres– ningún grupo humano puede reparar sus pérdidas indefinidamente y rejuvenecerse sino a condición de gastar una reserva de energía cada vez más considerable y frecuentemente se cansa ante esta necesidad constante. La ciudad debe ensanchar sus calles y sus plazas, reconstruir sus murallas y reemplazar sus viejos bastimentos, en adelante inútiles, por nuevas construcciones que respondan a las necesidades del momento. En tanto que la ciudad americana nace bien armada y perfectamente adaptada a su medio, París, envejecido, embarazado y mugriento, debe sostener un fatigoso programa de reconstrucción que, en la pugna por la existencia, le crea una grandísima inferioridad frente a ciudades nuevas como Nueva York y Chicago. Son las mismas razones las que explican la sucesión y el reemplazo de inmensas ciudades del Eúfrates y del Nilo, como Babilonia y Nínive, Menfis y El Cairo. Cada una de estas ciudades podía conservar su importancia histórica, gracias a las ventajas de su ubicación; cada una debía al menos abandonar sus barrios anticuados y desplazar su implantación para escapar de sus propios escombros, o incluso de la pestilencia procedente de sus montones de inmundicia. Generalmente, el lugar abandonado por una ciudad que se ha desplazado es ocupado por sepulcros.

Otras causas de deterioro, más decisivas que éstas, porque son el resultado de una evolución histórica natural, han golpeado a algunas ciudades antes famosas, resultando tan inevitable su destrucción por circunstancias análogas a las que determinaron su creación. Así, el abandono de una ruta principal o secundaria como efecto de algunos progresos en los medios de transporte puede destruir repentinamente la ciudad creada por las necesidades del comercio. Alejandría arruinó a Pelusum. Cartagena, en las Indias occidentales, relegó Puerto Bello a la soledad de sus bosques. Las exigencias del comercio y la supresión de la piratería cambiaron de lugar muchas ciudades edificadas sobre el litoral rocoso del Mediterráneo. Antes, estaban suspendidas sobre ásperas colinas y se rodeaban de espesas murallas, para defenderse contra los señores y los corsarios. Actualmente, han descendido de sus fortalezas y se extienden a lo largo de la orilla del mar. En todas partes la ciudadela cede sitio a la explanada. La ciudad ha pasado de la Acrópolis al Pireo.

En nuestras sociedades, en las que las instituciones han otorgado a menudo una influencia preponderante a la voluntad de un solo individuo, ha ocurrido más de una vez que el capricho de un soberano situaba una ciudad en un lugar donde no hubiera surgido nunca librada a sus propias fuerzas. Así fundada en un lugar artificial, la nueva ciudad tan sólo se ha desarrollado a costa de un enorme derroche de energía vital. Madrid y San Petersburgo, por ejemplo, cuyas casitas y caseríos primitivos jamás se hubiesen convertido en las ciudades populosas de hoy sin Carlos V y Pedro I, siendo edificadas al precio de enormes dispendios. Sin embargo, aunque creadas por el despotismo,

merced al trabajo asociado de los hombres alcanzan las ventajas que les han permitido perdurar como si tuvieran un origen normal. Aunque no destinadas por el relieve natural a convertirse en centros de vida humana, lo son sin embargo por la convergencia de comunicaciones artificiales –caminos, ferrocarriles, canales– y por los cambios intelectuales. Porque la geografía no es un dato inmutable; se hace y se rehace cada día; modificándose a cada instante por la acción del hombre.

En nuestros días, ya no se citan más ejemplos de Césares constructores de ciudades para su uso; grandes capitalistas, especuladores, presidentes de corporaciones financieras, les han sucedido como promotores de ciudades. Se ven nuevas ciudades erigidas en algunos meses, sobre una extensión considerable, con un orden maravilloso, soberbiamente equipadas con todas las instalaciones de la vida moderna, comprendidas incluso escuelas y museos. Si la elección del lugar es correcta, estas nuevas creaciones se articulan pronto en el movimiento general de la vida nacional: y Le Creusot, Crewe, Barrow-on-Furness, Denver y La Plata ocupan su rango entre las aglomeraciones conocidas. Pero si el emplazamiento ha sido mal escogido, las nuevas ciudades desaparecen con los intereses particulares que las hicieron nacer. Cheyenne-City, habiendo cesado de ser la estación terminal de una línea ferroviaria, adelanta sus casas por el próximo tren por decirlo de alguna forma; y Carson City desaparece cuando se agotan las minas de plata, único motivo del poblamiento de aquel horrible desierto. Además, si el capricho del capital trata a veces de fundar ciudades que los intereses generales de la sociedad condenan a perecer, también destruye muchas pequeñas poblaciones que no piden más que vivir. En los alrededores del propio París, se puede encontrar algún gran banquero y hacendado que, año tras año, incrementa su territorio en un centenar de hectáreas transformando sistemáticamente las tierras cultivables en parque de recreo destruyendo aldeas enteras que reemplaza por pabellones de guardas debidamente espaciados.

Entre las ciudades cuya fundación es artificial, total o parcialmente, porque no responden a ninguna verdadera necesidad de la sociedad industrial, han de contarse también las que resultan de propósitos militares, al menos las que han sido construidas en nuestros días por los grandes estados centralizados. Era muy diferente cuando la ciudad podía contener la nación entera: entonces era absolutamente preciso para las necesidades defensivas construir murallas contorneando todos sus barrios sin dejar ninguno fuera, elevar en sus ángulos torres de acecho y erigir junto al templo, en la cima de la colina de defensa una ciudadela donde refugiarse en caso de peligro el conjunto de los ciudadanos; si un corredor espacial se intercalaba entre la ciudad y su puerto, como en Atenas, Megara o Corinto, era preciso proteger la carretera que los unía mediante largos muros. El sistema de fortificaciones resultante del estado de estas cosas se inscribía en el paisaje con un aspecto armonioso y pintoresco. Por el contrario, en nuestra sociedad donde la división del trabajo ha llegado al extremo y donde el poder militar ha llegado a ser prácticamente independiente de la nación, hasta el punto de que ningún civil osa entrometerse en materia de estrategia, la mayor parte de las ciudades fortificadas tienen una configuración completamente artificial, sin la menor armonía con las ondulaciones del terreno. Cortan el paisaje en rasgos que ofenden a la vista.

Antes, al menos, algunos ingenieros italianos⁵⁸ intentaron introducir la simetría en el trazado de sus fortificaciones dándolas la forma de una inmensa Cruz o Etoile d'Honneur, con sus radios, sus gemas, y sus esmaltes, contrastan regularmente con los muros blancos de sus bastiones y reductos con la tranquila placidez de esa vasta extensión de las campiñas rasas. Pero nuestras modernas fortalezas no pretenden parecer bellas: esta idea no penetra en la cabeza del estratega. Basta una simple mirada sobre el plano de las fortificaciones para revelar su monstruosa fealdad, su total ausencia de armonía con el entorno. Lejos de enlazarse con los contornos del país, ni de prolongar libremente sus brazos por los campos que dominan, están erigidas como una masa informe, pareciendo seres cuyas orejas han sido cortadas y sus miembros amputados. Obsérvese la triste forma que la ciencia militar ha conferido a Estrasburgo, Metz y Lille⁵⁹. Incluso París, con toda la belleza de sus construcciones, la gracia de sus paseos, el atractivo de su pueblo, es también una de las ciudades afeadas por el cerco brutal de sus fortificaciones. Desprendida de ese desagradable óvalo de líneas truncadas, la ciudad hubiera podido extenderse de una manera estética y natural, y adquirir una figura elegante y simple acorde con la naturaleza y con la vida.

Otra causa de fealdad de nuestras ciudades modernas proviene de su invasión por las grandes industrias manufactureras. Cada ciudad, o casi, está oscurecida por uno o varios arrabales erizados de chimeneas fétidas, donde las calles ennegrecidas están bordeadas por inmensas construcciones de muros desnudos y ciegos, o agujereados por innumerables ventanas, de pesada simetría. El suelo tiembla bajo el esfuerzo de máquinas en movimiento y bajo el peso de los furgones, de las carretas y de los trenes de mercancías. ¡Cuántas ciudades, sobre todo en la joven América, donde el aire es casi irrespirable y donde todo cuanto alcanza la vista –el suelo, los muros el cielo– parece rezumar lodo y carbón! ¡Cómo recordar sin estremecerse de asco una instalación minera como aquella interminable y sinuosa Scranton, cuyos setenta mil habitantes no tienen siquiera algunas hectáreas de hierba sucia ni de follaje ennegrecido para purificar sus pulmones! Y la enorme Pittsburg, con su corona semicircular de suburbios flamígeros y humeantes, ¿cómo imaginársela bajo una atmósfera más sucia que ahora, aunque según sus habitantes ha ganado a la vez en limpieza y en claridad desde la introducción del gas natural en sus hornos? Otras ciudades, menos negras que ésta, son apenas algo menos repulsivas, porque las compañías ferroviarias han tomado posesión de las calles, plazas y paseos, por donde hacen circular sus locomotoras trepidantes y silbantes a lo largo de sus vías, dispersando a las gentes a izquierda y derecha de su trayectoria. Algunos de los lugares más encantadores del mundo han sido profanados de esta forma. En Buffalo, por ejemplo, en vano tratará de seguir el paseante las márgenes del maravilloso Niágara abriéndose paso a través de un caos de raíles, de hoyos fangosos y de canales de lodo, de montones de grava y montañas de estiércol, así como de todas las demás inmundicias de la ciudad.

58. N. H. T.: y después Vauban y sus émulos.

59. N. H. T.: Esta última ciudad se ha hallado de tal modo estrechada entre sus murallas, que ha debido resurgir, por decirlo así, fuera de la zona de las servidumbres militares. Roubaix y Tourcoing doblan la aglomeración fortificada y en la actualidad se trata de reagrupar los tres elementos en un total armonioso por medio de amplias avenidas.

Una bárbara especulación afea también las calles cediendo el terreno en forma de parcelas sobre las que los contratistas construyen barrios enteros, diseñados de antemano por arquitectos que ni siquiera han visitado el sitio, y mucho menos se han tomado la molestia de consultar a los futuros habitantes. Aquí erigen una iglesia gótica para los episcopalianos, allá un edificio románico para los presbiterianos, y más lejos una especie de Panteón para los baptistas. Trazan el plano de sus calles en cuadrados y en rombos, introduciendo caprichosas variaciones en el dibujo geométrico de las plazas y en el estilo de las casas, conservando religiosamente los sitios más ventajosos para las tiendas de bebidas⁶⁰. Lo absurdo de esta mezcla completamente heterogénea se ve agravado en muchas de nuestras ciudades por la intervención del arte oficial que predica modelos para los diferentes tipos de arquitectura.

Sin embargo, aunque el rico comprador y el mecenas oficial fuesen siempre hombres de gusto cultivado⁶¹, las ciudades no dejarían de ofrecer el fatal contraste entre el lujo y la miseria, entre el suntuoso e insolente esplendor de algunos barrios, y la sórdida miseria de otros⁶²: escondiendo tras muros bajos y desnivelados patios que rezuman humedad donde hambrientas familias están amontonadas en tugurios oscilantes de madera o de piedra. Incluso en las ciudades cuyas autoridades pretenden disimular todo esto tras una decente máscara de tapias encaladas, la miseria no deja de traspasarlas, y se sabe que allí detrás la muerte prosigue cruelmente su obra. ¿Cuál es, entre nuestras ciudades la que no tiene su Whitechapel o su Mile End Road? Por elegantes y bellas que puedan parecer a ojos de un extraño, cada una tiene sus vicios aparentes o secretos, sus taras, sus enfermedades crónicas, que conducen irrevocablemente a la muerte si no se logra restablecer la libre y sana circulación a través de todo el organismo. Pero, desde este punto de vista, la cuestión arquitectónica e inmobiliaria es indisociable de la cuestión social en su conjunto. ¿Llegará alguna vez el día en el que todos los hombres, sin excepción, respirarán aire fresco en abundancia, gozarán plenamente de la luz y del sol, disfrutarán el frescor de la umbría y el perfume de las rosas, alimentarán a sus hijos sin miedo de que falte el pan en el arcón?⁶³ Por toda hipótesis, todos los que entre nosotros no difieren su ideal a un tiempo futuro, sino que también piensan en la existencia del hombre actual, deben contemplar como intolerable un modelo de sociedad que no incluyese la liberación de la humanidad del hambre.

Por otra parte, quienes gobiernan las ciudades profesan casi siempre –y frecuentemente contra su voluntad– la correcta idea de que la ciudad es un orga-

60. N. H. T.: Ciudades ficticias, construidas sobre un modelo vulgar que por algún detalle atestigua la insolencia fastuosa de los constructores.

61. N. H. T.: Por excepcionalmente ilustrados... que sean los ediles de una ciudad, aunque cada restauración o reconstrucción de edificios se hiciera de una manera irreprochable,...

62. N. H. T.: consecuencia necesaria de la desigualdad, de la hostilidad, que cortan en dos el cuerpo social. Los barrios suntuosos, insolentes, tienen como contraste unas casas mezquinas, ...

63. N. H. T.: Pues en este caso, y únicamente de ese modo, podrán las ciudades realizar su ideal y transformarse en absoluta conformidad con las necesidades y los placeres de todos, convirtiéndose en cuerpos orgánicos perfectamente sanos y bellos.

nismo colectivo, cada una de cuyas células particulares debe conservarse en perfecto estado de salud. El gran asunto de las municipalidades es invariablemente la cuestión de la salubridad. La historia les enseña que la enfermedad no perdona a nadie y que resulta peligroso para los palacios dejar que la peste des-pueble los cuchitriles anejos. En ocasiones, llegan hasta la total demolición de estos barrios contaminados, olvidando que las familias que expulsan no pueden mas que reconstruir sus casas un poco más lejos, transportando quizás la ponzoña hasta los barrios más salubres. Pero, incluso allí donde las cloacas malsanas quedan intactas, todos están de acuerdo sobre la importancia de velar con esmero por las condiciones de una higiene general –limpieza de las calles, apertura de jardines y de espacios verdes sombreados por grandes árboles, la rápida eliminación de las inmundicias, y el suministro de agua pura en abundancia para todos los barrios y en cada casa. A este respecto, una competición pacífica opone a las ciudades de las naciones más avanzadas, y cada una intenta poner a prueba procedimientos particulares en el ámbito de la salubridad y del confort. Sin embargo, la fórmula definitiva no se ha encontrado aún, porque el organismo urbano no es capaz de asegurarse su aprovisionamiento, su circulación sanguínea y nerviosa, la reconstitución de sus fuerzas y la eliminación de sus desperdicios. Pero al menos, muchas ciudades se han transformado hasta el punto de que la vida media en ellas sea más salubre que la de muchas zonas rurales donde sus habitantes aspiran día tras día los vapores del estercolero, y han permanecido en una ignorancia primitiva de las más simples leyes de la higiene.

La conciencia de que la vida urbana es como la de un organismo se manifiesta también mediante las preocupaciones artísticas de las municipalidades. Como en la antigua Atenas, como en Florencia y las restantes ciudades libres de la Edad Media, todas nuestras modernas ciudades se empeñan en embellecerse. Hasta el pueblo más humilde tiene su campanario, su columna o su fuente esculpida. Sin duda este es un arte muy triste y pesado, por lo general, manipulado por profesores cualificados, bajo la vigilancia de una comisión, tanto más pretenciosos cuanto más ignorantes. El verdadero arte es espontáneo y no se acomoda a las directrices impuestas por la comisión de vialidad. Estos hombres mezquinos del consejo municipal son como el general romano Munnus que siempre estaba dispuesto a dar la orden para que sus soldados restauraran cualquier cuadro que hubiesen deteriorado. Confunden la belleza con la simetría y piensan que reproducciones idénticas otorgarán a su ciudad un Partenón o un San Marcos⁶⁴.

Aunque los copistas pudiesen efectivamente reproducir cada monumento como lo solicitan a su arquitecto, no dejarían de producir un trabajo antinatural. Porque ningún monumento puede comprenderse al margen de las condiciones de espacio y tiempo que lo han producido. Cada ciudad tiene su vida propia, sus rasgos, su fisonomía particular, de forma que el constructor debiera aproximársela con mucha veneración. Es un atentado contra la identidad colectiva quitar su originali-

64. N. H. T.: ¿No tenemos en Europa una ciudad, cuyas mismas construcciones la hacen vulgar por excelencia, la extensa Munich, que contiene tantas y tan escrupulosas imitaciones de monumentos griegos y bizantinos, obras maestras a las que faltan el medio, el aire, el suelo y los hombres?

dad a una ciudad, para erizarla de construcciones convencionales o de monumentos contradictorios con su carácter actual o con su pasado. Se informa que, en Edimburgo, la encantadora capital escocesa, el trabajo de reconstrucción se ha efectuado de forma muy distinta, respetando lo que existe. Empezando por las callejuelas pintorescas pero sórdidas, se las transforma gradualmente, casa por casa: cada habitante conserva su alojamiento, pero un alojamiento más apropiado donde penetran el aire y la luz; se reagrupa a los amigos y se les dota de lugares de reunión para los intercambios sociales y el disfrute de las artes. Poco a poco, es toda una calle entera la que, conservando plenamente su carácter original, pero desembarazada de la suciedad y de la hediondez aparece, fresca y elegante, como la flor que brota en un jardín, sin defecto alguno, del pie de la rama primera sin que una sola brizna de césped haya sido removida en torno a la planta madre.

De esta forma, por destrucción o por restauración, las ciudades son siempre regeneradas, sobre su mismo emplazamiento: sin lugar a dudas, este proceso irá acelerándose bajo la presión de los propios habitantes. A medida que los hombres modifiquen su propio ideal de vida, deben necesariamente hacer evolucionar, de acuerdo con éste, esta "corporeidad" ampliada que constituye su hábitat. La ciudad refleja el espíritu de la sociedad que la ha creado. Si la paz y la buena voluntad reinan entre los hombres, no hay duda de que la disposición y el aspecto de las ciudades responderán a las nuevas necesidades emanadas de la gran reconciliación social. Y ante todo, las partes irremediamente sórdidas e insalubres de la ciudad serán borradas de la superficie de la tierra; donde entonces no subsistirá otro testimonio que el de grupos de casas libremente emplazadas entre los árboles, gratificantes para la vista, llenas de luz y de aire. Los barrios más ricos, ahora agradables a la vista, pero con frecuencia a la vez incómodos e insalubres, serán asimismo transformados. La hostilidad o la exclusión, rasgos que el espíritu de propiedad individual confiere ahora a las moradas privadas, habrán desaparecido. Los terrenos cubiertos de césped o los arriates que rodean las casas se extenderán en alamedas umbrosas hasta el límite de los paseos públicos como ya lo hacen en algunas ciudades y universidades americanas. La superioridad de la vida comunitaria sobre la vida privada estrictamente enclaustrada y celosamente guardada habrán vinculado muchas moradas privadas a un grupo orgánico de escuelas y de falansterios. Allí también, amplios espacios deberán abrirse para dejar pasar el aire y dotar de mejor apariencia al conjunto.

Evidentemente, las ciudades que ya crecen tan deprisa lo harán aún con mayor rapidez o más bien se fundirán paulatinamente en el campo, y, por toda la superficie del país, las provincias serán sembradas de casas dispersas que, pese a la distancia, pertenecerán realmente a la ciudad. Londres, por muy densos que sean sus barrios centrales, constituye un magnífico ejemplo de esta dispersión de la población urbana a través de los campos y bosques sobre un radio de más de cien kilómetros, hasta la propia costa. Cientos de miles de personas que tienen sus quehaceres en la ciudad y que, por razón de su trabajo, son activos urbanitas, pasan sus horas de ocio y de actividades domésticas bajo la sombra de frondosos árboles, en la proximidad de riachuelos de aguas vivas, o no lejos del rumor de las olas rompientes. El verdadero corazón de Londres, la City, tan adecuadamente denominada, apenas es más que una Bolsa de día, desertificada por la noche.

Los centros de actividad del Gobierno, del Parlamento, de las ciencias y de las artes, están concentrados en torno de ese gran núcleo de energía que se expande de año en año y expulsa a la población residente hacia las afueras. Sucede lo mismo en París, donde el núcleo central, con sus cuarteles, sus tribunales, y sus prisiones, ofrece un aspecto más militar y estratégico que residencial.

Así pues el desarrollo normal de las grandes ciudades consiste, de acuerdo a nuestro ideal moderno, en la conciliación de las ventajas de la vida rural y de la urbana; aportando aquélla el aire, el paisaje, la deliciosa soledad, ésta la facilidad de comunicación, la distribución mediante redes subterráneas de energía, de luz y de agua. La que antaño era la parte más densamente poblada de la ciudad es ahora precisamente la más despoblada, porque se ha convertido en propiedad colectiva o cuando menos en centro público de la vida intermitente. Demasiado útil al conjunto de los ciudadanos como para ser monopolizada por familias privadas, el corazón de la ciudad es patrimonio de todos. Sucede igualmente, y por las mismas razones, en las aglomeraciones menos importantes; y los ciudadanos exigen además poder utilizar los espacios abiertos de la ciudad para convocatorias públicas y manifestaciones al aire libre. Cada ciudad deberá tener su ágora, donde puedan encontrarse quienes estén animados por una pasión común; Hyde-Park es un ágora de este tipo donde, aunque un poco apretadas, podrían caber un millón de personas.

Algunas razones adicionales contribuyen a favorecer una descongestión de la ciudad moderna y abrir en alguna medida sus espacios centrales a las actividades procedentes del exterior. Muchas instituciones implantadas en su origen en el corazón de la ciudad se desplazan hacia el campo. Escuelas, colegios, hospitales, hospicios, conventos, no tienen ya sitio allí. Únicamente deberían subsistir las escuelas de los barrios, pero rodeadas de jardines, y tan sólo los hospitales absolutamente indispensables para los accidentes y las enfermedades súbitas. Los establecimientos trasladados dependen todavía de la ciudad, separados de ella desde el punto de vista espacial, pero preservando absolutamente su vínculo vital con la misma. Constituyen otros tantos elementos de la ciudad diseminados por el campo. El único obstáculo para la extensión indefinida de las ciudades y a su total fusión con el campo provienen no tanto de la distancia, como del elevado costo de las comunicaciones, porque se puede alcanzar mediante el ferrocarril la soledad de los campos o de la costa hasta una distancia de setenta u ochenta kilómetros, en menos tiempo del que se precisa para ir de un extremo a otro de la ciudad. Pero los límites a un libre uso del ferrocarril por los pobres retroceden gradualmente ante el avance del progreso social.

De esta forma, el antiguo modelo de ciudad, netamente delimitada por muros y fosos, tiende a desaparecer progresivamente. Mientras que el hombre del campo se convierte día a día en ciudadano por su estilo de vida y su mentalidad, el urbanita, a su vez, mira hacia el campo y aspira a ser campesino. Es su propio crecimiento el que permite a la ciudad moderna dejar su existencia solitaria y tender a fundirse con otras ciudades, reencontrando de este modo la relación original que vinculaba al emergente mercado con la campiña de la que había salido. El hombre debe contar con la doble ventaja de acceder a los pla-

ceres de la ciudad, con sus solidaridades en cuanto a mentalidades e intereses, las posibilidades que la misma ofrece de estudiar, de practicar las artes y, al mismo tiempo, gozar de la libertad existente en la naturaleza y que se despliega en el ámbito de su vasto horizonte.



Élisée Reclus en Ixelles-Bruselas, hacia 1900, en su época de profesor de la Université Nouvelle de Bruxelles.

6. LA CIUDAD DEL BUEN ACUERDO⁶⁵ (1895)

¿Cómo se puede unir á los que no tienen más deseo que el de amarse? ¿Cómo se pueden juntar las simpatías para una dicha de afecto mutuo? Esto parece imposible a primera vista en este mundo convencional, donde reinan las fórmulas, donde todo es medido por una educación hipócrita, donde todo mien-

65. "La Cité du bon accord". En: *The Evergreen, A Northern Seasonal*, vol. 2, *The Book of Autumn*. Edimburgo: Patrick Geddes and Colleagues, 1895; pp. 103-106; también en: *Almanach illustré de la "Question Sociale" pour 1897*. Seguimos básicamente la traducción efectuada por Max Nettlau: *Elíseo Reclus. La vida de un sabio justo y rebelde*. La Revista Blanca. Barcelona, 1928, vol. II, pp. 228-230. Ésta, procedente del texto aparecido en *Le Réveil* (Ginebra), núm. 486, 1-V-1918, es mucho más correcta que la versión publicada en *Ciencia Social* (Barcelona), enero 1896, pp. 121-22, que también se ha consultado, y de la que conservamos algunos giros.

te: la mirada, el gesto y la sonrisa. Sin embargo, la obra puede ser realizada gracias a aquellos hombres abnegados que reúnen a amigos conocidos y desconocidos para la misma empresa. Si la amistad determina la comunidad de actividad externa, del mismo modo, por una reacción natural, un trabajo en común emprendido apasionadamente suscita amistad entre los compañeros de trabajo. Así pues, las tentativas de seres nobles que apelan a todas las iniciativas y energías para laborar por el bien público, son doblemente buenas, tanto por su objeto directo alcanzado, como por la agrupación de amigos que de otro modo no se habrían encontrado nunca: una conciencia colectiva les anima; viven la misma vida y la asocian libremente para utilizar sus diferentes cualidades individuales.

Bajo mil formas surge un gran número de tales obras comunes, que señalan la victoria de los hombres de corazón sobre el egoísmo primitivo; la solidaridad humana produce por todas partes asociaciones en las cuales la iniciativa tiene libre desarrollo, y amigos y desconocidos experimentan la alegría de descubrirse mutuamente. ¿Cuál de estas empresas adquirirá mayor importancia histórica en la evolución de la humanidad? Todas son buenas, puesto que su desarrollo moral es perfecto; pero la mejor es indudablemente aquella que abarca la mayor cantidad de intereses humanos y garantiza la mayor satisfacción: esta es la “Ciudad del Buen Acuerdo”.

La veo ante mí y contemplo cómo ella, frente a la “Ciudad de Dios” y la “Ciudad del Sol” y tantas otras ciudades ya soñadas, tiene la gran ventaja de no ser un puro producto imaginativo, sino que se desarrolla orgánicamente, que vive una vida del todo concreta, usando, para renovarse, las células envejecidas de organismos anteriores que han sucumbido a la despreocupación. La veo con torres y tañido de campanas extendiendo graciosamente sus jardines y terrazas sobre la altiva colina donde vivieron los héroes míticos. Abajo, en la llanura, se agrupan las viviendas de las generaciones que pasan, las cuales preparan con su trabajo la promesa de un porvenir mejor, comprado al precio de sus sufrimientos. A lo lejos hay altozanos alfombrados de hierba o de gramíneas; lejanas rocas que se elevan desde el mar en el límite del horizonte, y parece oírse el murmullo de las olas que, en tiempos infinitamente remotos, condujeron a nuestros antepasados.

La “Ciudad del Buen Acuerdo” domina todo este espacio inmenso, todo este mundo de la poesía y de la historia, y con mis ojos espirituales, veo cómo ella resume la íntima significación de todo ese pasado que comprende nuestro presente, abriéndose cual una flor maravillosa que toma su savia del suelo de millares de generaciones humanas. El poeta nos ha hablado de la “Ciudad del Dolor” ante cuyo umbral el desgraciado pierde toda esperanza. Aquí entramos todos con alegría, llenos de noble serenidad, con la firme resolución de realizar grandes cosas. Aquí todos tendrán pan, tan difícil de obtener fuera, porque hay que conseguirlo mediante inmensas dificultades y vergonzosas humillaciones; todos poseerán la salud que dan el aire puro y el agua abundante de cristalinas fuentes, disfrutarán de una alimentación sencilla, regulada por el trabajo. Es esa ciudad todo un microcosmos funcionará sin esfuerzo, resumen y al mismo tiempo esperanza del género humano, ocupándose en las mil tareas que la vida requiere, tareas siempre atractivas, puesto que serán libremente escogidas. Los artis-

tas adornarán palacios familiares con frescos y esculturas; nos instruiremos mutuamente en los laboratorios, museos y jardines; las doncellas cantarán a coros sublimes melodías; y los niños rodearán en sus alegres corros a los ancianos dichosos; ninguna ley, ninguna imposición perturbará lo más mínimo el gran acuerdo, la augusta conformidad.

¡Salud y alegría a todos los amigos desconocidos que he encontrado en la nueva ciudad! ¡Salud y alegría a todos los que en ella vivan a través de los siglos!

7. RENOVACIÓN DE UNA CIUDAD⁶⁶ (1896)

¿Quién no ha oído hablar, poco o mucho, de la capital de Escocia? ¿Quién no ha conservado el recuerdo de las inolvidables novelas de Walter Scott? ¿Quién no conoce el papel desempeñado por Edimburgo en la historia? ¿Quién no sabe por lo menos que se admiran sus magníficas perspectivas? Pero lo que se ignora por lo general, es que Edimburgo realiza obra social y que en esta ciudad la idea de la “Société Nouvelle” se precisa mejor que en otras partes, adquiere forma concreta, se realiza. Pequeño comienzo, pero ya todo un modelo.

Es sabido que el viejo Edimburgo recubre un bloque de lava, verticalmente por sus tres lados. En lo alto de la negra masa, que fue el tapón de un cráter cuyas paredes cenicientas han desaparecido, se levanta el “Castle” o castillo, en el que se ha trabajado durante un milenio. Por el grandioso y pintoresco desorden de sus puertas, torreones y murallas, –muro por aquí, torre por allí,– el Castle contrasta con la ciudad nueva, cuyos suburbios circundantes irradian desde su base, y van a unirse, al norte, con la ciudad marítima de Leith que habita una población muy diferente de la de Edimburgo. Ambas ciudades pretenden no conocerse –y de hecho no se conocen apenas: “Atenas no tiene nada en común con el vulgar Pireo”.

La cuesta de la colina continua abatiéndose por una pendiente igual hasta la célebre abadía de Holyrood. La fortaleza feudal y el santuario religioso constituían en otro tiempo la práctica totalidad de la ciudad. En medio de la calle Alta (High Street) que sigue la arista de lava, se yergue, a modo de altar, una piedra sobre la cual, en los grandes días, sube un heraldo vestido a la antigua. Proclama, en lenguaje arcaico, la ley que acaba de dictar Su Majestad Victoria, reina de Escocia, porque, en Edimburgo, la Emperatriz de las Indias no es otra que la heredera de la familia Estuardo. Es preciso advertir que el Escocés, prudente en los asuntos del presente, no se propone renunciar a su glorioso pasado, trabajando plenamente para un porvenir mejor. Quiere que su ciudad conserve la impronta de antaño. Los Highlander o “Montañeses” evolucionan orgullosamente en las plazas, con su bizarro atuendo, con alguna peletería delante de su falda, recuerdo del tiempo en el que sus antepasados no tenían por vestimenta más que un pellejo de animal. Les acompañan tañedores de gaita, raquíuticos chiquillos les preceden, y les sigue la alegría popular.

66. [Con Élie Reclus] : “Renouveau d’une cité”. En: *La Société Nouvelle*, 12^o année, tome 1, vol. XIII, n^o. 138 (junio 1896); pp. 752-758. Traducción efectuada por José Ignacio Homobono.

En la extremidad baja de High Street, al norte del castillo, se eleva la ya citada abadía de Holyrood o “Virgen Santa”. Fue transformada en palacio, muy conocido por la estancia que efectuó Carlos X, cuando la Revolución de 1830 le hubo expulsado del trono de Francia. Holyrood se asocia con el recuerdo de la bella e infeliz María Estuardo –la tan amada, pero también la tan odiada María Estuardo, en cuyo honor literatos, historiadores y teólogos no han cesado de romper lanzas.

Añadamos que en la Ciudad nueva, entre Edimburgo y Leith, la pequeña colina denominada Carlton, está llena de extrañas columnatas, copiadas de los templos griegos a imitación del Partenón. Para estas construcciones renovadas de la antigüedad no faltaban ni la piedra ni el mármol: las canteras cercanas proveían con abundancia. Edimburgo se había tomado en serio el sobrenombre de Nueva Atenas que le habían valido sus bibliotecas y sus célebres escuelas; esta denominación, la quería merecer por monumentos de tipo jónico o dórico. Sin embargo, la última moda pasa por el gótico, sin que pueda afirmarse que ha tenido éxito entre los ediles. Siendo la arquitectura el producto de su medio, un estilo no es ni puro ni bello más que en la época y en los países de donde es originario, donde ha sido sentido y vivido.

El valle donde se encuentra Holyrood separa la aglomeración urbana del volcán extinto desde hace mucho tiempo que se denomina Arthur’s Seat. Este Arturo –o Artus– fue el legendario rey que inspiró las grandes epopeyas de los Caballeros de la Mesa Redonda, como Tristán el Léonnais, Perceval y Perceforest, Galaor y Gauvin, Amadís y Palamède. Una larga terraza circular, bordeada por basaltos en columnas, rodea el pico supremo desde donde se prolonga hasta el mar, hasta los condados más allá de Forth, una inmensa extensión verde.

El campo comienza bruscamente al ras de la gran ciudad, la cual no proyecta, como Londres, tentáculos hacia la provincia circundante, donde se suceden villas, ciudades y aldeas, anejas unas y otras. Al lado mismo de la ruidosa ciudad se extienden eriales y brezales; el multitudinario rumor de las multitudes y de los tambores, los silbatos de las fábricas y locomotoras hacen vibrar aquí y allá las paredes de los peñascos solitarios.

High Street, la arteria principal de la vieja ciudad, y casi la antigua ciudad por completo, High Street donde antaño los prelados coincidían con los grandes cortesanos, High Street no era ya, en estos últimos tiempos, más que una calle inmunda. Cuando Jacobo VI heredó la corona de Inglaterra y se trasladó a Londres, adonde fue seguido por los señores de su entorno, Edimburgo fue abandonado por la corte y por todo el mundo de los ricos parásitos. De ruina en ruina High Street se convirtió en un lugar de miseria, en un barrio sórdido. Las prostitutas extendían sus jergones sobre antiguos entarimados, monumentales chimeneas, enmaderados y esculturas, eran revestidos y transformados en excusados, en los *wynnds* o arroyos, en las *closes* o callejones sin salida, las basuras estaban acumuladas hasta varios metros de altura. El barrio apeataba profundamente, tales callejones, tales calles estrechas, son todavía sentinas de infección. Y la miseria bulle allí, suciedad humana sobre la suciedad de las cosas.

Surgió un hombre de corazón y de inteligencia, llamado Patrick Geddes, quien se dijo:

De esta podredumbre, de esta infección, de esta miseria somos responsables nosotros. Y si hay culpabilidad en este asunto, ilos culpables no son los muertos de hambre, sino quienes viven a sus expensas!

No es que Geddes fuese rico en escudos, sino que era rico de inteligencia y de buena voluntad. Digamos ante todo que el individuo es un hombre pequeño vibrante y ágil. Su cabeza está finamente esculpida llevando una desmañada cabellera que cae a modo de casco sobre la frente. Se identifica como Gaélico, de la raza de Arturo, se porta como un descendiente del Celta vencido y oprimido, no se preocupa de pertenecer a la posteridad de los piratas y vikingos, de las hordas de Anglos, Sajones Nórdicos y otros saqueadores de las costas del Báltico o del mar del Norte, ni de los Normandos más o menos afrancesados. El hombre es un sabio, célebre como botánico, pero menos conocido como historiador, pero que conoce mucho; ha hecho incluso prolongados estudios arqueológicos en México. Preferentemente se dedica a la biología, se dice ferviente discípulo de Flahaut, el profesor de Montpellier, que él proclama como el botánico más grande del siglo. La obra de Geddes más conocida lleva por título: *La evolución del sexo* y ha sido escrita en colaboración con Thomson, su colega de la Universidad de Dundee, donde Geddes enseña biología botánica. Su curso, revolucionario, exaspera a los botánicos ortodoxos que aún están confinados en la doctrina de las especies inmutables. La enseñanza del biólogo se ha extendido fuera de la Universidad, y bajo su influencia se forman grupos de aficionados entusiastas, asociaciones de obreros botanizando el domingo, que conocen admirablemente su flora local y la respetan; rechazan incluso herborizar con los malhadados personajes que se obstinan en arrancar plantas con el pretexto de coleccionarlas. Geddes mantiene relaciones íntimas con expertos jardineros que habían inventado el darwinismo mucho antes de Darwin, porque éste, en el *Origen de las Especies*, no hizo más que reunir en un manojó los descubrimientos y observaciones de hortelanos y ganaderos.

Edimburgo, el grupo universitario más importante de Gran Bretaña, cuenta en sus diversas facultades con 5.000 alumnos, de los que 3.000 se ocupan de medicina y cirugía. La célebre escuela se jacta de haber dado nacimiento a los dos descubrimientos quirúrgicos más importantes del siglo, a saber el de la anestesia mediante éter, cloroformo, etc., y el de los vendajes antisépticos, gloria de Lister. Pero los profesores actuales, orgullosos del renombre de sus predecesores, se conducen más como propietarios que como administradores de la Universidad, de las rentas de la cual desgajan para sí sueldos más que magníficos. Uno de ellos se ha otorgado 125.000 francos por año. También la política de los señores directores se encamina a disminuir el número de colegas a fin de engrosar su trozo de la tarta.

A modo de compensación, cuanto más ricos son los profesores, más pobres son los estudiantes. Es preciso decir que la gente joven de familia rica no dejará de ir a cursar sus años de universidad en Cambridge, o mejor aún en la aristocrática Oxford.

Viendo en qué miseria se arrastraban numerosos jóvenes de buena inteligencia y nobles aspiraciones, Geddes no pudo si no desearles una existencia menos dura e injusta. Pronto se hizo una clientela de estudiantes, de jóvenes profesores y otros universitarios. Resolvió procurarles moradas menos odiosas, una existencia menos penosa. El sitio más innoble, quizás, de High Street —era una guarida de rameras— fue aquel por el que comenzó; no vaciló en adquirirlo y acondicionarlo como *University-Hall*; incluso instaló al grupo de estudiantes. No dudó que cambiando al personal cambiaría el entorno, y después todo el medio. Así pues se puso valientemente a comprar los terrenos. Digamos que ha desdoblado su vida. Durante el invierno actúa como profesor en Dundee, se dedica a los trabajos científicos; por el verano se entrega a las reformas sociales.

¿Y el dinero? La sociedad que había tomado como razón social “Geddes y consortes” (*Geddes and his colleagues*) lo encontró, lo encuentra siempre. Porque no son castillos en España lo que se ocupa en construir y en reconstruir. El dinero que allí se gasta se recobra con intereses. Él demuestra fácilmente que con inteligencia y saber hacer, y siempre que la empresa se haga a gran escala, la gente joven por la que se interesa puede ser bien alojada, bien nutrida con menor gasto que lo que costaría mantenerlos mal alimentados y mal alojados. Presenta sus planes y sus cálculos, muestra los resultados conseguidos. Ya hace siete años que funciona su obra, de forma tal, que quien apenas un instante antes, le trataba de visionario, le confía su dinero, bajo la simple hipoteca de las casas a rescatar y reconstruir. Tal es su éxito que pese a la santa rutina la administración municipal ha recurrido frecuentemente a él. La ciudad le ha confiado el cuidado de expropiar inmuebles a demoler o a transformar. Sabe conservar lo pintoresco de las construcciones antiguas e incluso lo desarrolla, mediante céspedes y parterres, por juiciosos ornamentos, frescos y esculturas. El efectúa más y mejor mercado que cualquiera, realiza notables economías en los costos de justicia y de contabilidad, suprime los tratados oficiales, las estipulaciones notariales por un libro de cuentas que convierte la autoridad en justicia. El Debe y el Haber proporcionan el detalle de las transacciones, cuentan todo aquello que es de utilidad conocer. Hasta el momento, no ha tenido disputa alguna con los diez arquitectos o contratistas, ni el menor atisbo de proceso con los cincuenta propietarios de inmuebles. Ha tenido raros, rarísimos disgustos con tal o cual, pero se han dejado de lado sin querrela arreglándose enseguida para dejar tranquilas a estas gentes, y dirigiéndose a otros. El mundo es grande.

Por lo que concierne a la obra ya realizada, cuatrocientos jóvenes han sido alojados en los nuevos edificios, donde han encontrado morada espaciosa y abundantemente iluminada, provista de comodidades higiénicas. En la *University-Hall* los refectorios son comunes; en las salas de estudio y discusión la gente joven vive en buena y fraternal camaradería, con un afecto que no se encontraría en las comunidades religiosas. Los estudiantes están organizados en una sociedad casi libertaria.

Estimulado por el éxito, el entorno de Geddes sueña más aún, proyecta una abadía de Telémaco; enormes edificios, que hasta aquí apenas han servido más

que para exposiciones banales, deben ser transformados en instituto de historia y de geografía, con salas de conferencias en los pisos superiores, talleres y museos en las partes altas, las cuales dominan la inmensa extensión de la ciudad y del campo, viéndose hasta el maravilloso puente del Forth.

Y otros proyectos siguen su curso: una biblioteca, laboratorios, y para no hacer siempre educación, nada más que educación, sería preciso, para un público más amplio y menos exclusivamente universitario, la música y del teatro. Se quisiera fundar la Casa de los Artistas, después la de los autores unidos, convirtiéndose en sus propios editores e impresores. Se piensa incluso para más adelante –pero no tan tarde como las calendas griegas– en casas de campo para los convalecientes, en lugares de reposo y de veraneo. Mejor aún, se estudia la creación de huertos donde se practicaría el cultivo intensivo, donde en un medio básicamente intelectual los hombres trabajarían también con sus manos, aprovisionarían de frutas y legumbres, incluso de cereales, a las asociaciones de High Street.

Tales eran las empresas próximas de las que se discutía hace poco en Edimburgo, en una reunión de estudiantes que se habían dado cita en el University-Hall, de toda la Gran Bretaña; también muchos italianos, y franceses se habían encontrado aquí. Varias conferencias se dieron en el campo; varias lecciones de geología o relativas a la historia de Escocia se celebraron in situ. Algunas fueron acompañadas por representaciones escénicas. Se nos habló de Arturo, mientras ocupábamos un asiento en la Mesa Redonda, sobre los dulces sillones de césped, al pie del castillo de Stirling.

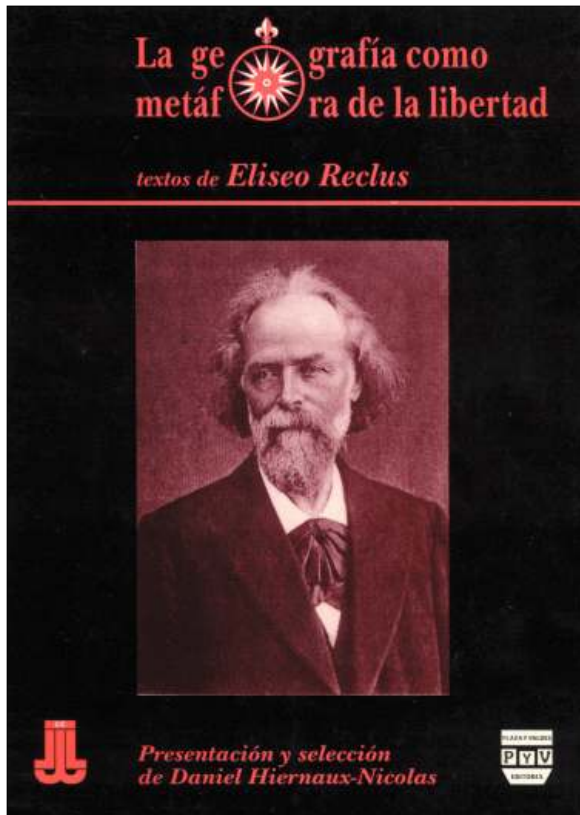
En este medio del que el Sr. y la Sra. Geddes son los buenos genios, se sueña con la transformación de los estudios históricos. En nuestros institutos, colegios y facultades, la historia no es mas que un desembalaje de momias. Y así nos ha parecido el pensamiento directriz de Patrick Geddes, de sus colaboradores y de sus discípulos: vivir la ciencia, amarla y cultivarla por sí misma, y no por el beneficio; no por las carreras oficiales que proporciona, por los haberes que procura. Se ha acabado por cansarse de la ciencia tal como los cobardes la comprenden, tal como ellos la han acaparado e impuesto en las universidades oficiales, convertidas en fábricas de diplomas en beneficio de la burguesía. Sería preciso volver a los proyectos de los humanistas de los siglos XV y XVI que pensaron fundar escuelas para desarrollar a la humanidad mediante el hombre. Pero apenas habían comenzado cuando surgieron los dominicos y jesuitas por una parte, luteranos y calvinistas por la otra, que no se habían preocupado más que de propaganda confesional. Y ya no fueron más discutibles “las humanidades”. Sería hora de recuperar la idea que acariciaban los grandes espíritus del Renacimiento y transformar las actuales universidades en Escuelas de Estudios Libres.

Están ahí los proyectos, las admirables realizaciones de Geddes y de sus amigos, y nosotros contemplamos las obras realizadas con un corazón conmovido: pero aquí nos asalta una duda: ¿Qué sería de la empresa cuyo éxito crecientemente se deba casi enteramente a la personalidad del hombre que la realiza, a

su calor anímico, a su entusiasmo renovado sin cesar, a su amor que penetra los obstáculos hasta el fondo como si fuesen cera? ¿Qué sería de este trabajo prodigioso si los capitales a los que forzosamente debe recurrir y que utiliza en estas construcciones, llegasen a otorgar en un momento crítico la preponderancia a intereses monetarios coaligados contra él? Ciertamente, los banqueros gustan corregirse mediante demostraciones de untuosa filantropía cuando el dinero prestado les reporta honestos porcentajes; entonces desbordan simpatía hacia los humildes y los pobres. Pero son sentimientos con los que no se puede contar sin reservas; por generoso que sea el prestamista, no gusta prescindir de su sueldo. Después, cuando los hombres sinceros, cuando los puros y los devotos que consagraron su vida a la obra fraternal ya no estén ahí para continuarla con el mismo espíritu, cuando reposen bajo la piedra, y el “capital empeñado”, siempre viviente, siempre consciente de sus “derechos”, sea en adelante el encargado de conducir la empresa a buen fin, ¡ay!, todo cambia entonces. Es cierto que las protestas humanitarias se hacen oír todavía, pero son palabras vanas, vacías de sentido, el dinero se ha convertido en dueño, y todo el asunto se encuentra orientado hacia un bajo ideal. Es así como tantas obras, iniciadas con un puro entusiasmo fraternal, se han convertido poco a poco en mediocres instituciones burguesas, ¡de las que sería tal útil desembarazarse como noble fue emprenderlas!

Ciertamente, estos valientes de Edimburgo, “Geddes y amigos” saben perfectamente qué peligro les amenaza; no ignoran la potencia nefasta de la propiedad privada, del dinero, de los intereses porcentual y por mil, pero sufriendo las condiciones de esta mala sociedad, se apresuran a intervenir, realizando inmejorablemente tantos “hechos consumados” como su vida puede proveer, confiriendo a la obra el impulso de todo su ser, asociándose en número creciente para que sea cada vez más difícil al dinero hacerles desviarse de su camino. La forma externa de la obra podrá cambiar tras ellos, pero lo que no perecerá es su espíritu, y otros reemprenderán el trabajo donde lo hayan dejado.

Tenemos bastante, tenemos demasiado, de esta explotación siempre más cruel del hombre por el hombre, demasiado de esta “producción de riquezas”, es decir pauperización de la gran mayoría en provecho de una minoría cada vez más restringida. Estamos hartos del “Mammon inicuo”, hastiados del innoble Becerro de Oro. ¡Que se nos dé por fin una sociedad humana, que sea al menos digna de otras sociedades animales, como las repúblicas de hormigas y de abejas, de grullas y de golondrinas! ¡Tomemos al fin el tiempo libre para ser felices! Tenemos necesidad de fraternidad – de fraternidad entre los pueblos y las naciones, fraternidad entre los hombres.



Geografía y libertad, ciencia e ideología emancipatoria. Las dos constantes del pensamiento y obra de Reclus, enfatizados en una antología de textos del mismo (1999). La fotografía de su portada fue publicada en 1905 por el *The Geographical Journal*, de la Royal Geographical Society.

8. INTRODUCCIÓN AL *DICTIONNAIRE GÉOGRAPHIQUE ET ADMINISTRATIF DE LA FRANCE ET DE SES COLONIES*⁶⁷ (1905)

8.1. Demografía. III.- Urbanos y rurales

[...] Mientras que los municipios agrarios, ya tan debilitados, van despoblándose cada día, las grandes ciudades adquieren una importancia cada vez más considerable. Así la relación de la población de las capitales departamentales con el conjunto de la población de Francia, relación que, entre 1789 y 1831, se ha mantenido constante en la cifra de 14%, se había elevado en 1851 a 16,5, después a 18 en 1861 y hoy a 20,2 reemplazando la población de las capitales por la de las ciudades de 10.000 o más habitantes. Un cierto número de estas

67. Este breve extracto de la "Introduction" de Élisée Reclus forma parte del vol. 7 (Se-Z) de la segunda edición de esta obra, publicada bajo la dirección de Paul Joanne (1890-1905). París. Hachette, 1905, pp. I-CLXIII. Los párrafos aquí incluidos son extractos de la "Deuxième Partie – Statistique", en su epígrafe "Démographie" y apartado III: "Urbains et ruraux", pp. LVII – LXII. Traducción y notas de José Ignacio Homobono.

Últimas son centros manufactureros de origen reciente, como Le Creusot, Mazamet, Roubaix, etc., otras forman parte de las afueras de las grandes ciudades, de las que constituyen verdaderos suburbios. [...] El aumento proporcional más considerable ha sido el de la capital. [...] Otras ciudades, a decir verdad, aumentan mucho más rápidamente que París: así para la novena década del siglo, se dan las siguientes cifras:

Aumento en % en diez años			
Chicago.....	54,40	Hamburgo	38,80
Roma	45,10	Londres	16,80
Berlín	40,67	París	8,25

El incremento de las grandes ciudades francesas no siempre ha sido regular. Los desplazamientos de industrias han dificultado o facilitado su desarrollo [...] Por lo demás, desde hace algunos años, la concentración de la población tiende a disminuir más bien en el centro de las grandes aglomeraciones urbanas tales como Londres, Nueva York y París. En 1861, los dos primeros distritos de la capital de Francia albergaban 171.128 habitantes; su población nocturna no es más que de 128.033, una disminución del 25 por ciento. Los distritos III y IV han disminuido entre 1861 y 1891, pero han vuelto a aumentar ligeramente después. La “city”⁶⁸ de Londres ha perdido 10.779 habitantes, o sea el 29 por ciento, en los diez últimos años del siglo y no tenía más que 26.923 habitantes de noche en 1901, en gran parte guardas de empresas [...].

Basándose en la población total de los municipios, más de la mitad de los habitantes de Francia residen en ciudades, pero la población urbana es todavía menos del 40% de la población total, si no se tiene en cuenta más que la población aglomerada. [...] Según este criterio, la población francesa se distribuye así, en comparación con la de 1861.

Aglomeraciones de más de 2.000 habitantes				
	1861	1901	1861 %	1901 %
Número	1120	1576	“	“
Población urbana aglomerada	10.789.766	14.726.615	28,8	57,6
Población dispersa rural y urbana	26.596.547	24.235.330	71,2	62,1
Total	37.386.313	38.961.945	100,0	100,0

68. N. del T.: Reclus utiliza el equivalente francés de “cité”.

Al iniciarse la Revolución Francesa, en 1790, los habitantes de las ciudades se evaluaban en una quinta parte de la población total. Se estima que hacia 1920 ó 1930 se establecerá el equilibrio en Francia entre la población urbana total y la población rural.

Hablando de urbanos y rurales, es preciso tener en cuenta la evolución que tiende a destruir la propia noción de estos términos y que se ha resumido bajo la denominación de *Ciudad-Jardín*. Significa un conjunto territorial en el que están reunidas todas las comodidades urbanas: vida intelectual, escuelas, bibliotecas, colecciones, teatros, actividad económica propiciada por los abastecimientos y las comunicaciones rápidas; pero en el que se goza asimismo de la naturaleza en sus aspectos campestres. Adelantándose a esta evolución que fomenta el refinamiento de la hulla blanca, ciertas aglomeraciones landesas, Audenge, Hourtin, etc., hacen presentir –al menos por su higiene– aquello en lo que podría convertirse el paisaje del hábitat humano.

La relativa despoblación rural es un hecho absolutamente general, pero la comparación de las cifras francesas con las de los países vecinos resulta bastante difícil [...]. En la última década para la que se tienen cifras, las ciudades de más de 20.000 habitantes han aumentado un 49% en Alemania, en Inglaterra el 19%, en Francia el 24,1%, y estos tres países de Europa pueden ser caracterizados de este modo:

Francia. Población total casi estacionaria, aumentando las ciudades a expensas de los campos que por lo tanto aún cuentan con la mitad de la población total.

Alemania. Población total que aumenta rápidamente en beneficio únicamente de las ciudades. Los campos estacionarios conteniendo la mitad de la población total.

Inglaterra. Población total en rápido incremento. Los campos no contienen ni siquiera más que la cuarta parte de esta población, pero participan sin embargo en pequeña medida del aumento general.

Se comprueba que el movimiento centrípeta francés se aproxima más a la actual fase alemana que a la inglesa. A comienzos del siglo XIX, los dos países continentales tienen todavía la mitad de su población diseminada por los campos y la población absoluta de estos ha dejado de crecer. En Inglaterra, la despoblación rural está mucho más avanzada y se agrava relativa, pero no absolutamente [...].

En los nuevos países de ultramar, el reparto de la población sigue una tendencia inversa a la que constatamos en la vieja Europa. Haciendo abstracción de los autóctonos, lo que, para Canadá y Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda, no distorsiona apenas la realidad, vemos que la colonización de estos países ha comenzado con la fundación de ciudades. A las aglomeraciones situadas en la costa han sucedido otras ciudades a lo largo de los ríos o de las rutas de fácil penetra-

ción. Mientras que Francia era rural en sus cuatro quintas partes, una proporción análoga de americanos y de emigrantes habitaban centros de más de 5.000 habitantes quizás. Actualmente, se da un doble movimiento de concentración en las grandes ciudades y de diseminación en los campos alejados de la costa.

A comienzos del siglo XIX, Francia tenía tres ciudades con más de 100.000 habitantes, París, Lyon y Marsella. Las Islas Británicas y Alemania no tenían respectivamente más que dos: Londres y Dublín, Berlín y Hamburgo. En nuestros días se han modificado significativamente las proporciones en su beneficio (tanto como sea posible): Francia, 15, Islas Británicas 39 (Inglaterra y Gales 33), Alemania 33. Estados Unidos cuenta con 38, Rusia con 17, Italia 12, Austria-Hungría 7, Bélgica 4.

París es la tercera ciudad del mundo por su número de habitantes, y va después de Londres y de la aglomeración neoyorquina [...]. La mayoría de las grandes ciudades francesas se incrementan mucho más por inmigración que por natalidad, e incluso algunas de entre ellas disminuirían si las aportaciones de fuera no viniesen a compensar las pérdidas internas. Lyon, Marsella, Burdeos, Nantes, Rouen han estado en esta situación (Meuriot). Esto nos revela cuánto deja que desear la higiene de estas ciudades.

9. EL HOMBRE Y LA TIERRA⁶⁹ (1905-1908)

9.1. Pueblos atrasados⁷⁰

[...] Antes de la historia, las viviendas no eran menos variadas que los alimentos, puesto que dependían del medio, y todas las formas de habitaciones de otros tiempos se conservan en nuestras edades de civilización acelerada. El suelo cubierto de nieve proporcionaba al esquimal materiales de construcción muy diferentes que los del desierto pedregoso o el frondoso bosque suministraban al árabe o al hindú. Hasta cuando los hombres, ya ricos y cultos, se han empeñado en construir bellos monumentos de madera, ladrillo, piedra o mármol, el medio ambiente queda grabado sobre el palacio. "El clima se inscribe en la arquitectura: un techo puntiagudo prueba la lluvia; plano, el sol; cargado de piedras, el viento"⁷¹. Pero no hay edificios romanos o góticos, ni una sola habitación, ni un mal cobertizo utilizado en las primeras edades de los que no se vean ejemplos peor o mejor conservados. Las supervivencias de la vivienda primitiva se muestran hasta en las ciudades más suntuosas. ¿No se encuentran buscando bien, trogloditas en París y en Londres? ¿No se ven también gentes que viven bajo la choza, grosera morada de ramas y restos, sin contar los que pasan la noche tumbados sobre el pavimento?

69. Para esta obra se ha partido, básicamente, de la versión española: *El Hombre y la Tierra*. Barcelona: Escuela Moderna, 1906-1909, 6 vols. Con una ligera corrección de estilo basada en la versión original: *L'Homme et la Terre*. París: Librairie Universelle, 1905-1908, 6 vols.

70. Extractos del Libro Primero: *Los Antepasados*; tomo I; capítulo IV: "Pueblos retrasados".

71. Víctor Hugo, *Le Rhin*.

[...] Una vez instalado en su fisura de roca, el hombre, sensible siempre a la pasión de lo bello, supo transformar su medio: nivelar el suelo para reposar cómodamente, canalizarlo para que corrieran las aguas, igualar los salientes para evitar tropiezos, abrir habitaciones suplementarias para almacenar sus riquezas o alojar a los hijos y los amigos. La roca misma suministraba los recursos necesarios para ese trabajo de acomodación, tales como corredores, salas, piedras para escaleras, etc. [...] En todos los países del mundo, hasta en los más acomodados a las formas de la civilización moderna, hay trogloditas que, adaptándose a las necesidades de la civilización, del tiempo y del lugar, han conservado el antiguo modo de habitación. En 1890 había en Italia unos cien mil trogloditas que habitaban más de 37.000 subterráneos [...].

[...] Los emplazamientos de las viviendas humanas que se agrupan en aldeas, en villas y en ciudades se acomodan naturalmente a su medio para utilizar sus ventajas: cualidades del terreno, círculo protector de colinas o montañas, proximidad del manantial de agua pura, del bosque, de la cantera que suministran madera y piedra, del remanso bien resguardado donde flotan los esquifes. Pero a las condiciones favorables del medio próximo se asocian las del medio lejano: las tribus, los pueblos, las naciones se agrupan de diverso modo sobre la tierra en virtud de sus atracciones recíprocas, guiadas instintivamente por las relaciones de mutuos intercambios que necesitará su existencia, en cuanto se libren del salvajismo primitivo en que la horda sólo vive para sí misma, a la vez tímida y feroz como una manada de lobos.

Al manifestarse los sentimientos de curiosidad, los llamamientos de simpatía, las necesidades de socorro y de ayuda mutua, los grupos humanos tienden a verse, a medir los intervalos que los separan del vecino, a abrir una senda en dirección a su cabaña. Al margen de los Seris y de diversas poblaciones de la gran selva del Amazonas, donde las condiciones del medio, privándoles de todo contacto con sus vecinos, se han hecho por eso mismo hostiles a toda aproximación, los grupos étnicos pueblan la Tierra gustan de verse y de reunirse a intervalos más o menos cortos.

[...] Todavía en pleno siglo XX, en cada primavera se veían acudir desde todas partes multitudes de Pielas-Rojas al *Gran Campamento*, que son vastas llanuras herbosas que dominan al Oeste las montañas del Wyoming meridional, cerca de la cumbre de separación entre los Océanos. Podía considerársele como el Nijni-Novgorod de América. Se había efectuado la tregua entre los guerreros; todos intercambiaban sus géneros, luchaban en los combates de fuerza y de destreza, arriesgaban su haber al juego y se servían admirablemente del lenguaje de signos como de idioma universal. Los fríos del invierno impedían el nacimiento de una ciudad en aquel sitio; si las condiciones del clima hubiesen sido favorables, hubiese nacido ya en aquel lugar privilegiado una ciudad moderna.

En las comarcas ricas en caza, en pesca, en ganado o en cultivos, la agrupación se hace tanto o más considerable, en igualdad de condiciones, cuanto mayor es la abundancia de recursos alimentarios. El futuro emplazamiento de las ciudades se indica en el lugar de encuentro natural entre los diversos centros

de producción: las distancias se miden en proporción a la fuerza de atracción y el movimiento seguirá la línea de menor esfuerzo para la mayor suma posible de intercambios⁷². Pero también sucede que los lugares escogidos para el intercambio de géneros y los encuentros pacíficos sean precisamente aquellos que se sabe han de quedar deshabitados, sin dueños, eriales, lindes de bosques, crestas de montañas estériles. Así la famosa feria de Latiere, entre Saintonge, Perigord y Angoumois se celebra en medio de matorrales y pinos jóvenes de colinas desiertas: la soledad se puebla de pronto, después se abandona a la caza salvaje. Más aún, los montañeses, supuestamente enemigos ancestrales, aunque buenos amigos en el fondo, como los vascos españoles de Roncal y los vascos franceses de Barètos se reúnen en solemne mercado sobre la cumbre del Pirineo, en la Piedra de San Martín, en los dominios de las nieves y de la lluvia⁷³.

[...] En los países quebrados, en que rasgos bruscos, paredes de montañas, profundos barrancos, ríos caudalosos u orillas del mar limitan las pequeñas sociedades primitivas, son muy desiguales las distancias que separan los diversos focos de actividad humana. Ocurre lo contrario en las comarcas que presentan un carácter uniforme sobre vastas extensiones, por el suelo, el relieve y el clima: allá las poblaciones o campamentos de las tribus ocupan el espacio a intervalos regulares, a una jornada de camino en los países de población escasa, a media jornada o a fracciones menores en regiones más populosas; un verdadero ritmo regulado por el paso del hombre preside la distribución de los grupos humanos.

Examinando los mapas detallados, se nota fácilmente el contraste que presentan los lugares de habitación de espacio normal y aquellos otros a los cuales han impuesto un desorden aparente las modificaciones del medio. Durante mucho tiempo la jornada habitual de un caminante, con sus reposos necesarios para comer y dormir, fue la única medida de distancia que marcaba sobre el terreno los lugares de etapa y de bifurcación; pero la domesticación de los animales de monta permitió al hombre alargar la extensión de una jornada de viaje, y, como consecuencia, los lugares de reposo que se suceden sobre las vías históricas alternaron por orden de importancia, según que los viajeros que en ellos se detienen sean simples peatones o peatones y jinetes. [...] Las etapas son relativamente cortas en los países en que los animales sirven preferentemente al transporte de mercancías, por ser su paso más lento que bajo el peso del hombre, que los espolea con impaciencia.

72. E. Cammaerts, J.-G. Kohl et la géographie des comunicatios.

73. Arduin-Dumazet, vol. XLI, pp. 157 y 158. N. del T.: En estas breves líneas Reclus alude al famoso Tributo de las Tres Vacas que, desde 1375, refrenda cada 13 de julio –mediante una solemne ceremonia cívica– la paz establecida tras las guerras pastoriles entre el valle vasconavarro de Erronkari/Roncal y el bearnés de Barètos, sobre la propia muga fronteriza. Y que, además de regular el uso de los pastos faceros, desempeña funciones mercantiles y sociables a escala interlocal. Más recientemente, con el desarrollo económico, el Tributo se convirtió en un espectáculo para el público llegado desde el resto de Navarra y Comunidades limítrofes, más los veraneantes en Barètos y Bearn, aunque sin perder la función de confraternización entre los vecindarios de ambos valles. Estos últimos años ha adquirido dimensión de fiesta popular, con la instauración de una comida popular, mercadillo cultural y gastronómico y animación de grupos folklóricos de ambas vertientes.

Otras distancias entre los grupos de habitaciones, como aldeas, villas o ciudades, determinadas de antemano por las condiciones del relieve, del litoral, del clima, de la flora, de la fauna u otras condiciones del medio, fijan la longitud de los caminos naturales o se trazan gradualmente por el paso del hombre. Así, respecto de los pueblos pastoriles, el vaivén transhumante entre los pastos escasos de la montaña y las abundantes praderas de la llanura, fija los lugares de residencia temporales o permanentes para una parte de la población local [...].

[...] Así como hubo viajeros francos, libres de traficar entre los pueblos en lucha, existirían también lugares francos en cuyas inmediaciones estaban prohibidas toda clase de hostilidades de común acuerdo. La razón íntima de esta elección era sencillamente la necesidad, porque era preciso a toda costa encontrarse pacíficamente en un mercado para obtener los objetos indispensables para la supervivencia; pero las circunstancias especiales que otorgaban este favor a tal o cual punto geográfico diferían según las comarcas o los tiempos. Tal emplazamiento favorablemente situado se había escogido en virtud de una convención formal, pero casi siempre debió de producirse el hecho espontáneamente en el lugar que la Naturaleza designara como más a propósito: el consentimiento tácito responde al carácter reservado y justamente receloso de los pueblos primitivos, decididos a romper a la primera alarma. En cualquier país y en todas las épocas han tenido lugar, en esos sitios francos para los intercambios, los encuentros y la alegría de verse aún entre enemigos. En el sur marroquí la regla admitida prohíbe toda venganza en un día de mercado (Brides).

9.2. Municipios⁷⁴

[...] Hasta los legistas de Carlomagno hubieron de confirmar esos derechos fundamentales de la comunidad aldeana: la autonomía se conservó a pesar de todo, y en muchas comarcas con suficiente energía para que el grupo de campesinos se encargase de su propia defensa contra los invasores, normandos, hunos o árabes, y de construir murallas para transformar las villas en ciudades: el municipio urbano nació así en buena medida por el desarrollo del municipio aldeano.

74. Extractos del Libro Tercero: *Historia Moderna*; tomo IV; capítulo VII: "Municipios". N.del T. Entre las fuentes explícitas de la reflexión reclusiana sobre las libertades y la civilización urbana municipalistas, alternativa al proceso de constitución de los Estados, está la monumental obra de Henri Pirenne (1862-1935): *Histoire de la Belgique, 1899-1932*, 7 vols. A esta obra le precedieron numerosos artículos sobre las sociedades urbanas, publicados entre 1889 y 1905. Pirenne, el principal historiador medievalista de su época, publicaría posteriormente *Les anciennes démocraties des Pays-Bas*. París: Éditions Flammarion, 1910, obra maestra de gran claridad expositiva, donde amplía sus puntos de vista sobre la formación de la burguesía y el correlativo nacimiento y desarrollo de estas democracias urbanas medievales y sus instituciones, cuyas libertades económicas y civiles cimentaron una brillante civilización urbana burguesa, desde sus orígenes medievales hasta su fin en el siglo XVII, pasando por su declive durante el Renacimiento y la Reforma calvinista. Esta obra ha sido recientemente traducida, con el título: *La democracia urbana: una vieja historia. Las antiguas democracias de los Países Bajos*. Madrid: Capitán Swing Libros, 2009; 309 p. A ella le seguiría la magnífica síntesis: *Les villes du Moyen Age. Essai d'histoire économique et sociale*. Bruselas, 1927, así como su obra póstuma *Les villes et les institutions urbaines* (1939).

Dondequiera nacían repúblicas urbanas en el seno del feudalismo, la ciudad se establecía con mayor solidez en su libertad municipal si se componía de una agrupación de aldeas o de caseríos que conservaban su personalidad como productores, mercaderes y consumidores asociados. En Venecia, cada uno de los islotes fue durante mucho tiempo una comunidad independiente, que adquiría los víveres y las materias primas para distribuirlos entre los asociados. Del mismo modo las ciudades lombardas estaban divididas en barrios autónomos. Siena se hizo famosa en la historia por las rivalidades y las alianzas, las enemistades y las reconciliaciones de las veinticuatro pequeñas repúblicas yuxtapuestas en la gran república urbana. Alrededor de la mayor parte de las ciudades del centro y del norte de Europa, las *vecindades* constituyeron otros tantos submunicipios distintos que gravitaban hacia el gran municipio; en Roma, cada calle de la ciudad tenía su personalidad autónoma⁷⁵.

La antigua Londres antes de la conquista normanda fue una aglomeración de pequeños grupos aldeanos dispersos en el espacio cerrado por las murallas, teniendo cada grupo su propia vida e instituciones, guildas, asociaciones particulares, oficios, unidos de un modo poco consistente en el conjunto municipal⁷⁶.

La ciudad de la Edad Media normalmente construida nos aparece como el producto natural de los elementos de asociación: en primer término el de los individuos agregados según sus intereses de profesión, de ideas, de placer; después el de las vecindades, de los barrios, pequeñas unidades territoriales que no debían ser sacrificadas al centro de la ciudad. De ese modo la ciudad tipo era una federación de barrios y de profesiones, a la vez que esta era una asociación de ciudadanos. Por extensión había municipios urbanos o rurales que se unían en ligas: una confederación del Lyonesado duró quinientos años y no sucumbió hasta el siglo XIII; la Creuse y el Lyonesado proporcionan ejemplos análogos.

La historia nos muestra, pues, con toda evidencia el origen natural y espontáneo de los municipios nacidos de las condiciones del medio y de la asociación forzada de los intereses. [...] Por su parte, las comunidades, urbanas o de otro género, todavía débiles y como consecuencia más astutas, sacaban todo el partido posible de las disensiones que enfrentaban a los poderosos soberanos [...] Mas a pesar de todas las oposiciones, viniesen de los reyes, de los señores o de los sacerdotes, el municipio había de formarse forzosamente en el seno de la sociedad feudal, puesto que era el órgano de necesidades nuevas en la vida de las naciones: la burguesía nacía con la industria y el comercio. [...] Bajo la organización feudal se constituía todo un aparato social destinado a reemplazarla en su día y a otorgar especial fuerza al conjunto de la sociedad política. Inútiles en ese orden de cosas que hacía surgir las grandes ciudades por la atracción de los obreros y de los artesanos de toda especie y daba al comercio una expansión siempre creciente hacia los países lejanos, los señores no podían acomodarse a él. El *municipio*, *guilda*, *cuerpo de oficio*, o cuerpo de mercaderes era, por su misma naturaleza, absolutamente autónomo: compraba la materia prima, solo la tra-

75. Ernest Nys, *Recherches sur l'histoire de l'Economie politique*, pp. 34 y 35.

76. R. Green, *Conquest of England*.

bajaba y solo vendía los productos; tenía sus árbitros para las diferencias que podían suscitarse entre sus miembros, y en cuanto se sentía con poder suficiente organizaba una milicia para defenderse contra el sacerdote o contra el rey.

Así se fundaban espontáneamente las asociaciones según las diversas profesiones de los individuos y las condiciones cambiantes del medio. En aquella época de fuerza bruta, el organismo administrativo y político carecía de ductilidad suficiente como para vigilar al hombre a cada mutación de su existencia y aislarle astutamente del grupo natural de los compañeros de trabajo con quienes arriesgaba la lucha por la vida. Cada cuerpo de oficio tenía sus gildas, sus *hermandades*, sus *cofradías*; hasta los mendigos y las mujeres perdidas se unían en sociedades de defensa. A bordo de los barcos se formaban también agrupaciones temporales, de tal modo trataban de satisfacer las afinidades naturales hasta en los medios menos favorables. [...] Hasta al desembarcar, los miembros de la gilda flotante trataban de reconstituirse en grupos nuevos, y sobre todo en contorno del Mediterráneo cada unidad mercantil tenía sus barrios especiales donde colonias venecianas, genovesas, provenzales o catalanas formaban otras tantas pequeñas Venecia, Marsella o Barcelona⁷⁷ [...].

Verdad es que todos esos municipios libres hubieran podido fundarse contra los enemigos exteriores y presentarles así un frente inatacable. Bajo la presión de los acontecimientos se formaron con frecuencia ligas parciales o generales entre las ciudades lombardas, ipero cuántas veces también, a pesar del peligro inminente, permanecieron desunidas, o hasta se desgarraban entre sí, sacrificando el porvenir a la satisfacción de sus odios inmediatos! El ciudadano apenas veía más allá de su propia ciudad, y frecuentemente en la ciudad misma no se cuidaba sino de su partido, del grupo de las familias que detentaban o ambicionaban el poder. De ahí venían disensiones continuas, luchas y venganzas que hacían de las campiñas más bellas de Europa un inmenso campo de batalla, y que el furor inmortal del Dante había de perseguir hasta en los círculos del Infierno. Pero todas esas múltiples guerras de las repúblicas italianas, que desplazaban incesantemente su centro de gravedad, no eran sino episodios de la lucha secular que enfrentaba al papa y al emperador, la Europa central y el Mediodía. Las rivalidades de familia a familia, de municipio a municipio, se fundaban en la gran rivalidad entre *Güelfos* y *Gibelinos* [...].

[...] Lo que perjudicaba a las ciudades del Mediodía en sus tentativas de emancipación completa, es que miraban hacia el pasado como la Roma de Arnaldo de Brescia: daban demasiada importancia a su organización urbana municipal, se complacían orgullosamente en el formalismo tradicional de sus ceremonias y no estaban animadas del nuevo espíritu que los intereses comunes de la industria y del comercio conferían a las ciudades de la Italia lombarda y a las del norte de Europa. La vida moderna no pudo afirmarse con suficiente impulso en ese medio obstruido por las ruinas de la civilización romana. Por otra parte, si el feudalismo adoptaba en el Mediodía de las Galias un carácter menos brutal que en el resto del país, se debía siempre al poder de algunos que tenían

77. Oscar Peschel, *Geschichte der Zeitalters der Entdeckungen*, p. 13.

intereses personales absolutamente contrarios a los de sus súbditos y que disponían de grandes recursos de dinero añadido a su prestigio.

Otro hecho de orden geográfico contribuía también a disminuir la fuerza de resistencia de las poblaciones del Mediodía, consistente en que no presentaban un conjunto bien dispuesto para la defensa: al contrario, su territorio estaba por los dos lados, del este y del oeste, completamente abierto a los ataques del exterior, y, hacia su centro, de tal modo se hallaba estrechado, que las comunicaciones llegaban a ser difíciles entre los mismos defensores del país [...].

[...] Pero la tensión económica era tan fuerte, a la vez en el mundo rural y en el mundo urbano, que sobre centenares de puntos, se hicieron tentativas, con mejor o peor éxito, para la agrupación de defensa común y de ayuda mutua entre campesinos y burgueses. Al final del siglo XI y durante el transcurso del XII, el movimiento de emancipación adquirió un carácter tan intenso y rápido, que se le ha podido comparar a una especie de explosión. En todo tiempo, y sin necesidad de recurrir a la existencia de recuerdos atávicos, los hombres se han unido espontáneamente en *conjuraciones*, en *guildas*, en *sindicatos*, en *hermandades*, o como quieran designarse las alianzas entre individuos que sufren los mismos daños y tratan de librarse de la opresión. Según las circunstancias y los medios, el resultado de los esfuerzos varía notoriamente, y las combinaciones más diversas fueron su consecuencia; pero en ninguna parte, necesario es consignarlo, un grupo cualquiera adquirió su completa independencia, sin ningún acto de vasallaje, sin lazo o tradición por la cual los antiguos señores, sus herederos o sus rivales, no pudiesen reducir a los emancipados a una nueva servidumbre.

[...] El área de libertad donde las revoluciones comunales fueron la regla y transformaron la sociedad subordinando a los obispos y los príncipes a la burguesía, se extendió, al norte de la Isla de Francia, en las cuencas del Oise, del Aisne, del Somme, del Lys y del Escalda, que eran las comarcas más industriales y más comerciales de la Europa occidental, y allí, por consecuencia, debía nacer el nuevo estado social [...].

Al mismo tiempo que la organización comunal, se desarrollaba un movimiento de federación entre artesanos de una misma industria y participantes en el mismo tráfico. Solicitados por sus intereses solidarios, los mercaderes de una ciudad se asociaban a corresponsales de ciudades vecinas o lejanas: de ese modo nacía un cuerpo internacional, independiente de las condiciones de lengua, de gobierno y de costumbres. En cada una de las ciudades aliadas por el comercio en general o por tal especialidad, no teniendo la mayoría de los habitantes intereses comunes, continuaban ignorándose de mercado a mercado, mientras que de una parte y de otra los burgueses de la liga confraternizaban por tierra y por mar. Esta nueva vía, que penetraba el cuerpo de Europa y creaba para su uso un organismo nuevo, anunciaba un mundo futuro completamente distinto del que se había experimentado hasta entonces, regido por el papa o por el emperador, por los frailes o por los barones.

[...] Las ciudades de la Hansa, coaligadas para la defensa de sus intereses comerciales, solían considerarse como otras tantas repúblicas independientes de

la autoridad imperial y real, sometidas únicamente a la jurisdicción de los magistrados elegidos por sí mismas; los recintos, las fortificaciones regulares de que como otras ciudades se habían rodeado, las defendían contra el señor feudal; deseando la paz para el desarrollo de su comercio, imponían un reposo relativo a los señores feudales y a sus lansquenets. [...] Pero las divergencias impidieron a la liga desarrollarse en proporción al incremento de los cambios europeos. Careciendo del suelo necesario que hubiera podido servirle de punto de apoyo⁷⁸, quiso, no obstante, conservar el monopolio, reservándosele para siempre por medio de medidas prohibitivas, y hasta quiso limitar, en provecho de los mercados. El comercio es esencialmente móvil y todas las tentativas hechas para fijarle debían enemistar a los intermediarios, obligándoles a buscar nuevas vías. El tráfico se desplazó en gran parte, y la Hansa, herida de muerte, fue pereciendo gradualmente, absorbida por sus vecinas políticas.

Como lo habían presentado los representantes de la Iglesia, sacerdotes y frailes, cuando lanzaban sus apasionadas maldiciones contra el “execrable” municipio, los burgueses y los artesanos de las ciudades, que se coaligaban para la producción industrial y para la venta de sus mercancías, se desprendían necesariamente de la influencia eclesiástica e incluso acababan por serle hostiles. El suelo de los municipios ya no pertenecía más que en una mínima proporción a los capítulos o a los conventos; en algunas ciudades había sido reivindicado por completo; los sacerdotes no gozaban ya de ningún privilegio especial, y cuando se convertían en culpables de algún delito habían de comparecer como cualquier otro ciudadano ante los tribunales civiles. [...] Se llegó hasta prohibirles recibir las ofrendas y se les arrebató la enseñanza de los niños [...].

De ese modo, sobre el terreno de la ciencia, la sociedad laica y burguesa trabajaba incesantemente para desprenderse del yugo real de la dominación eclesiástica; el dominio del espíritu le pertenecía por derecho de conquista como el de los oficios, del tráfico y de las artes, Pero el derecho que da la fuerza no estaba siempre de su parte en sus luchas contra la nobleza, de cuya opresión quería librarse; las ambiciones de los hombres, alimentadas por la envidia y el rencor productos de la desigualdad social, hacían renacer constantemente la aristocracia, hasta cuando parecía vencida. Como las repúblicas italianas, las ciudades flamencas tuvieron que sufrir alternativamente la dominación del “pueblo flaco” y la del “pueblo gordo”. Las gentes de los linajes o *gestachten*, los patricios, llamados también los “hombres heredables”; trataban de acaparar todo, el suelo, los capitales, las funciones y los títulos. Hasta cuando las gentes del pueblo no osaban rebelarse directamente contra ellos, a lo menos se enardecían para negarse a trabajar, las huelgas o *takehans* se sucedían unas a otras muy numerosas, y hasta se vio al principio del siglo XIII agruparse las ciudades manufactureras en una especie de Hansa para defender los intereses de los patrones contra los obreros turbulentos o sospechosos. En el seno de los municipios se hallaba latente la “lucha de clases”, como en nuestros días en todas las naciones industriales. La gilda mercantil o manufacturera era una ruda señora respecto de los artesanos, y tenía gran cuidado de impedir a los pobres esa emancipación que, para sí misma, le había

78. Friedrich Ratzel, “Das Meer als Quelle der Voekergroesse”, p. 46.

parecido tan legítima. Los obreros estaban estrechamente vigilados por espías especiales, designados en Flandes bajo el nombre de *eswardeurs* (mirones). Los agentes de la guilda tenían el derecho de entrar a toda hora en todos los talleres, “porque la inviolabilidad del domicilio, proclamada por las cartas urbanas, no existía para el taller”. Se excitaba la delación, atribuyendo una parte de la multa al denunciante, y para que la vigilancia fuese más fácil, se obligaba al obrero a trabajar a la vista de los transeúntes, a su ventana o ante su portal⁷⁹. Como consecuencia, cada divergencia civil encontraba enseguida bandas armadas entre los obreros. Los combates ensangrentaban con frecuencia las calles de Brujas, de Gante, de Ypres y de Douai; todo pretexto, toda ocasión renovaba el conflicto.

Los municipios de la Edad Media, cualquiera que fuese su superioridad sobre el régimen feudal, contenían, pues, pues, en sí mismos, el germen de su propia muerte. Hubiesen podido durar mucho tiempo, o a lo menos evolucionar de una manera normal, si hubiesen presentado una perfecta unidad de sentimiento y de voluntad contra un enemigo común, pero estaban forzosamente divididos por la lucha de clases. Es muy verdad que los adversarios del exterior estaban también divididos, ¡pero eran tantos! Los municipios eran como islas diseminadas en un mar sin límites. Sobre los municipios burgueses, los reyes y los sacerdotes; debajo, los obreros y los campesinos. Y a causa de resultar estos perjudicados, aquéllos, los antiguos señores, habían de reconquistar el poder. La historia demuestra cuán metódica y rigurosa era la regla de las ciudades hanseáticas; cuán cuidadosa de la ganancia, estrecha e implacable con los que no pertenecían a la liga. El extranjero, para los hanseáticos, era una presa: no entraba al servicio a bordo de sus barcos; no se le confiaba la carga de ninguna mercancía; a toda costa había de evitarse que el menor beneficio se extraviara sobre un intruso. Y en cuanto a la turba de los campesinos, quedaba siempre separada de la ciudad, más por el desprecio de los ciudadanos que por las murallas y los fosos. ¡Cuántas veces las ciudades se entendieron con los señores, sobre la cabeza del campesino, “para ganar de ese modo preciosas alianzas” y se hicieron los peores enemigos de aquéllos que hubieran debido ser sus amigos naturales! Pero una victoria complicada de felonía acaba siempre por cambiarse en derrota; los señores a quienes los comuneros se habían confiado, volvían frecuentemente a la ciudad como peligrosos dictadores, sobre todo los que habían recibido el título de “coburgueses”, y que, aunque se les suponía iguales, se consideraban todavía como señores⁸⁰.

9.3. Fin de los municipios⁸¹

[...] En aquella época (Renacimiento) desapareció el municipio italiano, reemplazado en todas partes por el gobierno de un señor; una sola ciudad conservaba su forma republicana, Venecia, separada de tierra firme por las lagunas, y a la que las condiciones especiales de su política extranjera dotaban de una vida completamente diferente de las de otras ciudades italianas.

79. H. Pirenne, *Histoire de la Belgique*, t. I, ps. 255, 256.

80. Pierre Kropotkine, *L'Etat, son Rôle historique*.

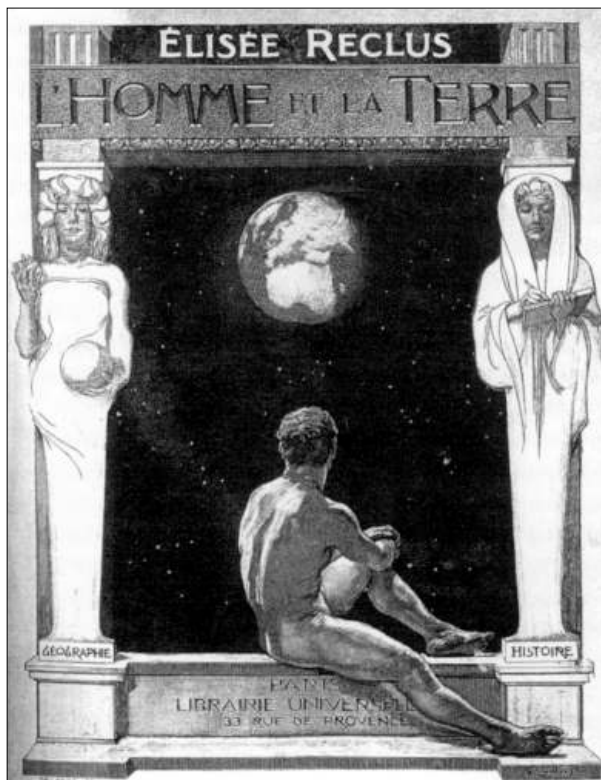
81. Extractos del Libro Tercero: *Historia Moderna*; tomo IV; capítulo XI: “Renacimiento”.

Las causas de la decadencia y de la ruina definitiva de los municipios de Italia son harto evidentes. Dividiéndose en castas enemigas, cada uno de ellos consume sus fuerzas en luchas intestinas, y, como ocurre siempre, la casta oprimida, cuando se presenta la ocasión, busca sus aliados en el exterior; la nobleza urbana se apoya en la nobleza extranjera; los ricos comerciantes establecen alianzas con los comerciantes poderosos de fuera; el pueblo recurre a las clases populares de las ciudades vecinas, a menos que, en su imprudencia, no introduzca dentro de sus murallas algún señor poderoso que halague sus pasiones, o aclame algún rico que distribuya con largueza su caudal. Cada casta no ve más que sus intereses particulares, y en las ciudades felices donde el equilibrio se ha establecido poco a poco, el municipio no tiene más ideal que él mismo, y no comprende que si no defiende la libertad de todos, la suya también está comprometida. Los ejemplos de más alta apreciación de las cosas son raros en los anales de las ciudades. [...] Pocas repúblicas fueron magnánimas en la comprensión de sus verdaderos intereses.

Y si los municipios estaban destinados a perecer en sus luchas intestinas, lo estaban también por las continuas guerras que sostenían contra las ciudades próximas. [...] El pueblo no quiso oír hablar de una federación de ciudades en la que todas tuvieran los mismos derechos.

Tantas eran las ocasiones de conflicto, que el municipio no tenía tiempo de pelear por sí mismo, y había de confiarse a especialistas, a gentes cuyo oficio consistía precisamente en alquilarse a un príncipe o a una ciudad para combatir en su lugar, ganar sus victorias o sufrir sus derrotas. El que sentía en sí la audacia precisa, el gusto por la rapiña y el genio de las aventuras, trataba de agrupar una banda de tunantes tan poco respetuosos como él de la vida humana y de los productos del trabajo, y cuando reunía su *condotta*, recorría el país en busca de ciudades que le confiriesen sus asuntos. Se vendía al mejor postor, y si el enemigo a quien combatía ayer le ofrecía más que su aliado de un día, cambiaba de partido y penetraba como vencedor en la ciudad que antes defendía. Jamás se decidió más bruscamente la lotería de la guerra, por golpes inesperados, como bajo el régimen de los *condottieri*. Alguno que llegó a convertirse en señor absoluto de un antiguo municipio libre se comportaba como una terrible fiera: éste trató de conformarse con la esperanza de que su hijo o algún rival afortunado fuera buen príncipe, generoso y magnánimo. Se vivió en la incertidumbre, bajo las ligaduras de la suerte, de acuerdo con el resultado de las batallas, de las traiciones y de las matanzas.

Pero el impulso de libertad que había constituido las repúblicas, los municipios y las ligas contra el feudalismo debía continuarse lógicamente hasta la emancipación del individuo, y el hombre del siglo XV trató de desprenderse de la sociedad ambiente para descubrirse en la plenitud de su fuerza y de su belleza. Se produjo una especie de paralelismo entre el período del Renacimiento italiano y la gran época de la floración helénica [...].



Frontispicio del ilustrador Frantisek Kupka para el primer tomo de *L'Homme et la Terre* (1905-1908), y motivo de la portada de sus seis volúmenes.

9.4. Distribución de los hombres⁸²

La geografía no es un dato inmutable, se hace y se rehace cada día, modificándose a cada instante por la acción del hombre (Élisée Reclus).

Horror y esplendor de las ciudades.- Inmigración de los campesinos.- Reparto de las ciudades.- Redes de etapas.- Crecimiento normal y anormal.- Originalidad de las ciudades.- Ciudades políticas, militares e industriales.- Organización urbana.- Higiene y arte.- Ciudades-jardín.

A la fuerza natural de atracción natural del suelo, que tiende a repartir normalmente a los hombres, a distribuirlos rítmicamente sobre la Tierra entera se agrega, en el mundo moderno, una fuerza del todo opuesta en apariencia, la que agrupa centenas de miles y hasta millones de hombres en ciertos puntos estrechos, alrededor de un mercado, de un palacio, de una plaza pública o de

82. Extractos del Libro Cuarto: *Historia Moderna*; tomo V; capítulo II: "Reparto de los Hombres"; pp. 357-400. La traducción de la versión española se ha contrastado y corregido con el original: tomo V, chapitre II: "Répartition des Hommes"; pp. 335-376. Aquí se incluyen únicamente los párrafos no incluidos en "La evolución de las ciudades" ni en sus notas a pie de página.

un parlamento. Ciudades, ya considerables al principio de la era de las vías férreas, se convierten en ciudades inmensas, en montones de casas alineadas, recorridas por una red infinita de calles y callejuelas, de bulevares y avenidas, sobre las que pesa de día una cúpula grisácea de humo, mientras que por la noche se eleva un resplandor que ilumina el cielo. Las Babilonias y las Nínives antiguas maravillaron a los pueblos, pero ¡cuánto más grandes, más complejas, más hormigueantes de materia humana y de máquinas prodigiosas son las Babilonias modernas, que unos maldicen y otros elogian! Rousseau, deplorando el envejecimiento de tantos campesinos que van a perderse en las grandes ciudades, llama a éstas “Golfos de la especie humana”, en tanto que Herder ve en ellas los “Campos atrincherados de la civilización”. He aquí cómo las juzga Ruskin⁸³, dirigiéndose a la ciudad que en nuestros días es la mayor y no la peor de todas, la capital del inmenso imperio británico:

Hacer dinero es el gran juego de los ingleses. Véase esa enorme, esa sucia ciudad de Londres, ruidosa, humeante, hedionda, feo montón de ladrillos recalentados que exhalan veneno por cada poro. ¿Imagináis que sea una ciudad de trabajo? ¡Ni una de sus calles! Es una gran ciudad de juego, pero un juego muy feo y laborioso y que, no obstante, no es sino un juego... Es una gran mesa de billar sin bayeta con bolsas tan profundas como el insondable abismo, pero billar al fin.

Es verdad; se justifican todos los vituperios de los que maldicen, pero también todas las exaltaciones de los que glorifican. ¿Cuántas fuerzas vivas se han extinguido por falta de aplicación, o se han destruido recíprocamente por el odio en esas ciudades de aire impuro, de mortales contagios, de luchas desordenadas! Pero también de esas reuniones de hombres han brotado las ideas, y allí se han originado nuevas obras y han estallado las revoluciones que han desembarazado a la humanidad de las gangrenas seniles. “Hay en el mundo una fermentación infernal”, exclama Barbier, y, por su parte, Hugó magnifica ese mismo París en versos entusiastas: “París es la ciudad madre... adonde para nutrirse de la idea acuden las generaciones”.

La obra múltiple de las ciudades, para bien o para mal, se prefigura en las pasiones y en la voluntad de las gentes que huyen del campo y de las pequeñas poblaciones en busca de una vida más amplia, y a veces el decaimiento y la muerte en una gran ciudad. Pero sin ocuparnos de los atrevidos innovadores que se dirigen voluntariamente hacia tal o cual Babilonia moderna, hay que tener en cuenta los innumerables que son conducidos hacia los centros de población, y depositados allí como aluviones que arrastrara la corriente para abandonarlos sobre las playas: los campesinos despojados jurídicamente de su tierra por la conveniencia de algún gran propietario o por el capricho del señor que transforma sus campos en pastizales o terrenos de caza; los sirvientes rurales que la gente de la ciudad atrae a sus casas; las nodrizas que amamantan a los niños reemplazando a las madres; los obreros, soldados, empleados y funcionarios a quienes se asigna una vivienda en la gran ciudad y, en general, todos los que, obedeciendo a unos amos o al amo más imperioso que es la necesidad económica, incrementan forzosamente la población urbana.

83. *The Crown of the wild Olive*, pp. 31-32. Edic. de 1897.

De burla puede calificarse el lenguaje que emplean los propietarios moralistas que aconsejan a los campesinos quedarse sujetos a la tierra, mientras que por sus mismas exigencias les desarraigan y les crean condiciones de vida que les obligan a huir hacia la ciudad ¿Quién suprimió los comunales, quién redujo y después abolió completamente los derechos de uso, quién roturó bosques y eriales, privando así al campesino del combustible necesario? ¿Quién cercó la propiedad para marcar bien la constitución de una aristocracia territorial? Y después, cuando nacieron las grandes industrias, ¿dejó acaso el propietario de dirigirse al pequeño hilador del campo y a los humildes fabricantes de la villa? ¿Qué tiene de extraño que la huida hacia la ciudad sea inevitable cuando el campesino no tiene ya tierras comunales, cuando las pequeñas industrias han llegado a faltarle, cuando los recursos disminuyen al mismo tiempo que se incrementan las necesidades y las ocasiones de gastos? Cuando el dueño ya no utiliza de modo permanente la mano de obra agrícola, ésta se ve forzada a desterrarse, condenada por la falta de trabajo. Cuando el propietario necesita muchos brazos para la siega o la vendimia, ya no se dirige a los antiguos clientes de su tierra, sino a la gente del “ejército ambulante”, a los irlandeses, los flamencos, a los *gabachos*, a trabajadores desconocidos que vienen no se sabe de dónde, de quienes se ignoran el lugar natal, la lengua, las costumbres y que desaparecen sin dejar rastro.

Así pues, el gran número de los inmigrantes atraídos hacia el torbellino de las ciudades obedece a una ley más poderosa que su voluntad; su capricho personal no tiene más que una parte muy secundaria en la fuerza que le ha incitado. En cuanto a la proporción, relativamente poco considerable, de los fugitivos del campo que se dirigen voluntariamente hacia las ciudades, se descompone en elementos de valor muy desigual, porque si cada uno quiere buscar allí su alegría, su interés y una satisfacción más intensa que su vida pasional, este ideal varía absolutamente según los individuos, y los hay que se dejan llevar por una especie de obsesión en apariencia inexplicable. Admira ver en las montañas del Jura, en los Pirineos o en los Cevennes algunas casitas admirablemente situadas, cuyos propietarios legales las dejan arruinarse, pese a todas las ventajas que podrían hacerlas dignas de ser conservadas y estimadas. A su lado, sombreando el techo, se alza el árbol patrimonial; un manantial de agua pura brota en un repliegue del prado; todo cuanto se ve desde el umbral, el huerto, los prados, los campos y bosquecillos pertenecían y pertenecen aún a la familia; ésta se compone solamente de una pareja de ancianos que procuran utilizar la fuerza que les resta en el cultivo de su hacienda y en el cuidado del hogar; pero todo perece, el pantano invade el prado, la mala hierba crece en las calzadas y los arriates del jardín, las cosechas disminuyen de año en año, y los techos se hunden sobre las granjas y los graneros. Cuando los viejos ya no estén, la casa se desplomará. Pero, ¿acaso no tienen familia, hijos, nietos o sobrinos que puedan continuar la obra de los abuelos, tal como éstos la continuaron? Tienen un hijo, es cierto, pero este hijo desprecia la tierra: se ha hecho gendarme en alguna ciudad lejana, complaciéndose en recoger borrachos o en formular “procesos verbales”. Cuando sus padres no fallezcan, no sabrá qué hacer de los campos patrimoniales; se volverán baldíos hasta que los compre algún gran señor o mejor dicho los reciba casi gratuitamente para aumentar sus terrenos de caza.

Si tales fueran las únicas causas del prodigioso crecimiento de las ciudades, se convertirían en lacras sociales y se tendría pleno derecho a maldecirlas, como lo hicieron los profetas de Israel respecto a la antigua Babilonia. Esas ciudades [...] serían en efecto monstruos, vampiros gigantescos que chupan la vida de los hombres; pero todo fenómeno es complejo. Si los peores, los depravados y los decadentes van a consumirse o a pudrirse más pronto en un medio furioso de placer, o ya delicuescente, los mejores, aquellos que quieren aprender y buscar ocasiones de pensar, de mejorar, de engrandecerse como escritores, como artistas y aun como apóstoles de alguna verdad, los que se dirigen piadosamente hacia los museos, las escuelas, las bibliotecas y reavivan su ideal al contacto de otros hombres igualmente prendados de grandes cosas, ¿acaso no son también inmigrantes de las grandes ciudades, y no es gracias a ellos continúa rodando el carro de la civilización humana a través de las edades? [...]

Antes de haberse parado a reflexionar, puede fácilmente imaginarse que las ciudades se hayan distribuido por casualidad, y muchas tradiciones nos hablan de fundadores de ciudades que se ponían en manos del destino para la elección del terreno donde habrían de establecerse los hogares domésticos y donde se elevarían las murallas protectoras: del vuelo de las aves, de la parada de un ciervo perseguido, del choque de un barco contra la costa se hace depender la construcción de una ciudad. La capital de Islandia, Reykjavik, nació por voluntad de los dioses⁸⁴. En 874, cuando el fugitivo Ingólfr, al llegar a la vista de Islandia, lanzó al mar las imágenes de madera que representaban los ídolos del hogar, trató de seguirlos, pero en vano, porque los perdió de vista, y se vio obligado a fundar en la orilla un campamento provisional hasta que, tres años después, encontró las maderas sagradas cerca de las cuales trasladó su ciudad, tan ventajosamente situada como puede estarlo en aquel temible “País de los Hielos”.

[...] Y Toulouse, metrópoli del mediodía de Francia, ¿no ocupa un lugar que el dedo de un niño hubiera podido señalar de antemano como punto de cita de pueblos, lugar donde comienza la navegación fluvial⁸⁵, debajo de la confluencia del alto Garona, del Ariege y del Lers? En los dos ángulos occidentales de Suiza,

84. Labonne, en: *Annuaire du Club Ipin*, 1886.

85. N. del T.- Sin embargo, Reclus es muy consciente de que otros factores geográficos pueden prevalecer sobre éste como determinantes de la ubicación primigenia de los núcleos de población, apartándolos de un importante curso fluvial. Y así lo hace notar en H. T., t. I, cap. I, pp. 85-86: “Hay todavía gran número de ríos, sobre todo en las regiones tropicales, de vegetación frondosa, que son forzosamente evitados por las tribus ribereñas de los poblados de bateleros; en otros tiempos, antes de que comenzara el trabajo de arreglo del planeta, la mayor parte de los cursos de agua, incluso los que tuvieron después mayor influencia en los destinos de la humanidad, como el bajo Eúfrates, el Nilo y el Yangtse, fueron durante mucho tiempo inabordables para los habitantes de las tierras emergidas. Green [John Richard Green, *The Making of England*] cita el ejemplo de los ríos de Inglaterra, que han tenido una importancia tan considerable en el organismo nacional y de los cuales se apartaban los ribereños cuidadosamente antes de la época romana y la de los pueblos marinos invasores: las antiguas ciudades estaban edificadas sobre las colinas del interior, lejos de los pantanos y de los bosques que bordean las aguas corrientes. Así es como Viena, una de las ciudades más grandes del mundo, ha huido, durante mucho tiempo de las márgenes del Danubio, casi hasta nuestros días. Sobre las márgenes del sinuoso Rin, retorciéndose como una serpiente cortada, Schifferstad, una “ciudad de bateleros” hubo de establecerse incluso lejos del río, sobre “un ribazo ribereño”.

Basilea y Ginebra están situadas en la encrucijada de las grandes vías seguidas por los pueblos emigrantes, y, sobre la vertiente meridional de los Alpes, todos los valles sin excepción tienen a su puerta de salida una ciudad guardiana; poderosas ciudades, Milán y muchas otras, marcan los puntos de convergencia, y el alto valle del Po, constituyendo los tres cuartos de un círculo inmenso, tiene como centro natural la ciudad de Turín.

Sobre el curso inferior del río, la fundación de ciudades se determina por condiciones análogas a las del medio: en la conjunción de dos corrientes o sobre el punto de bifurcación de tres o cuatro vías navegables o de rutas naturales que se presentan a la vez, en lugar de las dos únicas de aguas arriba y abajo. Aparte de otros grupos que se fijan en las escalas de paro necesarias, rápidos, cascadas, desfiladeros rocosos, donde atracan las barcas, allí donde se transbordaban las mercancías; la parte estrecha de los ríos, allí donde el paso entre orillas se hace con facilidad, están también indicados como solar de villa o ciudad, si otras ventajas se agregan a las que ofrece la angostura fluvial. Tal curva bien marcada de un río, aproximando su valle a un gran centro de actividad situado en otra cuenca, pueden reunir también los hombres en gran número. Así se edificó Orleans en la orilla derecha del Loira, que se desarrolla más al Norte en la dirección de París, y Tzaritsin se halla en el sitio en que el Volga se acerca al Don. En fin, sobre cada río, el punto vital por excelencia es el sitio, próximo a la desembocadura, donde la marea alta viene a detenerse y sostener la corriente superior y donde las embarcaciones, conducidas por la corriente de agua dulce, encuentran naturalmente a las del mar bogando con el flujo. En la organización hidrográfica, ese lugar de encuentro puede asimilarse al cuello del árbol, entre el sistema de vegetación aérea y el de las raíces profundas; tal es la forma natural del gran puerto europeo en los mares de marea: Hamburgo o Londres, Amberes o Burdeos.

Los recortes del litoral influyen también en la distribución de las ciudades. Ciertas costas arenosas apenas curvadas, inaccesibles a los navíos, a excepción de los días de calma chicha, se evitan en la medida de lo posible tanto por el hombre del interior como por el marino que se aventura en el Océano. Así por ejemplo: en la costa de 220 kilómetros de longitud, que se perfila en línea recta desde el estuario del Gironda hasta la desembocadura del Adour, no existe otra ciudad que la pequeña Arcanchón, simple estación balnearia y lugar de veraneo, situada detrás de la playa, dentro de las murallas formadas por las dunas del cabo Ferret. Así también los formidables cordones litorales que bordean las Carolinas, a lo largo del Atlántico, no dan acceso, entre Norfolk y Wilmington, más que a pobres pueblecillos que sostienen entre sí con gran dificultad un peligroso tráfico. En otras regiones costeras, islas, islotes, rocas, promontorios y penínsulas, que multiplican los mil recortes, calas y ensenadas, impiden también el nacimiento de las ciudades, a pesar de las ventajas que presentan las aguas profundas y bien resguardadas. La violencia de una naturaleza atormentada no permite más que a un corto número de hombres agruparse allí cómodamente. Los sitios más favorables son aquellos en que la costa, bajo un clima templado, es accesible a la vez desde el exterior y desde el interior para toda clase de vehículos, barcos y carruajes.

Por contraste con la costa rectilínea de las Landas, casi desprovista de villas y ciudades, puede citarse el litoral del Mediterráneo languedociense entre el delta del Ródano y la desembocadura del Aude. En esta región, los centros de población considerable se aproximan más de lo que constituye el término medio en el resto de Francia, aunque la densidad kilométrica de los habitantes no excede la normal del conjunto del territorio. La razón de ese collar de ciudades debe buscarse en la disposición geográfica de la comarca. La ruta que seguían los italianos para dirigirse a España o a Aquitania evitaba lo mismo las montañas abruptas del interior que los pantanos, los lagos salinos y las bocas fluviales de la costa. La parte alta, abrupta, muy débilmente poblada, casi inhóspita, que limita al Sur el muro de los Cevennes, comienza en las mismas inmediaciones del mar, y, por consiguiente, el movimiento de la historia fue rechazado hacia la ruta del litoral mediterráneo. Por otra parte, el comercio había de buscar lugares de acceso, sea en la desembocadura de los ríos, la del Aude o la del Herault, o bien en una curva protegida artificialmente por escolleras. Por efecto de esas necesidades se fundaron: Narbona, que tuvo su período de potencia mundial cuando era la más populosa de las Galias; Beziers, que fue próspera en tiempos de los fenicios; Agde, la ciudad griega, a la que ha sucedido en importancia Cette, otra ciudad de origen helénico; o Montpellier, la capital intelectual del Midi, donde los musulmanes y los judíos fueron los precursores del Renacimiento. Al otro lado se estrechan todavía las ciudades, y la antigua Nimes, asentada al borde de su fuente, concierta con el curso del Ródano por las tres ciudades de Aviñón, Beaucaire y Arles.

[...] ¡Qué cambio tan rápido se operará en la distribución de las ciudades cuando el hombre domine la aviación y la aeronáutica! Así como ahora busca en la orilla del mar sitios favorables para expedir y recibir los barcos, así también se sentirá naturalmente atraído como el águila hacia las altas cimas desde donde su mirada abarque lo infinito del espacio.

[...] En el desarrollo de las ciudades, ocurre muy frecuentemente que el crecimiento o declive de esos grandes organismos se efectúa de acuerdo con un movimiento muy irregular, por golpes, que determinan evoluciones rápidas de la historia. Así pues, tomando una vez más a Londres como ejemplo, vemos que en su origen las ventajas locales de dicha ciudad, aunque teniendo una cierta importancia, no eran de naturaleza tal como para procurarle el rango que ha adquirido entre las demás ciudades. Ciertamente su posición, en una llanura bien delimitada al norte por colinas protectoras, a la orilla de un gran río y en su confluencia con una pequeña corriente, precisamente en el sitio mismo donde el vaivén de la marea facilitaba la navegación, el embarque y desembarque de las mercancías, todas esas condiciones eran de lo más favorable a Londres para hacerla prevalecer en su lucha por la existencia con las demás ciudades de Inglaterra, pero esos privilegios locales no adquirieron su verdadero valor sino cuando los romanos hubieron escogido esa posición para hacer de ella el centro de convergencia de las rutas trazadas en todos los sentidos en la mitad meridional de la gran isla. La Roma británica debía elevarse en el lugar escogido como punto central de la red. Pero cuando las legiones romanas tuvieron que abandonar Albión y todas las "rutas altas", *higs streets*, construidas entre los puestos

militares y el puerto de la región, fueron abandonadas, Londinium perdió por eso mismo toda su importancia y no fue ya más que una simple ciudad de Britania, reducida, como tantas otras, a sus ventajas puramente locales, y durante doscientos años permaneció completamente ignorada por la historia⁸⁶. Fue preciso que se restablecieran las relaciones con el continente para que la posición de Londres recuperase su valor.

[...] Cada ciudad... constituye una personalidad colectiva cuya impresión sobre el ser aislado es mala o buena, hostil o benévola. Pero la ciudad es también un personaje muy complejo, y cada uno de sus diversos barrios se distingue de los otros por un carácter particular. El estudio lógico de las ciudades, a la vez en su desarrollo histórico y en la fisonomía moral de sus edificios públicos y privados, permite juzgarlos como se juzgarían unos individuos: se observa cuál es la dominante de su carácter y hasta qué punto, en la complejidad de sus influencias, han sido útiles o funestas al progreso de las poblaciones que se han hallado en el radio de su actividad. Hay ciudades que se perciben a primera vista consagradas al trabajo, pero que susceptibles de contrastar singularmente entre sí, según el funcionamiento normal o patológico dado a las industrias locales, que se desarrollan en condiciones de paz, de igualdad relativa y de tolerancia mutua; o bien que se ven arrastradas por los torbellinos de una furiosa competencia, de una especulación caótica y de una explotación feroz de la clase proletaria. Otras ciudades se muestran a primera vista superficiales, burguesas, rutinarias, sin originalidad, sin vida; otras han sido edificadas para la dominación, para la opresión de los países circundantes, y son instrumentos de conquista y opresión, a cuya vista se experimenta una sensación de temor o de horror espontáneo. Hay otras además, de aspecto siempre viejo, aun en sus partes modernas, lugares de sombra, de misterio o de miedo, donde uno se siente penetrado de los sentimientos de otra edad, en tanto que hay ciudades eternamente jóvenes que predisponen a la alegría, donde las casas son alegres como los habitantes, de aspecto poético, añadiendo su propia vida a la del hombre. En fin, ¡cuántas ciudades de aspectos múltiples, donde cada clase social encuentra barrios que se le asemejan y en las que los siglos no modifican sino muy lentamente la actitud y el lenguaje! ¡Y cuántos lugares lamentables ante los que quisiéramos llorar!

[...] El gran arte consiste en transformar la ciudad nueva para adaptarla a las necesidades del trabajo moderno, conservando todo lo que tuvo de pintoresco, de curioso o de bello en los siglos pasados; es preciso saber conservar en ella la vida y darle la salubridad y la utilidad perfectas, del mismo modo que unas manos piadosas restablecen la salud de un enfermo. Así es como en la ciudad de Edimburgo unos hombres inteligentes, a la vez artistas y sabios, emprendieron la restauración de la admirable calle de High-Street, que desciende de la fortaleza al palacio de Holyrood, uniendo las dos células principales de la antigua ciudad. Abandonada repentinamente, cuando la marcha a Inglaterra del rey Jacobo, por los parásitos de la corte, chambelanes, militares, hombres de placer, proveedores y hombres de ley, esta avenida de casas ricas cambió de habi-

86. Gomme, *Village Communities*, pp. 48 y 51; Green, *The Making of England*, p. 118.

tantes; los pobres hicieron de ella su morada, acomodando lo mejor posible las grandes salas, dividiéndolas por medio de tabiques groseros. Dos siglos después de la deserción de aquella calle, se había convertido en un conjunto de caserones con patios nauseabundos, de rincones invadidos por las fiebres: la población, vestida con harapos insanos, siempre manchados de lodo, se componía en gran parte de enfermizos, escrofulosos y anémicos. A los vicios elegantes de la corte habían sucedido los vicios con toda su pública repugnancia. Contra esas horribles sentinas dirigieron sus ataques los restauradores transformando gradualmente cada casa, restableciendo las escaleras de anchas rampas y las salas de chimeneas monumentales, introduciendo en todas partes grandes oleadas de aire puro y de luz, a la vez que conducían agua abundante al último desván y colocaban bajorrelieves y adornos en las desnudas paredes del edificio. Lo pintoresco de las construcciones se conservó con respeto y hasta se aumentó con torres, azoteas y miradores, despojado todo del horrible acompañamiento de la basura y de la hediondez; [...].

Pero en una sociedad donde los hombres no tienen el pan seguro, donde los miserables y hasta los hambrientos constituyen todavía una gran proporción entre los habitantes de cada gran ciudad, la reforma de los barrios insalubres no pasa de ser un bien a medias, porque los desgraciados que los habitaban se ven expulsados de sus antiguos tugurios y forzosamente han de buscar otros en los suburbios adonde llevarán sus emanaciones envenenadas [...].

¡Cuántas ciudades están todavía muy lejos de este tipo de salubridad y de estética futuras! Un diagrama, publicado en el anuario de Petersburgo para el año 1892, proporciona un impresionante ejemplo del consumo de vidas humanas de aquella capital: partiendo del año 1754, época en que la población de Petersburgo era de 150.000 individuos, la curva de acrecentamiento se eleva en 126 años a 950.000 personas, en tanto que la curva de población hipotética, calculada según la mortalidad y sin contar a los inmigrantes, desciende a 50.000 por debajo de cero. La natalidad sobrepasa algo la mortalidad hasta 1855, año de la “gran limpieza”. ¡Cuántas ciudades en el mundo, como Budapest, Lima, Río de Janeiro⁸⁷, estarían aún en vías de rápida decadencia si no vinieran los campesinos a llenar los vacíos dejados por los muertos! Si los parisienses se extinguen al cabo de dos o tres generaciones, cúlpese al olor pernicioso de la ciudad; si los judíos polacos son declarados inútiles como reclutas en mayor número que los jóvenes de otras nacionalidades, cúlpese a las ciudades en que vegetan pobremente en el *ghetto*.

¡Cuántas aglomeraciones existen cuyo cielo parece un velo funerario! Penetrando en una ciudad ahumada, tal como Manchester, o Seraing, Essen, Le Creusot o Pittsburgh, se ve que las obras de los liliputienses humanos empañan

87. N. H. T., t. VII, pp. 281-282: “Hasta la mitad del siglo XIX, la ciudad más populosa del continente Sud-Americano fue Río de Janeiro, que debe su rango a la excelencia de su puerto, a la maravillosa belleza de los valles que la rodean, a la proximidad de montañas salubres y del rico valle de Parahyba; pero no ha podido conservar su preeminencia a causa del suelo pútrido, donde los inmigrantes habían establecido sus viviendas y desde donde se propalaban frecuentes fiebres devoradoras”.

la luz, y profanan la hermosura de la naturaleza. Una pequeña cantidad de carbón escapado de la combustión, formando un velo continuo de una fracción de milímetro de espesor⁸⁸, basta, sobre todo si se alía a la niebla, para contrapesar la luz solar. La atmósfera opaca que a veces pesa sobre Londres se ha hecho justificadamente célebre.

Además del problema del humo, hasta cierto punto fácil de resolver, el saneamiento de los centros urbanos suscita otros muchos. El sistema de evacuación de las aguas negras y de la basura doméstica, la depuración de las aguas de cloaca, ya sea mediante procedimientos químicos, sea por su uso racional en agricultura, distan mucho de haber recibido soluciones satisfactorias o aceptadas; es más, demasiadas municipalidades parecen no inquietarse por dichas cuestiones. La elección de un suelo firme para el tránsito rodado que no produzca polvo ni lodo y la organización eficaz de los transportes colectivos tienen también su influencia sobre la salud general.

Numerosos indicios demuestran que el movimiento de afluencia que lleva hacia las ciudades la población de los campos puede detenerse y aun transformarse en un movimiento de reflujo. En primer lugar, la carestía de los alquileres urbanos conduce naturalmente a los trabajadores a fijar su residencia en los suburbios, y los jefes de industria tienen interés en favorecer el éxodo, puesto que ha de producir la baja en los precios de la mano de obra. La bicicleta, los tranvías de servicio matinal y los trenes obreros han permitido a miles de trabajadores y empleados de corto sueldo alojarse, con alguna ventaja pecuniaria en un ambiente menos cargado de ácido carbónico. Debido a esa facilidad, en Bélgica, los municipios rurales de muchos distritos han conservado su población gracias a la extensión de los "cupones semanales". En 1900 no se contaban menos de 150.000 obreros que residían por la noche y el domingo en su pueblo y cada día de la semana iban a trabajar hasta 50 kilómetros de distancia—mediante el abono semanal de 2,25 francos—, en una fábrica o manufactura de alguna ciudad alejada. Pero tal solución es bastarda, puesto que el jefe de familia se agota en largos trayectos, con malas comidas, en cortos reposos nocturnos, aparte de que el saneamiento de las aldeas suscita los mismos problemas que el de las ciudades⁸⁹.

Y esto no es todo: la electricidad que proporciona el agua corriente tiende a reemplazar al carbón y a distribuir las fábricas a lo largo de los ríos. Es así como hemos visto a la ciudad de Lyon, pese a su potente atracción mediante el trabajo y el florecimiento artístico, disminuir sin embargo en varios miles de habitantes por año, no por falta de prosperidad, sino al contrario, porque sus ricos tejedores y otros industriales habían extendido su dominio de actividad por todos los departamentos vecinos hasta los Alpes, en busca de cascadas o rápidos que les proporcionaran la fuerza motriz necesaria.

88. Ch. Dufour, *Bulletin de la Soc. Vaudoise des Sciences Naturelles*, junio-septiembre 1895, p. 145.

89. Emile Vandervelde, *L'Exode rural*.

[...] A este programa pretende responder la ciudad-jardín. Y, de hecho, industriales inteligentes y arquitectos innovadores han logrado crear en Inglaterra, donde el tugurio urbano era de lo más horrible, un cierto número de centros de condiciones perfectamente sanas, tanto para el pobre como para el rico. Port-Sunlight, Bourneville y Letchwort contrastan cierta y felizmente con los *slums* de Liverpool, de Manchester y otras ciudades análogas, y los índices de mortalidad de esas localidades rivalizan por su débil tasa con las de los barrios más suntuosos de nuestras capitales –10 ó 12 defunciones anuales por cada 1.000 habitantes-; pero resultan siempre privilegiados los que habitan las ciudades-jardín; la buena voluntad de los filántropos no basta para conjurar las consecuencias del antagonismo que existe entre el capital y el trabajo.

No es indispensable recurrir a esas creaciones de nuestra época para encontrar notables pruebas del anhelo de belleza que sentían algunas ciudades antiguas, el cual únicamente se satisface por la formación de un conjunto armónico. Pueden citarse especialmente las municipalidades de los polabos, gentes de origen eslavo que viven en la cuenca del Jeetze, afluente hanoveriano del Elba. Allí están todas las casas dispuestas a distancias proporcionadas alrededor de una gran plaza ovalada, en la cual se hallan un pequeño estanque, un bosque de encinas o de tilos, algunas mesas y asientos de piedra; cada vivienda dominada por un alto caballete, vuelve su fachada hacia la plaza y presenta sobre su puerta una inscripción biográfica y moral. El verdor de los jardines exteriores se despliega en un hermoso círculo de árboles, únicamente interrumpido por el camino que une la plaza a la carretera general; sobre esa línea de unión con las otras villas se han construido la iglesia, la escuela y la posada⁹⁰.

La población se halla concentrada de tal modo en algunas grandes ciudades, que pasa de 1.000 habitantes por hectárea, principalmente en algunos distritos de París; en Praga las multitudes se apretujan aún más; en Nueva York, en 1896, la pululación de seres humanos alcanzó su mayor densidad, 1.860 individuos por hectárea en una extensión de 130 hectáreas⁹¹. Alrededor de las ciudades que el ramo militar no ha rodeado de una marca prohibida a la edificación, la campiña misma se cubre de villas y de casas. Atraídos hacia lo que es su centro natural, los agricultores se aproximan cada vez más al macizo continuo de construcciones y forman en su derredor un anillo de población densa; obligados, en consecuencia, a conformarse con menor espacio para su habitación y sus cultivos, se entregan a un trabajo más intensivo; de pastores se convierten en labradores, y de labradores en hortelanos. Los mapas demográficos muestran bien ese fenómeno de la repartición anular de los campesinos transformándose en horticultores. Es así como la ciudad de Bayreuth está ceñida por una zona donde la densidad de la población es de 109 habitantes por kilómetro cuadrado. Alrededor de Bamberg, la densidad kilométrica alcanza la cifra de 180 individuos y el terreno sobre el que se ha concentrado esta muchedumbre era en su origen de escasísimo valor; mezcla de arena y de turba, sólo convenía

90. Dr. Tetzner, *Globus*, 7 abril 1900.

91. Lawrence Corthell, *Revue Scientifique*, 27 junio 1896, p. 815.

antes al crecimiento de coníferas; actualmente se ha transformado en un suelo incomparable para la horticultura⁹². En la región mediterránea sucede que el amor a la ciudad, en lugar de poblar la campiña de suburbios, la despuebla por el contrario. El gran privilegio de poder discutir los intereses públicos, por tradición, ha convertido a todo el mundo en ciudadanos. El llamamiento al ágora como en Grecia, de la vida municipal como en Italia, atrae a los habitantes hacia la plaza central donde se debaten los asuntos comunes, más aún en los paseos públicos que entre las sonoras paredes del Ayuntamiento. Es así como en Provenza, el pequeño propietario, en vez de habitar en sus campos, sigue siendo ante todo un “urbano” inveterado. Aunque posee su casa de campo o una quinta, no se instala en esa vivienda rural, sino que reside en la ciudad, desde donde puede ir, paseando por el camino que sirve de enlace, a visitar sus árboles frutales y a recoger la cosecha. Los trabajos del campo son para él cosa secundaria⁹³.

Por un movimiento de reacción muy natural contra el espantoso consumo de hombres, el envilecimiento de los caracteres y la corrupción de tantas almas cándidas que se mezclan y confunden en el “crisol infernal”, algunos reformadores proponen la destrucción de las ciudades, la vuelta voluntaria de la población hacia el campo. No hay duda que en una sociedad consciente, que quisiera resueltamente el renacimiento de la humanidad por la vida rural, esa revolución sin precedente sería estrictamente posible, puesto que evaluando en cien millones de kilómetros cuadrados solamente la superficie de las tierras de residencia agradable y sana, dos casas por kilómetro cuadrado, capaz cada una para siete u ocho habitantes, bastarían para albergar a la humanidad; pero la naturaleza humana, cuya ley primera es la sociabilidad, no se acomodaría a esa dispersión. Verdad es que necesita el rumor del viento que agita los árboles y el murmullo de los arroyos, pero también la asociación con algunos y con todos: el globo entero es para la humanidad una ciudad enorme, la única que puede satisfacerle.

Actualmente nada permite presumir que esas prodigiosas aglomeraciones hayan alcanzado su mayor extensión imaginable; al contrario. En los países de colonización nueva, donde la agrupación de los hombres se ha efectuado espontáneamente, de manera que concordara con los gustos y los intereses modernos, las ciudades tienen una población proporcionalmente más considerable que las aglomeraciones urbanas de viejas regiones de Europa, y algunos de los grandes focos de atracción tienen más del cuarto o del tercio, a veces casi la mitad de los habitantes del país. Comparada con el conjunto de su círculo de atracción, Melbourne es una ciudad mayor que Londres, porque la población circundante es más móvil, y no hay que arrancarla, como en Inglaterra, de los campos donde estaba enraizada desde hacía siglos. Sin embargo, este fenómeno excepcional de plétora en las ciudades australianas proviene en gran parte del reparto del territorio de las campiñas en vastos dominios donde los inmigrantes no han encontrado lugar, habiendo sido expulsados desde los latifundios

92. Chr. Sandler, *Volks-Karten*, p. 1.

93. Edmon Demolins, *Les Français d'aujourd'hui*, pp. 106-107.

hacia las capitales⁹⁴. Sea lo que fuere, el trabajo de trasplante se hace cada vez más fácil, y el crecimiento de Londres podrá efectuarse incesantemente con un mínimo gasto de fuerzas. Al principio del siglo XX, esta ciudad apenas tenía una séptima parte de la población de las Islas Británicas; no es de ninguna manera imposible que adquiera también el tercio o el cuarto de los habitantes del país, con mayor motivo si se considera que Londres no es solamente el centro atractivo de la Gran Bretaña y de Irlanda, sino también el principal mercado de Europa y de una gran parte del mundo colonial. Una aglomeración próxima de diez, de veinte millones de hombres en la cuenca inferior del Támesis, en la embocadura del Hudson, o en cualquier otro lugar de atracción, no tendría nada de imposible, y tal vez hemos de prepararnos para esta idea como un fenómeno normal de la vida de las sociedades.

El crecimiento de los grandes focos de atracción no se detendrá sino cuando se establezca el equilibrio entre el poder atractivo de cada centro sobre los habitantes de los espacios intermedios. Pero entonces no se detendrá el movimiento, sino que se transformará cada vez más y más en ese incesante intercambio de población entre las ciudades que se observa ya y que puede ser comparado al ir y venir de la sangre en el cuerpo humano. Sin duda alguna, el nuevo funcionamiento dará origen a nuevos organismos, y las ciudades, tantas veces renovadas ya, tendrán que renacer aún bajo nuevos aspectos en concordancia con el conjunto de la evolución económica y social.

9.5. Distribución de la población americana⁹⁵

[...] La distribución de los habitantes y la de los recursos materiales, se ha operado naturalmente de una forma muy desigual en el inmenso territorio de los Estados Unidos. Entre las dos zonas litorales del Atlántico y del Pacífico viene efectuándose un trabajo de nivelación para facilitar las relaciones con el mundo exterior, pero la intensidad de la fuerza vital continúa perteneciendo ciertamente a las costas que dan frente a Europa, la madre patria de los colonos, el origen

94. J. Denain-Darrays, *Questions diplomatiques et coloniales*, 1º febrero 1903. N. H. T., t. VII, p. 212: “[...] la aristocracia territorial obtuvo el resultado de que no exista clase campesina en Australia. Tampoco hay hortelanos, si no es alrededor de las ciudades, donde algunos chinos producen legumbres para el consumo local, y el Estado de Victoria, donde los suburbios de Melbourne se han convertido en una gran huerta. Ese régimen de la propiedad de las tierras de Australia es una de las razones por las que la población se ha hecho casi exclusivamente urbana: hay ciudad, como la de Melbourne, que contiene cerca de la mitad de todos los habitantes de la colonia de la que es capital. Pero si los grandes propietarios de Australia han conseguido conservar el pleno dominio del territorio y prohibírselo a los trabajadores como domicilio permanente, éstos, esquiladores de ovejas y otros, deben a su género de vida costumbres casi comunistas, que, en una lucha social, podrían darles una fuerza irresistible, contra los especuladores sobre el trabajo. Obligados durante la temporada del esquila a salir de las ciudades en multitudes y a viajar rápidamente hacia los pastos lejanos, han debido asociarse para asegurar en el camino el suministro de víveres. En el sitio mismo de su tarea regular se albergan en largas y altas cabañas donde se cuelgan tres filas de camas como alrededor del entrepuente de un buque, y sus comidas se realizan siempre en común”. [...]

95. Extractos del Libro Cuarto: *Historia Contemporánea*; tomo VI; capítulo VI: “El Nuevo Mundo y la Oceanía”, epígrafe “Reparto de la población americana”; pp. 94-108.

de su vida civilizada. En general, puede decirse, que la distribución de los hombres es proporcional a las condiciones del suelo y del clima que, en esas regiones pueden clasificarse en cierto orden: llanura, montaña o meseta, abundancia de lluvia o sequía, riqueza o pobreza del suelo en productos agrícolas o mineros, proximidad o alejamiento de los mercados o puertos de expedición; más, a pesar de la extrema movilidad que la red de comunicaciones fáciles da a los habitantes, la importancia primitivamente adquirida por las colonias del litoral atlántico durante trescientos años de población les ha dado una enorme ventaja sobre los países del interior y sobre la vertiente del Pacífico. Puede decirse que esa ventaja originaria de la colonización se reproduce de día en día, sobre aquellas costas, puesto que los barcos aportan sin cesar nuevos inmigrantes, una parte considerable de los cuales –un tercio por término medio– se queda en los estados inmediatos al punto de desembarco. Por ese lado, el Océano, aunque muy ancho, de 4 a 5.000 kilómetros, carece de las inmensidades del Pacífico y su travesía es relativamente fácil, por la fachada atlántica de los Estados Unidos donde el Nuevo Mundo se encara con el Antiguo.

Boston, la ciudad principal de los Estados Unidos del Nordeste, conocidos con el nombre de Nueva Inglaterra, es uno de esos lugares de inmigración que pueden calificarse como muy antiguos, puesto que los *peregrinos* se establecieron desde 1630 en la isla que constituye el núcleo primitivo de la aglomeración; es posible que los normandos hayan dejado algunos vestigios de su paso sobre las márgenes de uno de los ríos que desembocan en la bahía.

Con un excelente puerto ramificado en lagos naturales, Boston ha podido unirse fácilmente por campiñas de escaso relieve con el reverso meridional de la costa y los puertos que están enfrente de Long-Island; ha llegado a ser también una de las salidas marítimas de los valles de origen glacial que se suceden de este a oeste hasta el Hudson, y se encuentra también sobre la prolongación natural del valle del Mohawk que conduce directamente a la región de los Grandes Lagos, en tanto que otras vías, practicadas al noroeste por los valles lacustres que separan los macizos montañosos cubiertos de arbolado, unen Boston a Montreal, el puerto oceánico del San Lorenzo, más avanzado en el interior de la tierra firme. La metrópoli del Massachusetts tiene además las ventajas inmediatas que dan a sus canteras los grandes bosques de las comarcas limítrofes: posee la fuerza motriz de los ríos próximos y los inmensos recursos de la vida animal que representan los bancos de pescado de sus costas. Además, Boston cuenta con el prestigio que le dan sus pensadores, sus escritores, los hombres célebres por todos los conceptos nacidos o educados en su circunscripción; en los Estados Unidos es la ciudad científica, literaria y artística por excelencia, de tal modo que ha podido atribuirse modestamente el título de *hub of the universe*, cubo de la gran rueda motriz del universo.

La aglomeración de ciudades insulares, peninsulares y continentales, una de cuyas partes es conocida bajo la denominación de Nueva York y que constituye, después de Londres, el grupo de población más considerable que exista en el mundo, presenta ventajas análogas a las de Boston, pero trazadas más vigorosamente. El gran “emporium” de la América del Norte ocupa también la orilla

de una indentación del litoral, pero esta indentación, subdividida en muchos repliegues que forman otras tantas radas o puertos distintos, tiene el gran privilegio de hallarse completamente cubierta por una isla, Long-Island, que deja por cada lado una salida hacia alta mar: la ciudad está, pues, perfectamente resguardada, a la vez que conserva sus dos puertas ampliamente abiertas. Además Nueva York está situada en la desembocadura de un río bastante ancho y poderoso para que su mismo descubridor, el holandés Hudson, le considerase como un brazo de mar que ofrecía un pasaje en la dirección del Pacífico; al menos ofrece el camino más fácil hacia el Gran Mediterráneo canadiense, y gracias a él, gracias a las vías férreas que le acompañan y el canal que le prolonga, Nueva York ha llegado a ser el puerto por excelencia de toda la región septentrional y central de los Estados Unidos hasta más allá del Mississipí. Una línea de depresión, marcada sobre el suelo con una claridad singular y que forma por decirlo así un litoral interior a la raíz que todos los apéndices peninsulares, se desarrolla desde la boca del Hudson al estuario del Potomac, paralelamente al piedemonte bajo-alleganio. Sucédense ciudades considerables formando un collar a lo largo de esta depresión, en los sitios donde los barcos pueden penetrar más adelante para aproximarse a los marcados de la región poblada. Nueva York es la primera perla de ese collar de ciudades atlánticas, siguiendo en dirección sudoeste, Trenton, Filadelfia, Wilmington, Baltimore, Washington. Entre esas grandes aglomeraciones urbanas, Filadelfia y Baltimore tienen una enorme fuerza de atracción comercial; sin embargo, permanecen muy inferiores a Nueva York y hasta dependen de ella en cierto modo, a causa de la superioridad de sus condiciones, de la amplitud de su gran puerto y de su menor distancia a Europa: la mayor parte de los inmigrantes que desde el Antiguo Mundo se dirigen hacia los estados atlánticos situados al sur de Nueva York, toman esta ciudad como punto de desembarco, en su primera etapa sobre el continente. Al igual que los puertos situados más al sur, Nueva York está bajo la latitud en la que las rutas marítimas están casi siempre libres de las nieblas y de las procesiones de montaña helada que son peligrosas más al norte.

El conjunto de todas esas ventajas han valido a Nueva York progresos rapidísimos, más considerables aún de lo que se manifiesta a primera vista. Nueva York, que en 1897 se anexionó Brooklyn y los otros grandes suburbios, invadiendo Long-Island, y está indicada como habiendo alcanzado una población de cuatro millones de habitantes en 1904, es una ficción administrativa: pueden considerarse pertenecientes a la aglomeración neoyorquina diversas ciudades importantes que pertenecen a otro estado, el de New Jersey, pero que no han dejado de surgir como anejos y dependencias naturales del gran centro de vida y, por decirlo así, viéndoseles crear: Jersey City, Elisabeth, Hoboken, Newark y Paterson. Comparando el *Greater London* (Gran Londres), aproximadamente delimitado por una circunferencia de 23 kilómetros de radio, a un *Greater New York* de la misma dimensión, la diferencia entre cifras de población no sería considerable. El río Hudson y unos pantanos, antiguos estrechos de archipiélagos que no han llegado a ser todavía tierra firme, separan provisionalmente estas ciudades de su metrópoli.

Washington, ciudad edificada por completo a partir de un gran plan general para ser la capital administrativa y política de los Estados Unidos, tiene cierta-

mente privilegios que los habitantes, ayudados por el tesoro de la República, utilizan lo mejor que pueden. Se ha convertido en gran ciudad, por ser la residencia del mundo oficial, el punto donde se cobijan quienes manejan a los fantoches parlamentarios para “tirar de los hilos” (*pull the wires*); ocupa, además, el primer rango por las riquezas científicas de sus grandes bibliotecas y de sus museos; sin embargo, le falta aquella flor de vida que procede de un fenómeno de crecimiento natural conforma a las conveniencias del genio de los primeros residentes: el aspecto mismo de la ciudad anuncia que los habitantes residen allí en locales prestados. Washington no ha brotado del suelo, es creación artificial de la política. Y hasta de una política nefasta que quería llevar a toda costa al Sur, al país de los grandes propietarios esclavistas, el centro político de la nueva República, situado primeramente en Filadelfia, el verdadero punto de equilibrio de todas las fuerzas que se habían rebelado contra Inglaterra. La elección de Washington fue ante todo una obra de reacción, y para reforzar los elementos conservadores y dictatoriales del Sur se gastó dinero sin cuento en terraplenar los pantanos donde se elevaron los palacios de la nueva ciudad. De todos modos resultó poco saludable, y los barcos apenas han aprendido a remontar la vía tortuosa y obstruida por cienos que les ofrece el estuario del Potomac. Toda la política de Estados Unidos ha virado a consecuencia de ese desplazamiento del centro natural de gravedad.

Al sur de Washington, la línea recta tan rigurosamente trazada de río a río entre los ganglios urbanos, cambia de dirección después de haber franqueado el Potomac; luego se curva para unirse perpendicularmente al James-river en el punto geográfico donde el río se ensancha en estuario y determina naturalmente el lugar de anclaje para los barcos de mar. Allí se eleva Richmond, que posee también cierta importancia, principalmente histórica, puesto que fue durante cuatro años la capital de la confederación esclavista. Pero esta ciudad, aunque la más antigua de todas las que forman la guirnalda de las ciudades atlánticas, no ha podido desarrollarse, en parte a consecuencia de sus escasas ventajas marítimas, pero sobre todo a causa de las condiciones económicas del trabajo que prevalecieron en la comarca hasta una época reciente: el régimen de la esclavitud y de la gran propiedad, lo mismo que el rutinario comercio del tabaco, no propiciaban el desarrollo de la iniciativa local. Aun hoy los inmigrantes europeos huyen de los Estados del Sur.

Al otro lado de los Alleghanies y de las diversas cadenas de montañas que los prolongan al norte y al sur, las primeras colonias de blancos americanos apenas existían en 1790, época en la que se realizó el primer censo de población. Hasta en 1800, cuando el núcleo primitivo de las trece colonias federadas se había incrementado en algunas unidades, la banda de territorio que se extiende desde los Grandes Lagos hasta el golfo de Méjico y forma los nueve estados de Wisconsin, Michigan, Illinois, Indiana, Ohio, Kentucky, Tennessee, Mississippi y Alabama, apenas contaban con 40.000 habitantes blancos, de los cuales más de la mitad se habían establecido a lo largo de la orilla derecha del Ohio. La población de esos mismos estados sobrepasa actualmente los 24 millones de habitantes, constituyendo más de la tercera parte de la República americana. El mayor esfuerzo de transformación se inclina por el momento hacia los estados del norte de esta región.

Los grandes centros de atracción y de irradiación han nacido espontáneamente siguiendo las condiciones determinantes del medio. Por razón natural las ciudades más activas y más comerciales debían sucederse sobre la orilla o en la inmediata proximidad del Mediterráneo canadiense, allí donde los imprescindibles puntos de parada obligaron a los colonos a establecer depósitos, almacenes y canteras, núcleos primitivos a cuyo entorno afluyeron los hombres más o menos rápidamente a miles y a decenas y a centenas de millares. De ese modo, Búfalo, reemplazando unas praderas que recorrían los rebaños de bisontes hace doscientos años, nació a la orilla de un abra bien resguardada, en el mismo punto en que las aguas del lago Erie comienzan a estrecharse y a escapar hacia el lecho del río. Niágara, interrumpido más abajo por su formidable cascada. Cleveland, hacia la mitad de la orilla meridional del lago, lo domina desde lo alto de una terraza antes arbolada y actualmente rayada con la sombra de las avellanas: en parte alguna de la región desembocan más vías naturales en un mismo punto, que es aquí la desembocadura navegable del río Cuyahoga, y las vías artificiales, canal, caminos y ferrocarril han complicado el movimiento comercial que se dirigía hacia esta escala.

Más al oeste, Toledo, que ocupa el punto extremo del lago, como Ginebra la salida del lago Lemán, es también un lugar de tránsito obligatorio por ríos, canales y vías férreas en la dirección del bajo Ohio y del Mississippi. Detroit, sobre el río Saint-Clair, entre los dos lagos Hurón y Erie, es otro Búfalo como lugar de paso y de depósito; condiciones todavía menos cumplidas por la “reina del Oeste”, la poderosa Chicago, cuya ambición declarada consiste en llegar a ser un día la ciudad mayor del mundo y que actualmente es la cuarta. En todos los tiempos, hasta en la época en que las tribus indias recorrían los bosques y acampaban en las praderas, el solar de Chicago era un lugar de mercado muy activo, como paso natural entre la cuenca de los Grandes Lagos y la del Mississippi: en aquel punto preciso las aguas del lago Michigan se vierten hacia el gran río por la ribera de los Illinois, y riachuelos perezosos marcaban todavía el antiguo lecho de salida, ocupado actualmente por un canal excavado por la mano del hombre. Chicago tiene muy pocos rivales en el mundo como centro continental que comunica con el mar, a pesar de la enormidad de las distancias; verdad es que esta comunicación está dificultada por obstáculos naturales, antes insuperables y franqueados en el día por canales y esclusas; barcos de mar han anclado en el puerto de Chicago, a 2.000 kilómetros de la desembocadura del San Lorenzo en el Atlántico. Otra ciudad ribereña de los Grandes Lagos, Duluth, en la punta occidental del lago Superior, goza de la misma ventaja, con la desventaja producida por un clima más áspero y una región menos productiva y mucho menos populosa. Sin embargo, puede estimarse el movimiento prodigioso que se produce en esos mares interiores considerando que el vaivén de embarcaciones de toda clase que pasan por los canales de Soo –o Sault Sainte Marie–, a la salida del lago Superior, excede en tonelaje al de toda otra vía de navegación del mundo entero.

La línea de la Belle-Riviere, el Ohio, que une los estados atlánticos a la parte central de la depresión mississippiana, contiene también un collar de aglomeraciones urbanas. La primera gran ciudad, Pittsburgo, a la que circunstancias

favorables, minas de hierro y de carbón, manantiales de gas y de petróleo han ayudado singularmente en su progreso, ocupa la situación clásica de tantas otras ciudades importantes, la confluencia de dos ríos principales cuya unión constituye una corriente fácilmente navegable, lo que le valió una misión estratégica cuando los franceses construyeron allí el Fort Duquesne en el siglo XVIII y le dio enseguida su valor comercial, aumentando después por todas las vías artificiales, que se han hecho converger hacia ese punto. El centro del valle debía también producir un núcleo de concentración urbana. Cincinnati fue durante mucho tiempo la *Reina del Oeste*, y, aunque haya sido distanciada después, no ha cesado de crecer y constituye una de las ciudades más grandes del mundo con las ciudades anejas de la orilla meridional del Ohio, en el estado de Kentucky. Más abajo, a la orilla del mismo río, pero con alternativas de sitios escarpados, Louisville se completa con ciudades de la Indiana que le hacen dar frente al norte. Ese gran centro de población y de comercio es como una segunda Cincinnati, y no se comprendería que estuviera tan cerca de otra aglomeración muy considerable, si su existencia no se hubiera hecho necesaria por los rápidos del Ohio, que hacían de ese punto preciso del valle un lugar forzoso de detención, de transbordo y de depósito de mercancías. El movimiento de la población ha debido dirigirse hacia el obstáculo y al canal que le rodea, y Louisville ha crecido en detrimento de las ciudades del curso inferior del Ohio. Ha reemplazado en buena medida como nudo vital al confluente del Mississippi y del Ohio, que, según las sencillas indicaciones del mapa, parecería haber de ser el punto central de población en la cuenca del Ohio inferior. La naturaleza se oponía a ello: del suelo bajo, fangoso e insalubre, se elevaban las fiebres en brumas, el cambiante curso de las enormes masas de agua modificaba constantemente los canales, los puertos, las penínsulas y los bancos de arena: el valiente e ingenioso americano no ha podido lograr, a pesar de admirables trabajos hidráulicos, muelles, diques y terraplenes, hacer una gran ciudad de la aglomeración a la que ya había dado ambiciosamente el nombre del Cairo, como la capital de Egipto; es un lugar de paso rápido, no de estancia ni de residencia.

El eje natural de toda la República americana, el curso del Mississippi, ha de estar también bordeado de centros poderosos. La doble ciudad, Saint-Paul y Minneapolis o *Minnapaul*, es de ellas la más notable por la extraña rapidez de su crecimiento: las dos ciudades, situadas sobre dos revueltas próximas del río, se han precipitado, por decirlo así, la una sobre la otra, impulsadas por una especie de vértigo, mezclando sus fábricas, sus barracas y sus palacios, sus bellas avenidas y sus montones de carbón y de escombros. Hacia la mitad del eje missisipiano se presenta otra ciudad, San Luis, construida a cierta distancia del rasgo geográfico a que debe su importancia, el confluente del Missouri. Lo que hace de San Luis una de las metrópolis de la República norteamericana, lo que incluso le ha permitido reivindicar por mucho tiempo, como debiendo pertenecerle, el rango de capital de los Estados Unidos, es que ocupa, si no el centro geométrico, al menos el verdadero centro político del territorio de la federación, en medio del valle mayor que le divide en dos mitades; en su proximidad, los dos afluentes Ohio y Missouri, forman con el Mississippi una especie de cruz a través del país. Más al oeste cae el centro de figura de todos los Estados Unidos, a excepción de Alaska: más al este, por el contrario, que se conserva, con oscila-

ciones incesantes, el centro de población, progresando hacia el oeste de década en década. Pues entre esos dos puntos, uno geométrico, otro dinámico, vital, se halla San Luis, capitalizando las ventajas naturales que se derivan de semejante posición. Mas, por importante que sea la red fluvial allí convergente y que aumenta el canal de Chicago para unirla al Atlántico por el San Lorenzo, el puerto de San Luis, frecuentemente molestado por las avenidas y las inundaciones, y a veces también por los hielos, no puede compararse con las abras marítimas para la facilidad del comercio. Además San Luis sufre aún las funestas consecuencias producidas, durante el período de la esclavitud, por las luchas entre plantadores y abolicionistas de las que fue principal teatro el estado de Missouri.

En cuanto a Nueva Orleans, metrópoli del Sur, guardiana de los pasos del Mississipí y centro principal de la exportación de los algodones y de los azúcares, era uno de los baluartes del antiguo régimen esclavista, y, como tal, evitada por la inmigración de los blancos, que ha constituido la fuerza y la prosperidad de la zona atlántica de los Estados Unidos. Otra causa de retraso para el desarrollo de Nueva Orleans fue la insalubridad de la región, cortada por riachuelos, poblada de serpientes y cocodrilos, infestada de mosquitos y frecuentemente visitada por la fiebre amarilla. Desde que la ciudad fue ocupada y saneada por los ejércitos del Norte, desapareció el temible azote, un canal profundo y permanente pone la creciente del río ante la ciudad en comunicación libre con el golfo de Méjico, la campiña está poblada de trabajadores libres, los progresos de toda clase han sido considerables, pero, en la competencia vital entre las ciudades, lo mismo que en la competencia entre los individuos, las horas, los años, las décadas perdidas no se recuperan.

Al oeste del Mississipi, en las grandes llanuras en apariencia uniformes que se van elevando gradualmente hacia la base de las montañas Rocosas, las grandes ciudades de Omaha, Kansas-City y Denver se reparten también, de acuerdo con las condiciones naturales que determinan la aglomeración de los hombres favoreciendo sus intereses por la abundancia de los recursos, las facilidades de la ganancia y de los placeres de la vida. Omaha, con su ciudad gemela del lado opuesto del río, Council-Bluffs, dirige la vasta región de agricultura y de comercio donde vienen a reunirse todas las ramificaciones del alto Missouri y del Kansas, ocupando el lugar preciso donde se cruzan dos vías históricas, una del sur al norte hacia las grandes llanuras herbosas, otra del este al oeste hacia los valles de las Rocosas, desde donde divergen los caminos por los collados de las montañas hacia el Pacífico y la cuenca del Columbia. Por último, Denver, al pie mismo de los escarpes que forman la principal osamenta continental de la América del Norte, tiene, como un guerrero la mano llena de flechas, todos los caminos que remontan hacia las minas, las fuentes termales, los bosques de la montaña. Al lado opuesto, sobre el dorso del inmenso edificio con sus aristas paralelas y sus extensas llanuras áridas, no puede haber más que ciudades-oasis en los escasos valles de regadío, y agrupaciones urbanas más o menos temporales, derivadas de la explotación de las minas y abandonadas en cuanto las venas de la roca han sido despojadas de su metal. Más allá, al otro lado de los montes, en la estrecha zona de campos que bordea el Pacífico, se muestra un nuevo collar de grandes ciudades que se suceden al norte y al sur de la ciu-

dad dominante, la bella *Friscoe* –San Francisco-, que pretende llegar un día a mandar sobre todas las costas del anfiteatro oceánico que se suceden al occidente hasta China, Australia y las Indias.

La ciudad de Juneau⁹⁶, que, aparte de los lugares auríferos, alternativamente invadidos y abandonados por los buscadores y los mineros es, como aglomeración normal, la más considerable de los parajes del norte, permanece, a pesar de todo, siendo un pequeño centro industrial y administrativo, aunque convertida en capital de Alaska (1903) y, a pesar de que la explotación de las minas, de los bosques y las pesquerías de salmones permiten enriquecerse allí rápidamente, consideración primordial a los ojos de los americanos y de otros muchos.

96. N. H. T., tomo I; capítulo II: “Medios telúricos”, pp. 56-57.